

Jazmín Riera

HOFFLAND

MIS REGLAS

 Planeta

Hoffland, Mis reglas

Jazmín Riera

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Hoffland, Mis reglas](#)

Riera, Jazmín Hoffland : las reglas / Jazmín Riera. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga ISBN 978-950-49-6274-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© 2018, Jazmín Riera Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados © 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar Primera edición en formato digital: abril de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6274-8

Los miedos, dolores, heridas e inseguridades se convierten en los demonios que nos acompañan a lo largo de nuestras vidas. Todos los tenemos, porque son parte de uno... Aun así, no dejes que te atrapen. Sos más que eso.

Gracias por acompañarme hasta acá, espero que esta historia quede en alguna partecita de tu corazón.

Este libro está dedicado a las personas que, como Abby, juntan sus pedazos con valentía. Y a todos los que, como Harry, aprenden a amar y mucho.

Demonio

Del lat. tardío *daemonium*, y este del gr. bizant. δαιμόνιον daimónion.

1. m. ángel rebelado.
2. m. príncipe de los ángeles rebelados.
3. m. Espíritu que incita al mal.
4. m. Sentimiento u obsesión persistente y torturadora. *El Demonio de los celos. Los Demonios interiores.*
5. m. En la Antigüedad, genio o ser sobrenatural. *El Demonio de Sócrates.*
6. m. Rel. En la doctrina cristiana, uno de los tres enemigos del alma.

CAPÍTULO 1

Miré a mi alrededor, la noche estaba fría. Mi mirada estaba puesta en la calle de enfrente. Mi bolso deportivo colgaba de mi hombro como un muerto y mis malditos nudillos ardían como si me hubiese quemado.

—¡Oye, chico! —Un grito resonó, me di vuelta automáticamente.

El hombre de pelo blanco que salía del gimnasio se acercó a mí.

—Te espero mañana a las ocho de la mañana, no vuelvas a huir así de mi gimnasio —dijo de forma dura ya frente a mí.

Asentí cortamente.

—¿Cómo era tu nombre? —preguntó mirándome fijamente con ojos marrones.

—Hoffland —contesté con voz áspera. *Demonio Hoffland.*

Él se rascó la barbilla.

—Déjame decirte que pocas veces veo a alguien pelear con esa pasión —comentó—. Mañana, sé puntual... —dijo dándose vuelta—. Soy Jeff —fue lo último que dijo para luego entrar al gimnasio.

Me quedé como un idiota mirando la puerta que decía «Gimnasio de boxeo».

Mi celular vibró en el bolso, lo apoyé por unos segundos en el piso en búsqueda del aparato. «Se reprogramó la pelea a las diez», decía el mensaje en la pantalla.

Con rapidez caminé hacia mi moto, hoy iba a ser una noche larga.

Me moví con decisión alrededor de la bolsa roja que colgaba, di varios golpes manteniendo las piernas en guardia. El sudor corría por mi piel, di un rechazo viendo cómo el material sostenía mi golpe con total rigidez. Un tipo rapado agarró unas pesas demasiado grandes para su musculatura. Se haría mierda si no elegía otras.

Intenté volver a centrarme en mi trabajo, volví a golpear la bolsa manteniéndome en mi círculo.

—¡Claro, me encantaría! —dijo Jeff mientras hablaba por celular.

Mi mirada fue nuevamente al rapado, la mancuerna se le cayó haciendo un ruido demoledor.

—¡Ten cuidado con esas pesas! —le gritó Jeff.

Suspiré molesto acercándome al chico, agarré la mancuerna y la dejé nuevamente en su lugar para luego agarrar una de dieciséis kilos.

—Esta te ayudará a que no te rompas algún ligamento —le dije sin humor.

No podía concentrarme con tanto barullo. Él asintió, vi cómo Jeff, que había cortado la comunicación por celular, ahora se acercaba.

—France, maldita sea, no te lo volveré a repetir —habló molesto el hombre; me di media vuelta y volví a la bolsa.

Entré al gimnasio, mi estómago gruñía. No había alcanzado a almorzar y mi humor seguía intratable.

Ya en los vestuarios tiré el bolso deportivo arriba del banco que cruzaba el lugar, agarré las vendas blancas y las enrollé en mis nudillos de forma rápida.

Prácticamente sabía hacerlo de memoria, recordaba la primera vez que me habían dicho que debía usar vendas para boxear. Me le había reído en la cara a ese maldito. Las risas terminaron después de que casi me rompo el metacarpiano golpeando la bolsa.

Ya listo caminé hacia Jeff, quien parecía estar anotando algo en su libreta.

—Hoffland, haz el circuito de entrada en calor, luego te quiero ver arriba del ring —habló mirándome fijamente mientras me tendía una sogá.

Con la cuerda en mi mano comencé a entrar en calor, los minutos pasaron con rapidez, podía sentir cómo mi piel transpiraba en cada salto. Luego llevé mi cuerpo al piso para hacer lagartijas y por último estiré los músculos. Estaba más cansado de lo normal. Era el resultado de una noche de mierda y largas sesiones de entrenamiento.

—¡France, arriba del ring! —le dijo Jeff al rapado que unos días atrás casi cae con las mancuernas.

El chico que se terminaba de atar las vendas asintió, Jeff me hizo una seña para que subiera también.

—Quiero que peleen de forma limpia —habló—. Nada fuera de las reglas. —Me señaló e incontrolablemente revoleé los ojos.

¿*Acaso pensaba que era un novato?* Había empezado peleando en las calles, pero sabía cómo comportarme arriba de un ring.

El tipo a su lado anotaba todo en la libreta, era su puta sombra. *Y las sombras te incomodan.*

Observé al chico que se paraba frente a mí algo nervioso, respiré hondo mientras me ponía los guantes desgastados. ¿En serio? Lo haría papilla.

Un silbido proveniente de Jeff resonó en el gimnasio, haciendo que mis piernas entraran en acción y mis antebrazos se levantaran a la altura de mi torso cubriéndome el rostro en posición de defensa.

No quité mis ojos de mi rival, di un golpe recto que no dio en su cara. No tenía intenciones de noquearlo si quería por lo menos practicar un rato.

Los minutos pasaban y solo lograba que France se cansara. Me moví con agilidad esquivando un golpe suave del rapado. Mantuve la guardia para luego

dar un *uppercut* directo en sus costillas, France gritó de dolor y pude escuchar el silbido de Jeff.

Me frené y observé al rapado mirarme de mala gana.

—No pensé que se me iba a ir tanto la mano —hablé con la voz algo agitada.

Mientes.

—Suerte que diste un golpe como la gente, ya pensaba que estaban bailando —habló Jeff algo divertido, su socio se rio también—. Descansen un minuto y volvemos al segundo *round* —comentó Jeff para luego ir a hablar con el hombre de tez morena.

—Oye, intenta no pegarme tan fuerte, ¿sí? Estuve engripado hace unos días y recién me estoy recuperando —habló mi oponente claramente cansado. Asentí.

—No te preocupes, seré gentil. —Mi voz sonó áspera. Me di vuelta sacándome los guantes y luego me quité la camiseta.

El calor me estaba matando, odiaba pelear con camiseta; prefería no tener escudos ni nada raspándome la piel. *Eso sí es de las calles.* Un silbido volvió a sonar.

—Aquí no se permite pelear sin camiseta —habló Jeff abajo del ring.

Di una pequeña sonrisa de lado mientras me ponía nuevamente los guantes gastados. Lo miré desde mi lugar ya listo, él suspiró de forma larga para luego dar otro pitido con el silbato.—. pelear —dijo dando un aplauso.

Sin más me puse en guardia al igual que mi contrincante, el calor era intenso, France dio un golpe recto directo en mi cara.

¿*Qué carajo?* Pude escuchar la risa de Jeff a lejos. Es mejor no tentar al diablo. Di un golpe con el propósito de fallar, para que él se corriera a un costado y haciendo que se desgastara. Me moví de forma ágil dando golpes fallidos con poca energía, haciendo que France se moviera. Cuando comencé a notar que su cuerpo estaba cansado, su respiración pesada y su defensa cada vez menos enfocada, di un golpe curvo directo en su mejilla; fue lo suficiente fuerte como para que le doliera, pero no para lastimarlo. Él rebotó contra las cuerdas del ring e intentó dar un golpe, pero volví a marcar otro recto en su rostro para luego golpear su costilla con un *uppercut*. Un silbido volvió a sonar e hizo que me separara. ¿*Qué? Recién empezabas.*

Los ojos de France estaban casi salidos, daba grandes inhalaciones para poder llenar sus pulmones de aire. Podía sentir la transpiración caer de mi frente, di una pequeña sonrisa sintiéndome completamente superior.

—France, no te agaches tanto cuando te atacan, te encuentras expuesto la mayor parte del tiempo. Tienes que esperar a que haga su movida y luego buscas dónde pegarle, no puedes mantener continuamente la posición de defensa —habló Jeff cuando el rapado ya había bajado del ring.

Por mi parte me dirigí a donde había dejado mi botella, estaba sediento. Bebí como un desesperado.

—¡Harry, ven aquí! —Jeff me llamó.

Agarré mi toalla para pasarla por mi rostro y secar los rastros de sudor, en un intento de refrescar un poco mi piel. Me di vuelta para luego caminar hacia donde estaba mi entrenador. Pero mi mirada paró ahora en una rubia a su lado que recién llegaba: uniforme de colegio, ojos expectantes; agarraba las cuerdas de su mochila con fuerza, llevaba los labios en señal de reproche y tenía las mejillas coloradas como si hubiese corrido una maratón antes de venir.

—Hola, soy Harry —me presenté.

Madre mía, *tenía pecas*. Sus ojos me miraban fijamente como si fuese un bicho raro, sonreí de lado sin poder retenerlo. Parecía la mismísima inocencia en persona. Jeff carraspeó.

—Hoffland, lo único que necesitas saber de ella es que es mi hija. Le tocas un pelo y tienes tu culo fuera de aquí —dijo el peliblanco con el ceño fruncido. Esto me hacía mearme en los pantalones de risa, pero preferí quedarme serio. Todavía no conocía bien el espacio como para moverme con total naturalidad—. Conoces la única regla de este gimnasio, no hagas que me enoje. —Me señaló con el dedo índice.

Sí, él me había dicho algo de la hija... Pero no había tomado nota. Es que olvidé mi bolígrafo en mi otro pantalón...

—Solo estaba siendo educado, Jeff. Dime cómo estuvo la pelea así me largo de una puta vez.

Comenzaba a perder la paciencia de forma rápida, la mirada de la rubia seguía en mí. Jeff pareció relajarse con mi respuesta.

—Nunca bajas la guardia. El golpe que te dio France fue porque te distraes con facilidad. Intenta mantener tu mente en el ring, solo ahí. Ponte en línea, vas por buen camino. Te quiero ver mañana a la misma hora —dijo con rapidez—. ¿Quieres agregar algo, Bob? —le preguntó al hombre a su lado. Este negó con la cabeza mientras escribía alguna que otra cosa.

—¿Algo más? —pregunté con un dejo de molestia por la estúpida devolución.

Yo no me distraía con facilidad, simplemente había bajado la guardia a propósito.

Jeff negó con la cabeza y lo único que pude hacer fue darme vuelta para dirigirme hacia los vestuarios. Debía volver a Albatros para ayudar a Zoe con el nuevo medicamento de mi madre.

—Por un poco casi te gano, ¡eh! —habló France saliendo de las duchas.

Por mi lado me dediqué a guardar lo que me faltaba en mi bolso deportivo;

me daría una ducha en mi departamento o no llegaría.

—Por un poco mucho —contesté intentando retener una carcajada.

France rio por mí.

—Oye, tal vez hoy a la noche nos juntemos a cenar todos los chicos. Ya que eres el nuevo... No te vendría mal hacer amigos —comentó mientras sacaba su ropa interior de uno de los *lockers*—. Dicen que eres un poco solitario —comentó mientras se vestía.

Cerré mi bolso y lo colgué en mi hombro.

—Tengo los amigos que necesito —contesté.

—No te puedes negar a una noche de cerveza y pizzas —habló France ahora mirándome con una sonrisa amistosa.

—Hoy no, te acepto otra noche —comenté mientras salía de los vestuarios.

Debía apurarme.

Una patada impactó contra mi muslo, me tiré hacia atrás dando con mi pie en su pecho con fuerza y lo tiré hacia las cuerdas. Él se encontraba agotado, era hora de finalizar el show. Di un golpe recto en el rostro de mi competidor, pude sentir cómo su nariz se rompía ante el impacto de mi puño contra su rostro.

Escuché el silencio en su máxima expresión, aunque el hombre frente a mí estaba gritando, todo se volvió lento. Como si flotara, perdí la noción del tiempo y el espacio. Solo podía escuchar mi corazón latir con fuerza, mi sangre corrió por mi cuerpo con adrenalina, placer, alivio.

Observé al presentador, era tan gordo que le costaba moverse. Se acercó con velocidad arriba del ring, tomó mi brazo y lo levantó.

En el momento en que miré a la multitud, salí de mi trance, el barullo se hizo casi insoportable, los gritos y los aplausos. Observé por última vez a mi contrincante que perdía sangre en el piso y me sentí orgulloso.

Me saqué el protector bucal para luego cerrar la puerta del baño abandonado, los lugares en los que peleaba eran una mierda. Pero esto me servía para pagar mis cuentas; busqué mi bolso con el agua y bebí como un maldito hasta que escuché la puerta abrirse.

Me di media vuelta listo para atacar.

—Eres un chico fácil de encontrar. —Una voz de una mujer resonó, la luz se encendió.

Una morena con un vestido que dejaba poco a la imaginación estaba parada como un puto sueño.

—Solo los boxeadores pueden estar en los baños —comenté con voz ronca sin dejar de mirarla.

—Si eso fuera así, no me hubiesen dejado pasar —contestó con suavidad.

—Entra y cierra la puerta —respondí.

Ella contoneó sus caderas mientras caminaba hacia mí y no pude contener una pequeña sonrisa sintiéndome satisfecho de mí mismo cuando vi cómo comenzaba a levantarse el vestido.

Ya en mi departamento, luego de una ducha observé mi rostro con lentitud y curé la herida en mi mandíbula. Casi de forma automática coloqué crema para calmar la irritación. *Siempre supiste cómo curarte.*

Con tranquilidad caminé vagamente por mi departamento, mis músculos dolían. Observé la mesa con el dinero de las peleas.

El silencio del lugar era casi irritante, algo en todo esto me golpeaba, un pensamiento. Pasé mis manos por mi cabello mojado mientras caminaba con algo de ansiedad, hasta llegar a la cocina, con rapidez saqué la pequeña bolsa con el contenido blanco. Una aspirada, *necesitas una*. Mi celular vibró arriba de la mesa.

—¿Qué? —contesté a la otra persona sin dejar de mirar la pequeña bolsa en la palma de mi mano.

—Oye, Harry, estamos aquí con algunos chicos del gimnasio. Iremos a una fiesta, sabemos que mañana entrenas... pero tal vez te quieras pasar —France habló del otro lado de la línea con música de fondo. *Él no se daría por vencido.*

Apreté con mi mano libre la bolsa. *Di que no, di que ya tienes planes.*

—Mándame la dirección —contesté sin más para luego cortar la conversación—. Hoy no, preciosa —susurré para luego tirar la pequeña bolsa al cajón nuevamente.

Mi mirada fue a las personas bailando; France, a mi lado, hablaba de cosas incoherentes. Se había tomado hasta el agua del inodoro.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó chocando mi hombro.

—¿De qué? —dije airado sosteniendo una cerveza.

—De que empiece a pelear para ligas mayores, quiero hacerme profesional —habló risueño.

No pude contener mis ganas de reír. ¿En serio? ¿Ligas mayores? Podía molerlo de tan solo un golpe.

—Primero entrena, soñar es para los perdedores —repetí la frase de un boxeador reconocido, él me miró algo confundido para luego dar una risotada.

—Eres genial. —Dio un golpe en mi espalda para luego beber de su vaso casi con desesperación.

Encendí un cigarrillo viendo cómo las personalidades de mis conocidos comenzaban a cambiar en torno al alcohol, di una pitada casi en un intento de escapar de todo. *Tal vez puedas volver a tu departamento y encontrarte con la preciosidad que dejaste en el cajón.*

Caminé entre las personas en búsqueda de otra cerveza, por más que pasaba

desapercibido había algo en mí que me decía... *No eres como ellos*. Nunca me había sentido como los demás, tampoco quería.

Agarré la nueva botella de cerveza en mi mano cuando el tipo de la barra me la tendió.

—Estoy sedienta. —Una castaña puso una mano en mi pecho y me miró con una pequeña sonrisa. Estaba buena, pero no tenía paciencia en estos momentos.

Últimamente nunca tienes paciencia, Demonio.

—La barra está justo detrás de mí —contesté con algo de cansancio. Ella rio.

—Lo sé. ¿Tomamos algo? —comentó acercándose a mí por completo.

Respiré hondo.

—Muñeca, eres preciosa. Pero no estoy interesado —dije dando un paso al costado y liberándome de la situación.

Estaba listo para irme a la mierda, todo lo que quería era volver a casa. Prendí un nuevo cigarrillo de camino a donde se encontraba el grupo, pero mi mirada fue a la espalda de una pequeña rubiecita.

—¡Es la hija de Jeff! —El grito de Nolan llegó a mis oídos y todo en mí se activó.

Di un paso más cerca de la escena, podía ver cómo France de repente había cambiado por completo su lenguaje corporal, se disculpaba casi desesperadamente. Intenté no largar una carcajada.

Ella se dio vuelta enérgicamente y con envidia chocó su cuerpo con el mío.

Rápidamente un olor a vainilla me acaparó por completo; dulce, delicioso.

—¿Escapando? —pregunté ahora viéndola; su rostro lleno de odio y las señas de France hacían la escena demasiado cómica.

Di una pitada mientras observaba su rostro... Ella era todo un caso. Estaba vestida casi de forma masculina, pero su cabello despeinado y sus ojos expectantes hacían que los gritos de los chicos a un lado se hicieran silenciosos, silenciosos para mí. *Casi igual a como cuando noqueas a alguien.*

—Déjame pasar —contestó de mala gana intentando esquivarme, la frené poniendo mi cuerpo antes. Esto era malditamente divertido, estaba molesta y yo me estaba divirtiendo por primera vez en la noche.

—¿Qué diría tu papi si te viera aquí? Rodeada de sus chicos y encima... —Olí de forma exagerada, mis pulmones se llenaron de su aroma dulzón, tanto que pensé que me asquearía, pero fue un efecto contrario, me pareció casi adictivo —. ¿Ebria? —dije sorprendido. Ella frunció el ceño y mi mirada fue a las pecas esparcidas en el puente de su nariz y mejillas, eran pocas, pero suficientes para darle un aspecto añorado—. Mírate nomás, no lo habría imaginado. —Subí mi mano para tocar la punta de su cabello, pero un manoteo de su parte apartó cualquier contacto.

—Será mejor que no te metas conmigo —dijo haciendo un esfuerzo para sostenerme la mirada. *Mira lo que tenemos aquí, una fierecilla.*

Di un trago de mi cerveza de forma relajada.

—¡Jeff te matará, Harry! —gritó Nolan nuevamente desde el sillón.

Vi su molestia, algo en mí se divirtió con eso y otra parte quiso darle un golpe a Nolan por hacerla enojar.

Ella volvió a intentar esquivarme, pero tomé su brazo casi de forma automática. *¿Por qué la agarras? Déjala ir.*

—No te preocupes. Tu secretito está a salvo conmigo, Pecas —susurré cerca de su oído, pude ver su cuerpo tensarse. Algo en el mío cosquilleó al ver su reacción, ella me tenía respeto, tal vez miedo, y eso me gustaba.

Se dio vuelta y perdí completamente su atención ante alguien que la llamaba.

—¿No me vas a presentar a tu amigo? —Una mujer habló, levanté mi mirada al ver que me estaba hablando a mí. Una morena con unos ojazos de puta madre me miraba lista para devorarme—. Soy Marion —dijo con voz suave y con claras intenciones.

Se acercó haciendo que la rubia se separara; sonreí ante la atención de la morena.

—Harry —me presenté con tranquilidad.

La rubiecita de pecas balbuceó algo y se fue de la situación. Mi mirada la siguió mientras se perdía entre la gente.—. podemos ir a la barra... —La voz de la morena sonaba a mi lado.

—Claro —contesté algo perdido todavía mirando hacia donde la cabellera rubia se había perdido—. ¿Quieres tomar algo? —pregunté ahora centrando mi mirada en ella. La morena sonrió coqueta.

—Sí. —Tomó mi brazo, antes de darme vuelta di una última mirada a donde la pequeña rubiecita se había ido.

Frené la moto en el lugar conocido y bajé pasando una pierna hacia un costado equilibrándome con el bolso deportivo. Mi cuerpo me seguía doliendo luego de la pelea de ayer.—. tiempo, Hoffland —exclamó Jeff mientras acomodaba algunas sogas—. Pensé que llegarías tarde —comentó sin mirarme.

El gimnasio estaba vacío, todavía no había llegado nadie. Así lo prefería, sin tantas voces de mierda. *Suficiente con la tuya y la mía.*

—Nunca llego tarde, Jeff —dije con cruda franqueza.

No me gustaba llegar tarde a algo que me tomaba realmente en serio. Me encaminé hacia el vestuario.

—Hoffland —me llamó.

Con un leve suspiro y la correa del bolso deportivo en mi hombro me di vuelta.

—¿Crees que pasaré por alto los golpes en tu rostro? —preguntó—. ¿Estuviste peleando? —dijo ahora mirándome fijamente.

—No —contesté de forma seca, él carcajeó ácido.

—¿Entonces? —preguntó.

—¿Me golpeé contra una puerta? —dije levantando una ceja, no estaba acostumbrado a dar justificaciones.

—No te hagas el chistosito conmigo, si llego a darme cuenta de que estás peleando fuera del gimnasio quedarás con tu maldito trasero golpeado fuera de aquí —dijo señalando la puerta.

—Bien —hablé a punto de dirigirme a los vestuarios—. Hoffland... —me llamó nuevamente. Me di vuelta con pesadez—. Aléjate de mi hija. —Me miró fijo y yo simplemente di una carcajada.

—No tengo intenciones de acercarme a tu hija. —Ladeé la cabeza casi mofándome de él.

—Sabes de lo que te hablo, nada de hablarle en fiestas, no se te ocurra insinuarle... Ni acercarte —me señaló—. Es la única regla de aquí.

Me di vuelta con pereza para luego caminar hacia los vestuarios.

—En tan solo minutos me has dicho más de una regla, replantéate cuál es la más importante. Porque no soy bueno siguiéndolas —fue todo lo que dije para luego entrar al vestuario.

Caminé bajo el sol con un claro propósito: encontrar a la rubiecita. Había escuchado cómo Jeff hablaba con Bob de cuánto tiempo se pasaba la chiquilla leyendo bajo el árbol de la plaza central. ¿Por qué no pasarme por allí? Me debatí internamente acerca de no prenderme un cigarrillo, luego de entrenar no me gustaba meterme nicotina en el cuerpo. Todos mis pensamientos se fueron al ver una cabellera rubia bajo uno de los árboles. Se encontraba leyendo.

—Día productivo, ¿ah? —pregunté burlonamente. Levantó su mirada y sus ojos casi se salieron de sus órbitas; aplaqué mi carcajada con una sonrisa. Sus pecas bajo el sol se notaban más, dándole un aspecto... tierno. *Estás levemente obsesionado con ese pequeño detalle.*

—Aprovecho el día —dijo cortante para luego volver a mirar el libro.

Me gustaban las chicas que se hacían las difíciles. Pero ella en, cambio, estaba intimidada y a la defensiva. Eso era nuevo.

—Tienes que dejar de ser tan simpática —me burlé sin poder contener mi humor. Ella ahora me miraba realmente enfadada. ¿Cómo se enojaba tan fácil?

—Esto era comiquísimo—. ¿Te molesta si te acompaño? —pregunté mientras me sentaba a su lado. Su cuerpo se volvió a tensar y eso me hizo divertir aún más.

—Es una plaza pública —contestó con su mirada fija en el libro mientras yo

sacaba mi botella de agua y bebía. Mierda que estaba sediento.

—Hoy tu padre me ha hecho transpirar —hablé mientras apoyaba mi espalda en una parte del tronco libre—, hasta que se rindió. —Ella parecía ignorarme, sonreí de lado listo para tirar un misil—. Al parecer, piensa que quiero tener algo contigo. —Mis palabras fueron seleccionadas perfectamente. Ella se tensó y pude ver cómo su respiración rápidamente se agitó. Oh, sí, pequitas, te tengo en mi mano.

—Mi padre a veces puede ser exagerado —balbuceó, parecía una niña pequeña a la que estaban por retar. Bebí de mi botella tranquilo, intentando apaciguar un poco el aire.

—Me da lo mismo, es normal ese pensamiento —hablé sacando peso. No era la primera vez que me daban una patada en el culo; nunca había sido un chico ejemplar, claramente. Mi celular vibró llevándose mi atención.

—No entiendo —dijo ella ahora mirándome.

«En el bar de Jack a las ocho», un mensaje de Dean apareció en mi pantalla.

—Nada, Pecas. Tal vez en otro momento te lo explique. Me tengo que ir —dije parándome con el celular en la mano. *Pecas* sonaba bien en mis labios—. Será mejor que no te quedes mucho tiempo, está por oscurecer y la zona no es segura —recomendé mientras colgaba mi bolso en el hombro.

Esta ciudad tenía una tranquilidad de día que de noche perdía.

—Sé cuidarme sola. Gracias, Hoffland —habló seca, negué con la cabeza sin poder retener mi sonrisa, había algo de que se hiciera la dura que me generaba una sensación que no sabía descifrar.

—Como quieras, cariño. Nos vemos —me despedí para dirigirme a mi departamento sin más.

No, no estaba seguro de por qué hacía esto. *Quieres ver que esté bien, idiota.* Ya no estará ahí, si es que me había hecho caso.

—¡Oh, vamos! Ven a divertirme un rato, rubia. —Un grito sonó a lo lejos y mis pasos se aceleraron.

Estás llegando tarde, Demonio. ¿Para qué mierda te metes en esto?

—¡Muñeca, ven aquí! —El grito era en la otra cuadra, pude divisar a una mujer caminando con rapidez y paso asustado. Atrás de ella... Chad.

Ni mierda, llegaría tarde a mi maldita reunión.

—Aléjate de ella —dije con cansancio. Debía finalizar esto de forma rápida, sin que me tomara mucho tiempo.

Chad la agarró del brazo con fuerza mientras le susurraba algo en el oído. La sangre fluyó con fuerza por mi cuerpo.

—Vamos, Chad. Déjala. —Caminé más cerca de la escena. Solo quería largarme a la mierda con la rubia. Tal vez luego me agradecería por ser su

salvador. *Y espero que sea un buen agradecimiento...*

—¿Por qué no te unes a la fiesta, Hoff? Antes te gustaban estas cosas. — Chad siempre sabía cómo sacarme la puta paciencia, si en breve no me estaba dirigiendo para el bar, correría sangre. De eso estaba seguro—. ¡Ah! Me había olvidado, es verdad... —habló Chad mirando a los demás— él ahora es demasiado bueno para andar con nosotros.

Uff, supéralo.

Abby dijo algo que no llegué a escuchar, pero hizo sonreír a Chad. La rubiecita parecía completamente enojada, apretó la mandíbula e impulsó su codo hacia el estómago de Chad, quien luego de que se hubiera liberado empezó a insultarla. *Sorprendente, fierecilla.*

—¡Ven aquí, perra! —gritó con enojo el idiota y se acercó a Abby. Sin más di dos pasos largos tapando a la mujercita para que este maldito no llegara a ella.

—Oye, amigo. Tranquilo, no conviene que llamemos la atención —hablé intentando que en mi voz no saliera la acidez. Abby se refugió detrás de mí y eso se sintió... bien.

—Hoff tiene razón, Chad. Sabes que el oficial te tiene entre ceja y ceja — habló otro idiota fumando. Di una pequeña sonrisa ante los ojos de Chad. No me podía ir sin darle un poco de humor a la situación.

—No te preocupes, no le contaremos a nadie tu secretito de que una mujer te rompió las bolas. Sabemos que puede afectar tu reputación —guiñé mi ojo—. Bien, creo que la fiesta terminó. La chica y yo nos retiramos —dije sin más para luego darme la vuelta, apoyé mi mano en la cintura de Abby para comenzar a caminar. Mi palma picó.

Me quedaban pocos minutos para llegar a la maldita reunión. Vi por el rabillo del ojo cómo uno de los hombres hacía un asentimiento a Chad, sin más me di la vuelta dándole un golpe en el rostro al hijo de puta que había sido mi lameculos.

Él cayó al piso con un perfecto golpe en la nariz y ahora me miraba con ojos fuera de lugar. Qué rápido había perdido mi respeto.

—Te partiré la cara si vuelves a intentar golpearme por atrás —lo señalé.

Chad era conocido por golpear por atrás, cuando el otro no tenía posibilidad de defenderse. Era tan malditamente cobarde que daba asco—. Camina —le dije a Abby agarrándola de la muñeca y alejándonos de la escena.

Podía escuchar las amenazas de Chad a lo lejos, pero mis piernas no frenarían, necesitaba llegar a tiempo. Abby iba a mi lado algo temblorosa mirando hacia adelante.

—Menos mal que te dije que no camines sola —refunfuñé prendiendo un cigarrillo.—. yo te dije que sé cuidarme sola —dijo ella intentando sonar dura.

Bufé a punto de reírme en su cara.

—Ya veo —susurré al notar que sus manos temblaban. *No eres tan dura como aparentas, rubia.*

—No es necesario que me acompañes, sé cómo llegar —habló tomando su bolso con fuerza. Reí negando con la cabeza, no podía creer que pensara que yo le iba a creer.

—No estamos yendo al gimnasio —dije cauteloso, sabía que lo más probable era que hiciera un berrinche. *Como una buena niña de papi*—. Estamos yendo a buscar mi moto —contesté como el que no quiere la cosa. Ella parecía algo perdida.

—Me volveré con mi padre —dijo de repente dejando de caminar. Me frené para observarla mientras largaba el humo por la boca. ¿En serio, rubiecita? ¿Me harás una escena aquí? *Mantén la calma, Demonio.* Algo de ella me hizo acordar a Zoe cuando se enojaba.

—Tu padre ya se fue a su casa. Salió antes que yo —dije de forma rápida, su cuerpo tembló y pareció inyectarme ansiedad. Necesitaba llegar a tiempo. Miré hacia donde tendríamos que seguir caminando.

—¿Interrumpí tu salida nocturna? —preguntó en un ataque de valentía, levanté una ceja algo sorprendido. *Ha vuelto la fierecilla.* ¿Pero qué le pasa? Le salvé la puta vida.

—Algo así, pero fue divertido ver cómo le dabas una paliza a Chad. Se la merece hace un tiempo —dije sinceramente, había sido un gran espectáculo. Mi celular vibró y apenas vi el mensaje supe de quién era—. Bien, estoy malditamente atrasado así que tendrás que acompañarme —dije guardando mi celular nuevamente. Ella me miró con el ceño fruncido.

—Si no llego en un rato, mi padre se preocupará. —Su voz sonó fuerte, pero sus palabras, débiles. Me importaba una mierda si Jeff se preocupaba por su niñita.

—Mira, Pecas, ese no es mi problema. Mándale un mensaje y mueve tus piernitas. No tengo tiempo —comencé a caminar sin esperar su respuesta.

—Deja de decirme «Pecas». Odio ese apodo. —Su voz sonaba tan débil. Y mi buen temperamento ya se había ido por la ventana.

—Como digas, nena —balbuceé sin que me importara.

No sé cuánto tiempo perdí intentando que Abby se subiera a la maldita moto, realmente nunca había tenido que obligar a una chica a subir... siempre lo hacían por iniciativa propia. El rollo de chico malo era un gusto universal que al parecer no estaba haciendo efecto en esta rubiecita molesta.

—Como sea, no subiré. No me importa si se llama Cameron Díaz, Vanessa o cualquier maldito nombre que tenga —dijo cruzándose de brazos en forma de

berrinche.

Muy bien, adiós a mi paciencia. *Déjala, es una malcriada.*

—¿Sabes? Haz lo que quieras, no tengo tiempo para esto —dije mientras movía mi muñeca encendiendo mi moto, el caño de escape crujió con fuerza—. Nos vemos —dije sin más y aceleré. Escuché su grito de desesperación perderse, la moto se movía con agilidad por la noche. *Vuelve, maldito.*

—Llegaré tarde —gruñí para mí mismo.

Una chica sola en la mitad de la nada, no seas hijo de puta... No te preocupó en otras ocasiones. *Sí, pero ella es carne fácil en la mitad de la oscuridad.*

Cuando me quise dar cuenta estaba dando la vuelta a la manzana a rápida velocidad. La vi a lo lejos sentada en la vereda agarrando sus piernas, con una soledad que pude absorber casi con familiaridad.

—Sube antes de que me arrepienta —dije, pero no quise que mi voz sonara así de dura. Ella prácticamente saltó arriba de la moto, su aroma dulzón me invadió por completo; casi como un sedante, hizo que mi cuerpo se relajara.

Abrazó mi espalda con fuerza; parecía pedirme que no la volviera a dejar tirada y se sentía bien. Una sonrisa se escapó de mis labios sabiendo que ella no me podía ver—. Me estás asfixiando, cariño —dije intentando que no se notara la diversión en mi voz. Ella intentó soltarse, pero mi mano derecha retuvo a las suyas alrededor de mi cintura. En mi rostro quedaba solo una leve mueca de la anterior sonrisa—. Solo disfruta el viaje y abróchate el cinturón —me burlé.

—¿Qué cint...? —Su pregunta se perdió cuando comenzamos a pasar por las calles con velocidad.

Ella se abrazó más a mí, pude sentir su calor corporal a través de la tela de mi camiseta. Reí, una risa sincera que se perdió en el viento que nos daba de frente.

Algo en mí se encendió, la desesperación y el miedo con el que Abby se agarraba a mí me hacían sentir... útil, como si ella me necesitara, tan solo para no caer de la moto... Pero me necesitaba, en fin.

—Llegamos, ¿sigues viva? —susurré tocando su mano que agarraba la otra con fuerza alrededor de mi cuerpo. Ella rápidamente la apartó. Sonreí divertido, *esta niñita te matará.* Abby se bajó de la moto de forma torpe, la vi mirar las afueras del bar con cierto temor e incomodidad mientras yo me dedicaba a estacionar la moto al lado de todas las demás.

Los hombres que estaban afuera fumando la observaron de arriba abajo, me mantuve detrás de Abby dándole una mirada a estos para que supieran que estaba conmigo mientras entrábamos al bar.

—Mantén tus ojos abiertos, será rápido —le dije en un susurro.

Era noche de apuestas en el bar de Jack, apestaba a gente, alcohol y humo.

—Harry —me saludó Stella con su sonrisa habitual.

—Stella —dije con una pequeña sonrisa en mis labios. Jack ya me tendía una cerveza como siempre—. Jack —le dije, este sonrió viendo cómo agarraba la botella. Desde que lo había ayudado a deshacerse de unos matones que se dedicaban a destruirle el bar simplemente por diversión, su lealtad no me había fallado. Él era quien me daba tragos en las innumerables noches perdidas; suficientes para hacerme olvidar, pero no tanto como para llevarme a la morgue.

Stella habló con Abby rápidamente preguntándole si quería algo.

—Te están esperando en las mesas de póker —comentó Jack, asentí agarrando el papel que me daba con un garabato: «Roger Loreta».

—Échale un ojo a ella —le comenté por arriba a Jack, este asintió—. Esto no tardará más de diez minutos, espérame aquí. No te muevas —dije mirándola fijamente. Ella abrió la boca lista para decir algo, pero sin más levanté una mano—. Luego. —No podía perder más tiempo.

Subí las escaleras con rapidez, un hombre de negro esperaba al final. Asentí pasando a una de las habitaciones que daba lugar a las mesas de póker. A lo lejos tres hombres con cartas, vasos y cigarrillos en sus manos. Me acerqué con tranquilidad.

—¿Roger Loreta? —pregunté cuando estuve ya frente a los hombres, que rondaban los cuarenta años.

Uno de ellos, el más joven, asintió.

—¿Qué quieres, niño? —preguntó con fastidio. Sin más di una pequeña sonrisa para luego agarrarlo de las solapas de su traje elegante y levantarlo de la silla. Los otros dos hombres no titubearon.

—Debes dinero —gruñí viendo cómo el hombre iba perdiendo su orgullo.

—Lo pagaré, lo pagaré —repitió incómodo—. Ya hablé con Dean, pensé que había sido claro —dijo molesto—. Suéltame.

Sin más lo arrojé contra la mesa de póker, haciendo que cayera dolorosamente de un golpe.

—Tienes hasta mañana por la mañana, no me hagas volver. No seré tan amable —susurré para luego beber un vaso de whisky que había quedado arriba de la mesa, mientras Roger intentaba salir del estupor—. Señores —saludé con un simple asentimiento para luego retirarme.

Al salir de la habitación le tendí un billete al hombre de afuera, para luego bajar las escaleras como si nada. Acomodé mi cabello para atrás de forma relajada, pero mi mirada fue a un cabello rubio; Abby hablaba con Jack y este parecía sumamente interesado.

—Podemos irnos —dije con mi voz todavía dura—. Gracias, Jack. Nos

vemos —lo saludé y ambos nos retiramos.

—¿Qué fuiste a hacer? —preguntó mientras caminábamos hacia la moto, su voz parecía más confiada.

—Nada, fui a saludar a unos viejos amigos —comenté mientras levantaba una pierna subiéndome de un envión a la moto. Ella me imitó luego de unos minutos y nuevamente volví a sentir esa sensación de bienestar cuando me abrazó por atrás. Aceleré sin más haciéndonos volar por la calle.

CAPÍTULO 2

Cerré mis ojos con fuerza sintiendo la sangre correr por mis venas con rapidez.

—Más rápido. —Mi voz sonó ronca, casi como si pudiera estar viéndome a mí mismo.

Moví un brazo tirando una de las latas de cerveza vacías y observé a mi alrededor: humo espeso, distintos tipos de alcohol y drogas en la mesa de enfrente. Pasé una mano por mi cabeza apretando la mandíbula. *Eres asquerosamente decadente.*

—Mierda —susurré levantando mis caderas mientras cerraba los ojos con fuerza. Carajo, esto se sentía bien. La canción de rock que sonaba de fondo llegó a mis oídos como si me elevara, era un maldito *cover* de «Toxic», lo reconocía porque Trix solía elegir Britney Spears para coger. Un gruñido salió de mis labios, estaba a punto. Llevé mi mano a la cabeza de la morena que chupaba con energía, enredé mis dedos con fuerza en su cabello.

—Rápido —gruñí sintiendo cómo mis músculos se tensaban con fuerza, escuché su risa para luego llevarme al puto abismo. Llegué al orgasmo de forma silenciosa y quedé tendido en el sillón del motel.

—Sabes delicioso —susurró gateando hacia mí mientras besaba mi pecho semi descubierto, mi camisa a cuadros estaba abierta en los primeros botones que habían sido tironeados.

Cuando tuve fuerzas enredé mis dedos en el cabello de la morena que besaba ahora mi cuello separándola de mi piel. Ella me miró con una sonrisa provocadora cuando la vi de frente. Ojos marrones, boca carnosa, nariz respingada. *Échala.*

—Vete —susurré mirándola fijamente.

Ella me miró y levantó una ceja, todavía manteniendo una pequeña sonrisa.

—Todavía no terminé contigo —dijo intentando volver a mi cuello, pero no aflojé mi agarre. *Échala, Demonio.*

—Yo sí, vete —dijo sin titubear.

Ella me miró por unos segundos para luego separarse de golpe claramente ofendida.

—¿Hablas en serio? —preguntó mirándome fijamente. Cerré mis ojos sin contestarle.

—Ya me habían hablado de ti, Hoffland —gruñó molesta mientras se ponía

la camiseta que estaba en el piso. Apoyé la parte trasera de mi cabeza en el sillón con pesadez mirando el techo, mi mirada fue a parar a un espejo estratégicamente colocado para los amantes. Mis ojos chocaron con mi imagen —. Púdrete —fue todo lo que dijo para luego cerrar la puerta de un portazo.

¿Ves? Esto te pasa por no contratar a una prostituta, menos problemas.

Respiré hondo llevando mis manos a mi rostro, para luego ver las heridas de mis nudillos. Con rapidez me senté en el sillón acomodando mis calzoncillos y mi pantalón. Bebí del fondo de una de las latas, para luego tirarla; mi mirada ahora fue a parar al dinero arriba de la mesa, la pelea había ido de puta madre.

¿Por qué me sentía tan... tan aburrido?

Cerré los ojos apoyando mi cabeza en el respaldo del sillón y mi mirada fue a parar nuevamente al espejo que reflejaba a un hombre completamente destruido.

Corrí por el pueblo, las sirenas de la policía estaban cada vez más cerca.

Maldita sea. Un grito de un hombre sonó con fuerza.

—Ben —grité. De repente todo se volvió oscuro y lo único que se escuchaba era una música. ¿Un coro? ¿Un coro religioso? Miré a mi alrededor, la luz de la patrulla era cegadora.

—¡Lo mataste! Fuiste tú. —La voz de Zoe sonó por arriba del coro que pedía que tuviéramos piedad.

—¡Ben! —volví a gritar ahora en la calle donde no había nadie. La música atrás de mí seguía sonando.

Mis ojos se abrieron con fuerza, miré a mi alrededor... seguía en el mismo motel. Pasé una mano por mi rostro dispuesto a levantarme para irme.

Me bajé de la moto frente al gimnasio y entré con el bolso colgando de mi hombro. Sorpresivamente solo se encontraba Jeff junto a Bob viendo algo sobre una mancha de humedad en una de las paredes.

—Buenas —dije pasando por su lado.

—Llegas tarde —habló Jeff a mis espaldas.

—Veinte minutos tarde para ser exactos —hablé sin parar de caminar dirigiéndome a los vestuarios. Pero mi mirada se sorprendió al ver un culito de frente.

—Pero qué linda bienvenida... —exclamé sin poder retener mi sonrisa.

Abby rápidamente se paró de forma incómoda con cintas y toallas en sus manos. Me miró de mala gana y algo en mí se encendió.

—Mira, sé que me estás siguiendo. No seas tan obvia, cariño —me burlé mientras me acercaba a los bancos y comenzaba a sacar la ropa deportiva del bolso.

—Trabajo aquí. Ya estaba terminando —dijo con voz algo cohibida mientras

seguía haciendo su trabajo; por mi lado, me despojé de mi camiseta.

—¿Qué clase de padre pone a limpiar un gimnasio a su hija? —pregunté mientras me sacaba el jean para ponerme el short deportivo.

—No lo sé, Hoffland. Solo quiero terminar e irme. —Su voz sonó agotada mientras me daba la espalda y seguía doblando toallas. Se dio media vuelta con cansancio hasta que su mirada fue a parar a mi cuerpo sin disimulo.

—¿Qué diablos crees que haces? ¿No pudiste esperar un segundo a que me fuera? —Su voz sonó de repente muy aguda. Mi padre decía que cuando a las mujeres les gustaba algo agudizaban la voz. Ella se tapó los ojos con una mano, por mi lado intenté no largar una carcajada mientras me ponía los shorts.

—Ya —le dije para que se dejara de tapar. ¿Acaso no era grandecita ya?

—Eres un grosero —dijo echando chispas, encaró a la puerta. ¿Grosero?

¿Yo? Solo me estaba vistiendo. *Esa no fue tu intención, idiota.*

—Discúlpame, pero hasta donde yo sé, esto es un maldito vestuario —contesté con voz dura, ella se dio vuelta buscando pelea. *Nuevamente la fierecilla que le hace frente al temor.* Su mirada pasó por mi torso desnudo, como si me evaluara; claro, nena. Mira todo lo que quieras. ¿Acaso te gusto? Di un paso acercándome a ella.— hasta donde yo sé... —Sus palabras comenzaban a ser débiles y yo cada vez me sentía más grande, superior. Una pequeña sonrisa estaba pegada en mis labios—. Eres un desubicado. —Oh, rubiecita, estás dando manotazos de ahogado.

Ella caminó hacia atrás mirándome con ojos grandes, por mi lado seguí acorralándola entre los casilleros con total tranquilidad. Era una presa fácil de agarrar. *¿Cómo será su relación con los hombres?* Su cabello era rubio, chillón como el fuego, sus ojos marrones oscuros, piel pálida y allí estaban nuevamente... Esas pequeñas pecas esparcidas por su piel que le daban un toque de puta madre. Eran pocas pecas. *¿Pero por qué te llaman tanto la atención?*

—¿Acaso te pongo nerviosa? —pregunté divertido viendo cómo intentaba mantener la compostura—. ¿Pecas? —Me gustaba ese apodo, levanté mi brazo y toqué la punta de su cabello. Suave, como esperaba que fuera. Cuando pensé que ganaría la batalla ya que su cuerpo estaba hecho gelatina y ni siquiera estaba teniendo contacto con ella, Abby rompió en una risa estruendosa, fingida, pero que logró descolocarme.

—¡Hoffland, no me hagas reír! —Su voz volvía a hacerse aguda. *Sí, fierecilla, te gusta*—. ¿Ponerme nerviosa? —preguntó ahora cada vez más exagerada—. ¿Tú? —Rio más fuerte. Vamos a ver cuánto aguantas... Di una mirada rápida a la puerta, no necesitaba ningún mirón no deseado, para luego con rapidez apretar mi cuerpo al suyo acorralándola por completo entre el metal de los casilleros y mi cuerpo. Ella se calló de repente, sus ojos se abrieron y su

respiración se agitó. Su aroma dulzón nuevamente me invadió haciendo que todo en mí se relajara; su cuerpo era blando, gentil. Sonreí de lado al verla sin palabras, su rostro estaba cerca del mío.

—Nena, no me pongas a prueba. —Mi voz sonó ronca cuando rocé la punta de su nariz con la mía, olía maravillosamente. Su mandíbula temblaba sin saber qué hacer. Te dejaré escapar, rubiecita. Solo por hoy... Dándole una pequeña sonrisa arrogante me separé de ella, quien pareció estar aún más enojada que antes. Caminé en búsqueda de mi camiseta deportiva dándole la espalda.

—La próxima vez, asegúrate de que no haya nadie antes de entrar a limpiar —le dije sin mirarla; eso te enseñará, nena.

—Vete a la mierda —fue todo lo que dijo para luego irse casi haciendo un berrinche, levanté mi mirada con una pequeña sonrisa. Su maravilloso aroma seguía en el aire deleitándome, *la fierecilla fue reemplazada por una niña que no obtenía el dulce que quería.*

Mi puño golpeó la fría pared, retuve un grito para luego llevar una mano a mi cabello con frustración.

—¡Demonio! —gritó un hombre de afuera golpeando la puerta.

Centré mi mirada fija en los azulejos desgastados del gran baño, de seguro en alguna época este lugar había sido algo elegante. Tal vez bailes, grandes banquetes, ahora era un lugar de mierda abandonado donde se hacían peleas ilegales. *Gran cosa, los lugares se reciclan y la gente muere. No descubriste nada nuevo.*

—¡Demonio! —gritó el tipo nuevamente.

—Ya voy —gruñí sin levantar el tono de voz, apoyé mi frente en el azulejo sintiéndolo frío. Subí ambas manos, sintiendo la frialdad del material en las palmas.

Necesitaba encontrar la tranquilidad en mis pensamientos, si no, no iba a poder pelear. Estar desconcentrado en una pelea era como ir a la puta guerra sin armas. Sin despegar mi frente de los azulejos desgastados observé mis nudillos cascados por el golpe anterior, la oscuridad del lugar parecía casi abrazarme. La soledad a veces podía ser reconfortante. *A veces.*

Las imágenes de la última vez que había visto a Ben con vida volvían a pasarse en mi cabeza como una película, cada palabra, cada mirada, cada respiración. Ese día había sido el final de mi familia, mi final.

—Demonio, ya está el otro hijo de puta arriba del ring —gruñó el hombre y me separé con molestia de la pared. Sin más me di media vuelta saliendo del appestoso baño, observé a la multitud de hombres gritando hacia el ring improvisado, caminé por el pequeño pasillo sin personas. *Hora de entrar en el infierno, yo me encargo.*

—Mañana a la misma hora, Hoffland —dijo Jeff pero yo ya le estaba dando la espalda; caminé fuera del gimnasio con mi bolso deportivo colgando.

Necesitaba dormir por días, tal vez años...

Ya afuera respiré un poco de aire fresco, para luego dejar caer mi bolso al piso y sacar un cigarrillo. Lo encendí y comencé a sacarme la venda de mi mano izquierda. *No debes fumar ahora, idiota.*

Un Camaro rojo algo destartado, con claros problemas en el caño de escape, se paró en la calle de enfrente, observé lentamente a ambas personas que parecían estar mirando para mi lado. ¿La rubiecita? Junto a un chico... *interesante.*

Ella salió del auto con la mirada en el piso, para luego empezar a caminar de forma casi robótica hacia el gimnasio, mi mirada paseó por su uniforme de colegio. El auto salió andando por la calle. Rápidamente terminé de sacarme la venda de mi mano izquierda para guardarla en mi bolsillo y mirarla acercarse a mí esquivando su mirada.

—¿Nuevo noviecito? —pregunté al ver que iba a pasar por mi lado sin más.

Ella frenó su andar y me miró algo tensa.

—Un amigo —susurró con voz débil. Opté por darle una pitada a mi cigarrillo sin dejar de mirarla. *Es extraña, déjala ir.*

— A tu papá no le gustará mucho —contesté con voz levemente seca. Ella pareció irritarse y eso me hizo divertirse demasiado.

Antes de que se escapara le comenté de la fiesta que íbamos a hacer; me aproveché de su ya conocida inestabilidad ante mi presencia y me largué antes de escuchar un no. Pero cuando el viento comenzó a pegarme en las facciones arriba de mi moto, la pregunta vino a mi mente: *¿Por qué la invitaste?* Sabía que era un peligro acercarme a ella siendo la hija de Jeff, por otro lado, ella no era mi estilo en lo absoluto. *Qué más da, ni siquiera irá.* Frené la moto cuando el semáforo alumbró el color rojo, no pude evitar que una pequeña sonrisa saliera de mis labios. Esa rubiecita no se atrevería a aparecerse en la fiesta, de eso estaba seguro.

France gritaba arriba de la canción, todos los de la ronda nos reíamos ante su opinión sobre la pelea del domingo.

—Oh, vamos, yo lo hubiese hecho mierda —gritó mirándome y buscando que me pusiera de su lado. Lo miré con una pequeña sonrisa para luego llevar la botella de cerveza a mi boca y beber con tranquilidad. Gal por su lado bailaba de una forma extraña.

—Eres un idiota, France —dijo Nolan negando con la cabeza. Todos siguieron hablando mientras la casa se llenaba descontroladamente de gente, pero mi atención se perdió, ya que una mano desde atrás pasó por mi pecho,

miré con lentitud a la chica que se asomaba por mi lado. Madre mía, una morena de diez. Labios grandes, cabello largo y una delantera que ya se veía perfecta en ese vestido entallado.

—Harry, te presento a Erika. Es una cazadora nata, lo que le gusta lo atrapa —rio Nolan saliendo de la ronda.

—Ya tenemos algo en común, muñeca —hablé pasando una mano por su cintura, ella sonrió de lado.

—No te había visto antes por aquí —comentó ella acercándose a mi oído para que la pudiese escuchar mejor. Su perfume me tomó por sorpresa... era demasiado invasivo.

—Soy una edición limitada, ¿sabes? —dije divertido—. No me paseo por cualquier lado, así las mujeres que valen la pena me encuentran —dije mirándola de arriba abajo. Supe que le había gustado esa respuesta ya que apoyó su mano en mi hombro y pegó un poco más su cuerpo al mío—. ¿Quieres beber algo? —pregunté, ella asintió mordiéndose el labio inferior. Pero mi mirada fue un poco más allá, una rubia se destacaba entre los demás bailando al ritmo de una canción con entusiasmo junto a un chico. *¿Qué carajo? ¿Qué haces aquí, fierecilla?* Mi mirada la escaneó, vestido pegado al cuerpo, camisa y zapatillas...

Sexy.

—¿Hola? —Mi mirada fue nuevamente a la morena que me miraba. *No pierdas a este primor por una niña.*

—Vamos —le hice una seña con la cabeza hacia la barra y la guie con una mano en su cadera.

Me moví entre la gente fumando mi cigarrillo en una mano y la otra con una cerveza nueva.

—Dylan —le dije cuando comenzó a bailar a mi lado con el rostro completamente perdido—, te has fumado un porro del tamaño de un bate —le dije. Él asintió mientras se seguía moviendo de forma extraña, reí negando con la cabeza haciendo un paneo de la fiesta. La casa de Nolan estaba que explotaba, mi mirada fue ahora nuevamente a la rubiecita; mierda, parecía que no podía despegar mi mirada de ella.

Con un nuevo vaso se movía de un lado a otro bailando, su cabello flameaba distinguiéndose de todos los demás. Reía saltando con una colorada, le di una pitada a mi cigarrillo.

—¿A quién ves? —preguntó Dylan ahora dejando de bailar—. ¿Nueva presa? —preguntó tomando de su vaso.

—No, es algo que no puedo cazar —dije sin quitarle la mirada, ahora se dirigía nuevamente a la barra.

—Alguien que Harry Hoffland no puede cazar... Mmm, eso no terminará

bien —comentó divertido.

—No me quiero meter en problemas —hablé ahora volviendo a hacer un panorama del lugar dando otra pitada. *Mientes, te encantan los problemas.*

—Te conozco hace tiempo, Hoff. En tu mundo significa «Quiero embestir furiosamente ese problema» —dijo mientras simulaba un movimiento de pelvis realmente lamentable. Di una carcajada.

—No me creas tan básico —susurré—. Y Tú. Amigo. Eres un idiota —lo señalé para luego darme vuelta dispuesto a caminar.

—¡Hoffland! —Un chillido me hizo dar vuelta. Una chica frente a mí me sonreía.

—¿Hola? —le dije para luego beber de mi cerveza, ella me miró con una pequeña sonrisa.

—Soy Marion, ¿me recuerdas? —preguntó. ¿Quién? Di mi última pitada y tiré el filtro al piso.

—Lo lamento, muñeca, no lo recuerdo —dije a punto de darme vuelta, pero ella me frenó poniendo una mano en mi brazo.

—Soy la prima de Abby —agregó de forma rápida y todas mis luces se prendieron.

—Ah, sí, nos conocimos en la fiesta de Tony —comenté asintiendo—. ¿La estás pasando bien? —pregunté mirando nuevamente a la gente.

—Sí, es una gran fiesta —comentó con entusiasmo. Mi mirada encontró a la morena de más temprano, era momento de atacar.

—Me alegro, muñeca. Voy a ir a buscar unos tragos, nos vemos luego —le dije dándome vuelta y caminando hacia mi objetivo. Pero una rubiecita que pedía un nuevo vaso en la barra hizo que me dirigiera hacia allí sin darme cuenta.

Me paré atrás de ella viendo cómo probaba del vaso que le había dado el chico de la barra.

—Demasiado alcohol para ti —susurré en su oído y ella se tensó para luego darse vuelta. No pude evitar sentir el maravilloso olor a vainilla que me invadió; mierda, era delicioso. Con una desinhibición que debía agradecer al alcohol me miró de arriba a abajo.

—Pensé que no vendrías —le dije mirándola fijamente, su cabello caía algo desordenado por sus hombros, haciéndola ver... *Salvaje.* Algo me incomodaba y no estaba seguro de qué. Y de repente me sentí inferior.

—Claro que sí. ¡Amo las fiestas! —Su voz sonó falsa por arriba de la música —. Permiso, debo volver a la pista. —Quiso salir por mi lado, pero la encerré con mi brazo. *Oh, no, fierecilla. Tú no te irás tan fácil.*

—Lo digo en serio, basta de alcohol. Este es tu sexto trago. —Realmente

quería que dejara de tomar. Mi cuerpo casi rozaba el suyo y algo en mi mente parecía no responder. Ella levantó el rostro para verme de frente y sentí la necesidad de pegarme aún más a ella. Nuevamente volví a sentir el silencio, mi mente dejó de funcionar... Tal cual como cuando noqueaba a alguien. Era un silencio completo, todo dejaba de existir, cualquier sonido desaparecía, solo podía ver sus ojos.

—¿Me estuviste espiando? —Ella levantó una ceja y parecía haber ganado confianza. Y todo volvió a la normalidad, el barullo y la música volvió al igual que mis pensamientos. Sonreí de lado.

—Es difícil evitar ver a alguien que baila por toda la pista dando saltos. — Mi voz sonó más dura de lo que quería, pero ella no pareció intimidarse. Por primera vez me miraba fijamente y por un segundo me sentí casi cohibido.

—Harry, te había perdido. —La voz de la morena me sacó del trance haciendo que me separara de la fierecilla que ahora miraba a la chica con confusión.

—Lo lamento, me distraje por un segundo —comenté mientras intentaba volver a la tierra, pasé una mano por la cintura de la morena. Lo lamento, fierecilla, pero no eres mi tipo. *Por eso mismo te atrae*. La rubia resopló para luego caminar lejos de nosotros dos, la vi irse sin disimulo.

—¿Es una amiga? —preguntó la morena pegándose más a mí para llamar la atención.

—Algo así —le contesté con una pequeña sonrisa—. ¿Por qué no vamos a ponernos cómodos? —dije mientras me remojaba los labios, ella asintió rozando su nariz con la mía.

Ambos caminamos hacia donde se encontraban los sillones, costó que me diera vuelta para que ella me sentara con un empujón. Sonreí de lado, viéndola sentarse arriba de mi regazo. No me gustaba ser exhibicionista frente a nadie, pero la gente parecía tan colocada que... por unos minutos no me molestaría.

Ella de forma rápida acaparó mi boca, llevé mi mano a su nuca besándola con fuerza, sus manos se aferraron a mi camiseta; de forma automática descansé mis manos en su trasero. Abrí mis ojos y mi mirada fue a parar a una pequeña rubia que me miraba a pocos metros de distancia, mezclada entre la gente de la pista.

La boca de la morena seguía moviéndose junto a la mía, pero mi mirada no podía despegarse de la fierecilla que me miraba casi hipnotizada. Mi mente era agua, completamente. Algo en mí se encendió, mi cuerpo pareció hervir bajo la mirada de Abby. *Me gusta que me mires, pequeña, mira lo que hago*. Apreté el trasero de la morena sin vergüenza mientras ella comenzaba a besar mi cuello con dedicación. Abby tragó con dificultad para luego mirarme con asco, darse

media vuelta y desaparecer entre la gente. Fruncí el ceño viendo por dónde se había ido.

—¿Tienes tu auto cerca? —preguntó la morena en mi oído.

—Sí. —Mi voz sonó algo quedada, no levanté mi mirada de donde había estado Abby. Mi cuerpo parecía como si se hubiese enfriado del todo. La morena se paró agarrándome la mano.

—Vamos —dijo mordiéndose su labio inferior mientras se acomodaba el vestido. Asentí parándome, aunque no pude evitar echar un último vistazo al lugar donde había estado la rubia. ¿Por qué de repente me sentía repugnante ?

Moví mis piernas entre las sábanas, mi mirada estaba puesta en el techo de madera. No había podido pegar un maldito ojo en toda la noche, como siempre.

Me senté en la cama mirando a mi alrededor. Este lugar era una mierda de aburrido, con rapidez salí de la cama sin importarme que fueran las siete de la mañana y me dirigí al baño, luego de unos minutos ya me encontraba en el ascensor para salir a correr. Necesitaba despejarme, aclarar mis ideas.

Con la capucha puesta, comencé a trotar por la calle sintiendo cómo mis músculos se calentaban, al igual que mi cuerpo. Luego de un incontable tiempo trotando, me paré en una de las plazas y moví mis brazos tirando golpes al aire en posición de guardia.

—Mierda —susurré cuando noté que mi cuerpo estaba cansado por no dormir.

—Mamá. —El grito de una niña hizo que mi piel se erizara—. ¡Mamá! — Otra vez un grito agudo. Observé de dónde provenía el sonido; una niña de alrededor de seis años estaba colgada de un pasamanos con cara de terror mientras miraba al piso en la distancia. Caminé con urgencia hacia allí viendo cómo la niña hacía un gran esfuerzo por no caerse—. ¡Mamáaaaa! —volvió a decir ahora con desesperación, pero antes de que se soltara, la agarré. Deposité a la niña ya con lágrimas en los ojos en el césped.

—Oye, eso es muy alto —le dije arrodillándome. Ella, con cara de tristeza y dolor, vio sus pequeñas manitos rojas—. ¿Te has lastimado? —pregunté con voz suave viendo sus manos, ella negó con la cabeza todavía haciendo puchero.

Tenía el cabello castaño claro y algunos rulos, era una ternura; observó a un niño a lo lejos que la miraba fijamente e hizo más puchero.

—No te avergüences —le dije con lentitud—, eres una niña adorable, cuando quieras volver a subir lo lograrás. —Sonreí al ver cómo ella me miraba con ojos brillosos.

—¡Leah! —Una mujer se acercó a la niña con urgencia agarrándola—. ¿Por qué estás llorando? ¿Qué le hizo? —dijo ahora acusándome con la mirada. Me levanté poniéndome de pie.

—Su hija intentó jugar con el pasamanos, pero a la mitad no pudo hacer más fuerza. Vi cómo estaba a punto de caerse y la ayudé a bajar —expliqué relajado mientras la nena asentía algo tímida mientras se pasaba ambas manos por los ojos.

—Oh —dijo la mujer bajando nuevamente a la pequeña—. Lo lamento, es que fui a comprar una revista ahí en frente, tan solo por unos segundos... —comentó la mujer—. Gracias —dijo ahora mirándome con suavidad—. Leah, ve a jugar con el niño ese —dijo señalando al nene que antes la estaba mirando y ahora se hamacaba. La niña pareció no escuchar a la madre y se me quedó viendo—. Leah —le dijo la mujer.

—Gracias —dijo la chica para luego reír con algo de timidez.

—Por nada, pequeña —susurré con una sonrisa amistosa, ella luego corrió hacia donde estaba el nene y ocupó la hamaca a su lado.

—Lo lamento, no te quería gritar así... ya sabes, todo el tema de que los niños no pueden hablar con extraños —dijo la mujer hablando con algo de nerviosismo. Tendría unos treinta años y el mismo cabello que su hija; a pesar de que estaba agotada, se veía que era una mujer bellísima.

—Sí, mi mamá también me lo decía —dije sacándome la capucha, no me había dado cuenta de que la seguía teniendo puesta—. No funcionó mucho cuando crecí —hablé divertido y la escuché reír.

—Soy Amber —se presentó.

—Harry —dije mirando hacia la plaza.

—¿Harry, quieres... sentarte en el banco conmigo a hablar un rato? Soy madre soltera, no tengo mucho en común con las otras madres... —habló divertida. Puse las manos en los bolsillos de mi jogging.

—En realidad estaba entrenando, ya estaba por volver... —comenté mirando a la pequeña que se hamacaba en silencio al lado del niño que tampoco parecía dispuesto a hablar. Observé la situación algo quedado, yo de chico también era muy tímido.

—¿Cuántos años tienes, Harry? —preguntó ahora mirándome. Tal vez el ser tímido me había ayudado a poder descifrar a las personas con solo observarlas.

—¿Cuántos años quieres que tenga? —pregunté ahora mirándola, la mujer respiró hondo para luego sonreír de lado. No esperaba esa respuesta, observó a otro lado. Yo solía utilizarla cuando salía con mujeres mayores, pero ahora... no había sonado del todo bien—. Un placer, Amber—comenté dándole una pequeña sonrisa para luego comenzar a caminar fuera de la plaza. Saludé con la mano a la pequeña Leah, que me saludó enérgicamente.

—¡Harry! —Me di vuelta. Amber ya estaba caminando hacia mí, me tendió una tarjeta—. Si... quieres algún día, puedes llamarme —comentó con voz

controladamente relajada. Sonreí de lado.

—Tengo veinte años —dije con lentitud. Ella me miró algo quedada.

—Pensé que eras mayor... —susurró con el ceño fruncido—. Pensé que ibas a tener alrededor de veinte... pero, tal vez, ¿veintiséis?

—Por eso mismo pregunté cuántos años querías que tuviera, veintiséis será entonces —hablé caminando hacia atrás para luego guiñarle un ojo—. Nos vemos. —Recibí una pequeña sonrisa provocativa de la mujer, sin más comencé a trotar nuevamente para mi casa. No era la primera vez que me pasaba, tampoco iba a ser la última... de eso estaba seguro.

Al llegar a mi edificio un Dylan sentado en la vereda con el rostro lleno de aburrimiento y un pack de cervezas me esperaba.

—¡Al fin llegas! —dijo parándose.

—¿Acaso no tienes algo mejor que hacer? Es muy temprano —hablé divertido mientras entrábamos al edificio. Mi cuerpo estaba agotado y completamente transpirado.

—Hoy es el gran juego, tú tienes un televisor de puta madre y comida en el refrigerador. No puedo pedir más —habló mientras entrábamos en el ascensor—. Aparte quería salir de casa, mi madre se ha vuelto pesada nuevamente con el tema del instituto.

—Eres una maldita ladilla —comenté.

Di un golpe que el idiota sorprendentemente bloqueó y me separé de él sin bajar la guardia. Con una mirada corta al reloj que colgaba de una de las paredes me di cuenta de que pronto terminaría el entrenamiento, debía volver a casa y dormir.

Aunque eso iba a ser imposible, ya que mi día todavía no terminaba.

Finalicemos esto.

Me acerqué con envión al chico y le di un puñetazo directo en las costillas, seguido por otro en el mentón. Cuando estaba por caerse hacia atrás escuché el bendito silbato.

—¿Qué carajo te pasa, Hoffland? —preguntó Jeff cuando terminó de mandar a la mierda al otro chico.

—Nada —dije mientras me sacaba los guantes y los tiraba en el ring.

—Te ves muy mal —dijo mientras me miraba de forma reprobatoria.

—Gracias, Jeff. Tú también te ves genial —dije de mala gana bajándome de la plataforma—. No he dormido bien.

—Será mejor que empieces a dormir bien y dejar las salidas de lado —me señaló—. Vete a cambiar y largo de aquí. Ya es tarde —dijo Jeff sin darme la devolución, asentí caminando hacia los vestuarios. Pero apenas estuve ahí me di cuenta de que me faltaban los guantes, volví a salir y vi cómo Jeff se despedía de

su pequeña hija. Sequé mi rostro con la toalla que seguía colgando de mi hombro y vi cómo Abby se subía al ring para terminar de limpiar. No, en serio... ¿Qué padre pone a limpiar a su hija un gimnasio? La vi inclinarse para limpiar la lona, se veía molesta. Observé el silencioso gimnasio, ya casi se habían ido todos.

Ataca.

—Solo los boxeadores pueden estar en el ring —hablé secando mi rostro mientras me acercaba más al cuadrado azul. Ella se dio vuelta con cansancio y me inspeccionó desde la altura, aproveché para entrar ágilmente entre las cuerdas del ring.

—Estoy limpiando, Hoffland —habló mientras volvía a su tarea. Hice un gran esfuerzo para no echarme a reír, pocas veces intentaban ignorarme con tanta fuerza y me encontraba fascinado con la idea—. Qué te parece... —hablé agarrando mis guantes—. Si tenemos una pelea. —Mi voz sonó segura, vi cómo su cuerpo se tensaba.

—Vete a jugar a otro lado, Hoffland —susurró mientras seguía refregando la lona. *Vamos, fierecilla, sé que estás por allí...*

—Me tienes miedo. Pensé que me impresionarías —dije ahora serio. Era verdad, la mayoría de la gente no se metía conmigo o me lamía el maldito culo, ambas eran respuestas ante el miedo. Ella no parecía estar en ninguna de las dos opciones. *O tal vez es buena fingiendo.*

—No te tengo miedo, idiota —dijo ahora parándose erguida para mirarme—. Me crié en este gimnasio. —Su mirada fija y desafiante era completamente sexy.

Oh, cariño, que te hayas criado aquí no significa que puedas pelear ni por un segundo.

No sé cómo ocurrió, pero aquí estábamos uno frente a otro, la fierecilla ya con los guantes puestos... y la hacían ver de puta madre. Ambos íbamos en círculo dispuestos a atacar; claro, yo pensaba simplemente divertirme.

—Hagamos esto más divertido. Si yo gano cenaremos juntos, si tú ganas... te dejaré en paz —ofrecí casi irónicamente. No podía ser tan inocente de pensar que realmente la dejaría ganar. Ella asintió con una pequeña sonrisa.

Luego, sin esperar más, Abby tiró un golpe directo que pude esquivar con facilidad. La enganché con mi brazo atrapándola y la inmovilicé; una sensación agradable corrió por mi cuerpo.

—Muy lenta —susurré y ella se estremeció en respuesta para luego empujarme. Reí, esto era comiquísimo. La pelea siguió, Abby solo lograba enojarse y cansarse aún más. Su cabello estaba enredado y disparado para cualquier lado, sus mejillas coloradas.

—¡Suéltame! —gritó cuando la atrapé tirándola al piso del ring, para luego sentarme arriba de ella a horcajadas teniendo sus brazos pegados a la lona.

—Algo para que recuerdes —susurré cerca de su rostro—. Soy boxeador — dije con una sonrisa llena de orgullo. Pero su aroma dulzón me invadió, la observé por unos segundos, ella me miraba molesta con ojos grandes y algo desequilibrada. Mi mirada bajó por unos segundos a su cuello descubierto, quería meter mi maldito rostro allí.

—Por favor —susurró con bronca contenida y algo quedada. *Suéltala.*

—Estate lista, odio esperar. —Me separé rápidamente de ella.

¿Qué carajo había sido eso?

Me saqué los guantes y bajé del ring.

—Harry, pensé que te habías ido. —La voz de Bob resonó por todo el gimnasio mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Sí, quise practicar un poco más. Ya me iba —comenté mientras seguía caminando hacia los vestuarios. Ya allí adentro escuché cómo Abby hablaba con Bob. Debía irme de allí lo más rápido posible.

CAPÍTULO 3

La música de la televisión sonaba a todo volumen y mi paciencia ya había desaparecido. Caminé con el cabello mojado y la toalla envuelta en mi cadera hacia el living.

—En serio, alguien te tiene que enseñar malditos modales —hablé para luego arrebatarle el control y apagar la televisión.

—¡Oye! Estaba viendo eso —dijo Dylan tirado en el sillón con diferentes tipos de paquetes de comida a los costados.

—Vete —dije—. No me hagas tener que usar mi fuerza —amenacé para luego volver a mi habitación a cambiarme. Agarré un boxer negro y un jean del mismo color.

—¿Saldrás con una gatita? —comentó apoyándose en la puerta—. Ya que no irás a la fiesta de hoy... Vamos, cuéntame. ¿Está buena? —preguntó al ver que no le respondía.

Terminé de cambiarme para luego acercarme al baño. *Se está metiendo demasiado en nuestras cosas.*

—Espera... tú no sales con chicas —dijo ahora frunciendo el ceño—. Tú vas directo a la acción —dijo sin entender.

Suspiré mirando mi reflejo en el espejo por última vez para luego agarrar una chaqueta y mis llaves bajo la mirada de mi amigo.

—Te gusta —comentó de repente cuando ya me encontraba en la puerta. Lo miré de forma cansada. *Claro que no.*

—¿De qué hablas? —pregunté frunciendo el ceño.

—Tú no sales con mujeres, no necesitas eso. E igual te miraste dos veces en el espejo... —comentó ahora con una sonrisa mientras se cruzaba de brazos.

—No me mir... —suspiré— Como sea, cuando vuelva no quiero verte aquí —dije abriendo la puerta—. No, no quiero verte en toda la semana —lo señalé para luego cerrar la puerta.

—¿Cómo anda esto, Mike? —le pregunté al hombre de seguridad del gran lugar de salsa, siempre era impresionante la gente que esperaba para entrar.

—Lleno, pero siempre hay lugar para ti —me dijo de forma amistosa. Me lo debía, lo había ayudado a cobrar unas cuentas hace unos años.

Pasamos junto a Abby al gran lugar, estaba repleto de personas, la pista de baile era el lugar donde menos gente había por el momento.

—Vamos a un lugar más alejado de la pista —le dije mientras empezaba a

caminar entre la gente. Era el mejor lugar de baile salsa y comida *gourmet* de toda la zona, de eso estaba seguro. Mi celular vibró cuando conseguimos una mesa libre. «Un tipo se apareció aquí buscando tu cabeza», vi el mensaje de Dylan en la pantalla. Mierda. Tipeé con rapidez: «Dile que ahí no vive nadie con el nombre que te está dando. Tú vives ahí». La respuesta fue casi inmediata.

«¿Ahora vivo aquí? Hace minutos me echaste»; suspiré. ¿Quién me estaba buscando? Una pequeña risa hizo que levantara mi rostro.

—¿Qué es gracioso? —pregunté viéndola.

Abby miró levemente hacia otro lado completamente intimidada.

—Creo que no fue buena idea venir. —Su voz sonó baja y poco clara por el ruido del lugar.

—Eso me lo dirás cuando termine la noche. —Dejé el celular a un lado y me dispuse a tener una buena noche. Aunque mi cabeza estaba en otro lado, necesitaba terminar de arreglar lo de ese tipo.

—¡Harry! —Una voz aguda sonó a nuestro lado. Observé a la pelirroja de infarto.

—Mary. —Sonreí. Seguía igual que la última vez que la había visto, me levanté y la estreché en mis brazos. Le tenía mucho cariño, había sido una gran amiga y también una gran distracción en las noches cuando trabajaba aquí. Y después de eso, todo se tornó difícil.

Abby parecía querer salir eyectada de la cena, mientras que yo no podía dejar de pensar en la pelea de mañana y en el tipo que tendría que ir a ver en tan solo cuatro horas. Tal vez esto realmente había sido una mala idea.

La comida pasó de lo más normal, Abby se iba soltando a medida que tomaba sus tragos y por ende eso me relajaba a mí. Era una chiquilla especial, terca, caprichosa, malhumorada, pero algo... la hacía especial. Por eso mismo no me llamaba la atención que Jeff estuviera vigilándola las 24 horas del día. Abby comenzó a hacer preguntas personales, lo que me obligó a evadirlas.

—No, no tengo relaciones con mujeres —contesté achinando los ojos ante la pregunta de si estaba saliendo con alguien. Abby se vio claramente irritada por la presencia de Mary. Algo que me hizo sentir un pequeño cosquilleo divertido.

—¿No tienes relaciones con mujeres? Oh, dios. Yo pensaba que eras heterosexual —habló con voz aguda tapándose la boca de forma exagerada. Bebí de mi cerveza observándola, se estaba haciendo la sabelotodo. Me gustaba que me perdiera el miedo...

—Bien, niña lista, bebe el chupito. —Agarré el pequeño vaso transparente.

—Presiento que me quieres emborrachar —susurró mirándome fijamente. No estaba intentando ser sensual, era totalmente natural y me sentí malditamente atraído—. Estoy feliz y borracha con mis margaritas. No molestes, Hoffland. —

Subió los pies a su silla haciéndose un ovillo y no pude dejar de notar esa acción.

¿Desde cuándo prestaba tanta atención a una chica con la que salía?

—Bebe y te diré una verdad. Tú preguntas y yo contesto. —La oferta salió de mi boca disparada como una daga, en mi puta vida hubiese imaginado decir esto en voz alta pero logré captar su atención.

—¿Desde cuándo quiero saber una verdad sobre ti? —preguntó levantando una ceja.

Vamos, nena, sé que quieres saber algo.

—Todos quieren saber una verdad sobre mí —murmuré para luego beber el tequila de un solo trago, la bebida quemó mi garganta y me llevó a recuerdos de cuando estaba en la pandilla. Había una época en la que solo tomábamos tequila, era lo único que tenía el viejo de la esquina que podíamos robarle—. Piensas demasiado —dije. Aunque el comentario no era para ella, sino para mí mismo.

Abby me miró con ojos grandes, llenos de incertidumbre; me sentí poderoso cuando bebió del vaso y lo tragó para luego hacer una mueca de horror.

—¿Quieres otro? —pregunté cuando se repuso, no pude evitar sonreír en el momento en que me fulminó con la mirada.

—Vete a la mierda —susurró y una carcajada salió estruendosa de mi boca.

—Eres todo un caso —dije parándome, realmente divertido con esta nueva Abby—. Ven, vamos a bailar. —Ya de pie a su lado, ella me miró con ojos grandes y como era de esperarse se negó.

—No bailo —comentó.

Llevé mi mano a su parte baja de la espalda guiándola.

—Yo sí —fue todo lo que contesté mientras pasábamos entre las personas.

Abby iba algo perdida, estaba seguro de que era por el alcohol, pero eso me ayudaba a manejarla con facilidad.

Ya frente a mí en la pista me miró todavía algo quedada y tambaleante. La sostuve de la cadera, en cualquier momento se podría llegar a caer. Ella miró a una pareja a nuestro lado de forma perdida, pasé mi mano por su mandíbula haciendo que me mirara. Mi cuerpo se tensionó por eso, tal vez no debería acercarme tanto. No quería que Jeff me cortara las bolas, necesitaba quedarme en el gimnasio para llegar a Frank.

—Te enseñaré —le dije cerca del oído. Volvió a mirar ahora a una de las bailarinas frecuentes del lugar.

—No estoy vestida para la ocasión —susurró algo apenada. Intenté no reírme, pero unas cosquillas se atoraron en mi pecho. Ella era... tierna.

—Sí lo estás. Ahora sigue la música. —Comencé a moverme lentamente intentando que ella me siguiera; con ojos grandes y algo de desconfianza, Abby me siguió con facilidad. Volvió a mirar a nuestros acompañantes, pegué sin más

mi boca en su oído—. Concéntrate en nuestro baile. La salsa es un baile cálido, la mujer seduce al hombre. —Su cuerpo se tensó por mi cercanía. *Vamos, fierecilla, suéltate.*

—Harry —susurró algo insegura cuando estuvo a punto de caerse por la rapidez y las copas de más. Se sujetó de mis bíceps y la sostuve con fuerza.

—Mueve tus pies al compás. Olvídate de todos los demás aquí, somos tú y yo —susurré nuevamente en su oído.

Abby pareció entender esas palabras, asintió cortamente y volvió a esforzarse por seguir la música. Sus caderas comenzaron a soltarse, al igual que sus pasos; con rapidez me di cuenta de que yo la seguía a ella. Dio una vuelta y su aroma a vainilla me abrazó; como un maldito adicto, la atrapé y nos sincronizamos completamente. Su mirada ahora estaba en mis ojos; nuestros cuerpos se entendían, eso era claro. Luego de varias canciones nos separamos por el calor o porque realmente me era insoportable tanta cercanía con ella, tal vez porque sabía que no podía ir más allá.

Tiró su cabello a un costado en un intento de refrescar su nuca, completamente indiferente al hecho de que yo la estuviera mirando. Mierda... se veía bien.

—Harry, ¿tienes tiempo para mí? —Una voz conocida sonó cerca. Una morena radiante con sonrisa perlada estaba a mi lado. Rex había sido mi gran maestra de baile, luego de mi madre. Ella siempre se quedaba practicando por las noches cuando el lugar estaba cerrado, mientras yo limpiaba. Necesitaba un acompañante y yo, distraerme, por eso mismo pasábamos largas noches bailando hasta que no aguantábamos el calor.

Cuando me quise dar cuenta ambos estábamos bailando como en las viejas épocas en la mitad de la pista; Rex era voluptuosa y sabía cómo mover sus caderas para encender a cualquier hombre en su sano juicio. La moví con destreza y agilidad, era fácil de llevar. Pero mi mirada de repente fue a parar a otra pareja, la rubiecita, junto al idiota de Demian; se movía como si fuese la maldita dueña de todo el lugar. Las miradas de todos estaban en ellos, más bien en ella. Su cabello flotaba con cada giro, no despegaba su sonrisa, estaba segura.

Sus caderas estaban contra el idiota, se veía tan putamente bien. De repente me sentí con ganas de golpear algo, me acerqué sin más apartándome de Rex.

—Bien, ya es suficiente —dije duro. Ambos me miraron completamente agotados y transpirados. Arrastré a Abby fuera del lugar. *Ella tiene que saber que tú tienes el orden, Demonio. Nadie te pasa por arriba.*

—No me quiero ir. ¡¿Me escuchas o eres sordo?! —gritó cuando estábamos ya frente a mi auto. Mi humor se había ido a la mierda y hacerme cargo de una adolescente ebria tampoco lo mejoraba. *Vete de aquí y vamos a darnos una*

línea.

—Te escucho. Lo hago. Solo que no me importa, nena —hablé dándole una pitada a mi cigarrillo—. Entra al puto auto, Abby —dije mirándola. Ella me miró de forma fija, estaba irritada y yo me encontraba encantado de repente con eso. Caminé hacia ella y no se intimidó—. Sube, estás borracha —dije con voz dura.

Abby no corrió la mirada ni se movió, claramente había tomado de más.

Esa seguridad es atractiva en ella.

—Eres un idiota —dijo achinando los ojos y sonreí sin más.

Oh, eso es bueno, fierecilla.

—Tú eres irritante —respondí luego de darle una pitada a mi cigarrillo para luego acercarme a su rostro y tirar lentamente el humo cerca de ella. Para mi sorpresa no se movió y nuestras narices se rozaron.

—Inútil —susurró con bronca. Mi mirada la analizó, pálida, ojos marrones, pequeñas pecas esparcidas por el puente de su nariz, boca carnosa; era la clase de belleza que pondría feliz a los padres de cualquiera.

¿Cómo será en la cama? Estaba seguro de que nadie había pasado por allí.

—¿Este es el momento en que te beso para descargar nuestro odio? —pregunté para cortar el rollo. Porque si no, realmente iba a tirarme sobre ella. Abby resopló—. Porque no me molestaría hacerlo —reí.

—Solo llévame a casa, Hoffland —susurró para luego caminar hacia mi auto.

¿Esperabas un beso, fierecilla?

A los pocos minutos estábamos entrando a una casa explotada de gente, Abby por su lado seguía de mal humor.

Mitch fue el primero en aparecer, quien notó con interés a Abby. *Que no la mire.*

—¿Vienen juntos? —preguntó frunciendo el ceño; antes de que la rubia contestara me apresuré.

—Como sea. ¿Vamos? —pregunté, él asintió—. Quédate aquí. No te muevas, tardaré unos segundos —le dije a Abby que me miraba seria, ella asintió. Luego simplemente me perdí entre la gente.

—¿Qué haces con ella? —preguntó Mitch por arriba de la música mientras intentábamos llegar a destino. *¿Qué mierda le importa?*

—¿Tengo que darte explicaciones de con quién estoy? —pregunté seco. Él hizo una mueca—. No te metas en donde no te llaman, Mitch. Un consejo para la vida —dije para luego separarme de él y caminar directo hacia un tipo que se encontraba tomando una cerveza con otro de forma tranquila.

—Hoff —dijo Tyler cuando me vio y su rostro se tiñó de horror.

—Vete —le dije al acompañante, este frunció el ceño algo quedado—. ¿Quieres que te parta la cara? Vete —hablé ahora dando un paso más cerca. Él

negó con la cabeza para luego irse sin más.

—Hoff, estamos pasándola bien. No es momento para pelear —dijo lentamente por arriba de la música.

—No vengo a pelear, solo quiero que me des mi dinero y me largo — comenté cruzándome de brazos.

—No tengo tu dinero —habló ahora incómodo. Cerré mis ojos con poca paciencia.

—Tú me obligas a golpearte. ¿Lo sabes, no? —comenté con cansancio. Qué idiota, observé para el lado donde había dejado a Abby. Imposible de ver, había demasiada gente. *Golpea al maldito y vete con la chica de una vez.*

—No me golpees, prometo darte el dinero —habló de repente—. Se lo pediré a mi padre mañana —dijo desesperado.

Soné mis dedos.

—Sabes que eso no va a ser pos... —No pude terminar la frase ya que un Dylan agitado apareció entre la gente.

¿Dylan agitado?

—Harry, debo hablar contigo urgente —susurró nervioso.

—Mañana, el dinero. O sino pasaré por tu casa y te cortaré las malditas piernas. ¿Entendiste? —hablé mirando a Tyler, quien con el rostro blanco asintió para luego salir picando—. Me interrumpiste haciendo un puto negocio, ¿qué? —pregunté sacando un cigarrillo.

—Está aquí —susurró Dylan mirando a todos lados.

—¿Quién? —pregunté dándole una pitada al cigarrillo.

—El tipo que se apareció más temprano por tu casa, vino aquí en tu búsqueda. Tiene un arma y hará un destrozo si no te vas —me dijo con ojos grandes. Di otra pitada haciendo un paneo de la fiesta—. No, no pelearás. Tiene un arma y sabes lo que ocurre en las fiestas. No podemos meternos con la policía de nuevo —me dijo de forma rápida. *Tú también tienes un arma, ya sabes qué hacer.* Cállate.

—Bien, cualquier cosa rara me avisas —le dije, Dylan asintió. Caminé pasando entre la gente en búsqueda de Abby; mi mirada fue a parar a la pequeña rubia que bailaba en la mitad de la pista junto a su amiga, la colorada. ¿De dónde había salido? Tiré el cigarrillo al piso para luego pisarlo sin quitar mis ojos de esa belleza. Abby se movía con tranquilidad y sensualidad bajo la música de la pista que la hacía ver como si fuese una maldición. Me acerqué a ella como un imán, ahora ella me daba la espalda mientras bailaba de forma suelta. Pasé una mano por su cadera pegándola a mí. Perdí mi rostro en su cabello sintiendo su aroma cálido.

—No puedes hacer caso, ¿no? —pregunté y ella comenzó a mover la cadera

contra mí como respuesta. *Oh, no, fierecilla, no hagas eso, no ahora.* Moví con lentitud mi cadera sintiéndome hipnotizado—. Abby, basta, nos vamos —susurré con la mandíbula apretada. Necesitaba largarme de allí antes de que el tipo me viera, pero Abby no me estaba ayudando ni física ni mentalmente. Se dio vuelta y fue la maldita perdición.

—Debemos irnos —susurré con mi rostro cerca del suyo. Ella pasó sus manos por mi pecho, observé la acción.

—No parece que te quieras ir —dijo con una pequeña sonrisa mordiéndose el labio inferior. Observé su boca por un segundo, quería besarla. Volví a ver sus ojos amarrados y todo se tornó en silencio. Mis pensamientos se callaron, ella acarició con lentitud mi pecho, solo éramos ella y yo. La música ya no sonaba, la ansiedad de irme también había desaparecido y solo podía ver esos hermosos ojos. Acerqué mi rostro al suyo casi hipnotizado.

—¡Harry! —Un grito resonó a lo lejos. Levanté mi rostro y vi a Dylan haciéndome señas para que me fuera. Y todo volvió a la normalidad, el sonido de la música, la gente. Abby seguía mirándome sin darse cuenta de la situación.

¿Por qué me ocurría eso? Era como si me absorbiera de la realidad.

—Nos vamos —dije separándome de ella.

—*Nosotros nos encargaremos de ti —dijo un hombre de cabello canoso, mejillas chupadas, poca dentadura y ojos hundidos. Con rapidez solté los billetes que me había dado una mujer hacía tan solo minutos y comencé a correr. Pero mi cuerpo chocó contra algo, al abrir los ojos un tipo gigante había frenado mi escape.*

—*Muévete, gordo —dije con ira intentando zafarme de él pero de un solo movimiento me paralizó.*

—*Quédate quieto, niño, es por tu bien —dijo el hombre levantándome. Me moví con violencia.*

—*Suéltame —grité con desesperación. Caí al piso intentando escapar, él volvió a agarrarme.*

—*¡Vamos, apúrate! —le dijo el hombre mayor al que me tenía agarrado.*

—*¡No! —grité cuando volvió a levantarme por los aires— ¡SUÉLTAME, GORDO! —dije con desesperación, pero nadie haría nada. A nadie le importaba, nadie se haría cargo. A lo lejos pude divisar algunas personas observando la escena, era normal esto aquí—. ¡Hijo de puta! —grité.*

—*Aprenderás a callarte —gritó el hombre al tirarme dentro de una camioneta, luego un golpe hizo que todo se convirtiera en negro.*

Abrí mis ojos con urgencia en la oscuridad, el silencio del cuarto era insoportable. Agarré mi celular de la mesita de luz, no había pasado ni una hora desde que me había acostado. Era todo lo que dormiría, de eso estaba seguro. Me

levanté de la cama agarrando la caja de cigarrillos de camino, el departamento me parecía ahora muy grande para mí solo o tal vez era la oscuridad... siempre era la oscuridad. Me quedé parado en el centro del living con el cigarrillo sin prender y observé a mi alrededor.

—*¡Agarra al chico y nos vamos!* —gritó.

Pasé mis manos por mi rostro, basta.

—*¡Aprenderás por las malas!* —*Un golpe seco en mi rostro.*

Las imágenes transcurrían en mi cabeza una y otra vez. Debía irme. Caminé con rapidez para vestirme y salir de mi departamento.

—Sabes que no puedes vivir sin dormir —me dijo Jack mientras secaba un vaso frente a mí. El bar estaba vacío, solo un borracho semidormido que decía alguna que otra cosa estaba presente en la situación.

—No es mi idea —hablé dándole una pitada a mi cigarrillo mientras tocaba con mi otra mano la cerveza fría. No sabía ya qué mierda era dormir como una persona normal.

—¿Quieres contarme algo? —preguntó pero negué automáticamente con la cabeza.

—No es bueno intoxicar otras cabezas —comenté—. Eso lo decía mi hermano —susurré.

—Bueno, entonces... Hablemos de otra cosa —dijo mientras acomodaba unas cajas con latas—. ¿Qué ocurre con esa rubia de la otra vez? —preguntó mientras sacaba latas y las apoyaba arriba de la barra para meterlas en la heladera.

—¿Qué ocurre con qué? —pregunté luego de darle un trago a la cerveza.

—Ya sabes... viniste con ella y luego se fueron juntos. Me dijo que era la hija de tu entrenador —comentó con una sonrisa. Bufé.

—Estás muy hablador hoy —respondí luego de unos minutos.

—Lo sé, pero quedé realmente intrigado. No pareciera ser tu tipo —dijo encogiéndose de hombros. Al no conseguir respuesta resopló—. Está bien, nos quedaremos en silencio como todas las noches —habló con suavidad y paciencia.

—Gracias —respondí y ahora sí, era como todas las noches.

Dejé caer el agua en mi rostro, el entrenamiento había sido duro pero necesario. Realmente necesitaba algo que me despejara y el boxeo siempre funcionaba. Cuando me sentí lo suficientemente limpio observé que me había olvidado la maldita toalla.

—¿Hola, hay alguien? —pregunté. Mi voz resonó en todo el vestuario, un ruido de pasos sonó—. Oye, hermano, te estoy escuchando —comenté pero el silencio ahora se hizo presente. Cerré el grifo para luego suspirar—. Que te

jodan —murmuré.

Al abrir la cortina plástica del vestuario, Abby apareció en mi visión cerca de la puerta. Sus ojos se salieron de las órbitas mientras que mis manos fueron automáticamente a tapar mi entrepierna.

—Mierda, Abby —gruñí.

—¿Acaso estás loco?! —dijo a punto de gritar con voz aguda.

—No hubiera salido si me hubieses contestado —volví a decir con dureza—. Pásame la maldita toalla —le dije señalando con la cabeza la toalla blanca colgada del banco central. Ella me la tiró prácticamente en la cara y la envolví en mi cadera.

—Mira, si me quieres ver desnudo, solo debes llamarme, Pecas —comenté viendo cómo la rubiecita se me quedaba mirando. Ella intentó irse—. Oye, ¿adónde piensas que vas? —pregunté divertido mirándola, le temblaban las piernas. *¿Primera vez que ves un hombre casi desnudo, cariño?* Lentamente me acerqué a ella, quien se quedó como una estaca en el lugar.

—Si mi padre nos ve así, puede pensar... —susurró cuando estuve frente a ella. Había algo de Abby que me atraía poderosamente y no estaba seguro de qué. ¿Era muy perverso pensar que ese uniforme le quedaba pintado?

—Por eso, tienes que darme algo ahora o no te dejaré ir. —Las palabras salieron de mi boca suaves y casi sin filtro.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz frágil, sus ojos brillaron ante esa pregunta. Y me sentí un lobo que tiene a su presa justo donde la quiere tener.

Observé sus labios por unos segundos, luego de nuestra salida solo podía pensar en querer besarla. Tan solo probarla...

—Un beso —susurré viendo su reacción, ella abrió los ojos levemente y dejó escapar un poco de aire.

—Pensé que eras de los que los robaban, no de los que pedían —dijo levantando el mentón y dejando entrever la fierecilla que tenía adentro. *Oh, no me desafíes, pequeña. No tienes una idea de cómo me gustan los desafíos.*

—Solo te estaba avisando... yo no pido las cosas... —contesté casi en un susurro, no se movió y la tensión entre los dos era tan fuerte que no recordaba la última vez que me había sentido así antes.

La voz de Jeff entrando al vestuario nos hizo alarmar, pero en vez de alejarla, la acerqué a mí y la metí conmigo en las duchas. *No la dejes escapar tan fácil.*

—Harry, ¿has visto a Abby? —preguntó desde el otro lado. La pequeña rubia estaba apretada contra los azulejos húmedos y mi cuerpo. Tan tensa e incómoda que me hacía divertir aún más.

—No la he visto —contesté mirándola fijamente, tenía el rostro tan cerca de ella que podía oler perfectamente el perfume a vainilla que me volvía loco.

Cuando Jeff se fue sin más del vestuario, Abby intentó escapar, pero sin pensarlo demasiado la volví a acorralar entre la pared y mi cuerpo.

—No vas a escapar de mí tan fácil —susurré para luego pegar mis labios a los de ella; para mi sorpresa la rubia me siguió el beso sin demasiadas vueltas.

Sabía que te traía loca, rubia. La boca de Abby era algo que nunca había probado antes, suave, carnosa y... No pude seguir ya que mi toalla se estaba deslizando.

—Mierda, la toalla —susurré agarrando la tela con molestia. Abby vio la escena y me separó de ella con las mejillas coloradas. ¿Qué carajo? ¿Desde cuándo tenía una erección con un simple beso?

—No puedo creer que hayas hecho eso —habló moviendo su cabello con calor. Sonreí sin más trabando su salida con un brazo.

—¿Hacer qué? ¿Besarte? —pregunté viendo su boca a lo lejos, quería besarla de nuevo. Di un paso más cerca, pero ella se tensó.

—Aléjate, Hoffland, esto no es gracioso —comentó balbuceando, estaba realmente nerviosa y esto era nuevo para mí. Ninguna chica se ponía así conmigo. ¿Estaría equivocado? Decidí dar un paso hacia atrás para darle espacio.

—Relájate, fue un simple beso nada más —comenté, ella me miró como si me faltara un brazo para luego balbucear algo más. Se escuchó la voz de France que entraba a los vestuarios y sin más llevé mi dedo índice y lo apoyé en mis labios, dándole a entender que no hiciera ruido—. Lo distraeré —susurré y salí de la ducha. Cuando pude hacer que France desapareciera de la escena, una Abby despeinada y colorada salió de la ducha para luego salir disparada contra la puerta. Era realmente una chica extraña.

Di una pitada de lo que quedaba de mi cigarrillo de marihuana mientras miraba el mensaje de Dylan con respecto a las apuestas de hoy a la noche. Era una noche fría para pelear, pero si quería subir de puesto debía hacerlo. Tiré a cualquier lado lo que quedaba de la droga y me apoyé en el árbol mirando hacia arriba, la luz estaba encendida en la habitación de Abby. Sin más mordí la hoja de su trabajo práctico de Matemáticas, que le había robado hacía unas horas.

Con ambas manos me impulsé y subí al árbol en un intento de no resbalarme por el rocío de la noche; con la fuerza de ambos brazos logré treparlo sin más. Pisé con la punta del pie una de las grandes ramas que me ayudarían a subir a la rama más ancha que se acercaba a la ventana de Abby. Mi celular vibró en mis pantalones cuando logré llegar a mi objetivo. Observé con rapidez la habitación de la chica: estantes con libros, un escritorio con varias hojas esparcidas, una cama con acolchado blanco. Respiré hondo... Dulce.

—Matemáticas de mierda —bufó Abby tirada en la cama para luego revolver

su celular a la alfombra.

—Siempre con ese humor encantador —susurré y Abby saltó de la cama.

—¿Estás demente! ¿Cómo subiste? —suspiró con una mano en el pecho. Mi celular vibró nuevamente en mi bolsillo, de forma rápida dejé el trabajo práctico y me largué de allí.

Era mi señal, tenía que seguir trabajando y no podía dejar pasar ni un minuto.

Me miré en el espejo del baño: mi ceja partida chorreaba sangre, el pómulo estaba inflamado y la nariz también sangraba. Ese hijo de puta me había hecho mierda, debía entrenar aún más fuerte si quería pelear con Frank.

—¿Estás bien? Te estás tardando mucho. —La voz de una mujer resonó a lo lejos en el gran motel. No le contesté pero escuché cómo se removía molesta en la cama. *Mírate, eres un perdedor.* Junté ambas manos llenándolas de agua y dejé caer mi rostro en ellas. Limpié la suciedad y la sangre, para luego levantar el rostro y verme de nuevo a mí.

Una escoria, Demonio. Eso eres, una escoria que no sirve para nada.

—Me aburro... —volvió a decir la mujercita de afuera. Bufé con molestia; luego de secarme la piel con una toalla barata y áspera, salí del baño. La morena me miraba completamente desnuda arriba de la cama.

—Ven aquí —susurró. Me quedé estático en el lugar. Tenía dos opciones, volver a mi casa junto a la oscuridad y la soledad o quedarme en brazos de esta prostituta.

La oscuridad siempre es mejor.

—¿Qué te ha parecido la pelea? —Mi voz sonó perdida y casi en susurro.

Ella me miró masticando un chicle para luego reírse.

—No vi la pelea, solo busco al boxeador que me atrae cuando esta termina— contestó ahora arrodillándose arriba de la cama—. Vamos, ven a la cama conmigo — estiró un brazo con la mano tendida—, campeón —susurró separando las letras.

Campeón.

Sonreí de lado para luego acercarme a la cama y tirarme en ella. Eso era suficiente iniciativa.

Con impulso volví a trepar el árbol, una de mis manos ardió; un maldito corte de navaja todavía no lograba curarse en la palma. Ya estaba dentro de la casa de Abby nuevamente; su habitación tenía la luz apagada, así que me dirigí al pasillo.

Jeff no estaba en casa ya que su auto no se encontraba al frente, así que... la fierecilla tendría que estar aquí. Bajé las escaleras a oscuras, pero de repente recibí un golpe en los labios.

La desesperación porque Jeff me hubiera visto entrar inundó mi cuerpo.

—¡Mierda! —grité.

—¿Harry? —la rubiecita apareció con un bate en sus manos y el rostro lleno de arrepentimiento. Maldita sea, dolía como los mil Demonios. Mi cara no podría aceptar más golpes por un tiempo.

—Gran recibimiento —susurré irónico, en vez de pedirme disculpas vi cómo fruncía el ceño. ¿Estaba en pijama? Era la primera vez que veía a una mujer vestida así.

—¡Deja de hacer eso! Juro que la próxima vez tendré una pistola —me señaló mientras dejaba el bate a un lado y empezaba a caminar hacia otro lado.

—Estás malditamente loca. ¿Pensabas golpear con un bate a un ladrón? —pregunté divertido siguiéndola. Ella me resultaba graciosa.

—Ve a la cocina. Derecho y luego giras a la izquierda. Iré a buscar algodón para ponerte ahí —dijo dura. ¿Acaso me estaba dando órdenes?

—No es necesario —dije pasando la lengua por mi labio inferior, el sabor salado invadió mi boca. *Un salado familiar*. Ella llevó su mirada hacia allí y no pude evitar sonreír. Abby claramente se puso incómoda y comenzó a caminar para donde se encontraba la cocina mientras me regañaba por haber entrado por su ventana.

—La próxima vez cierra la ventana, Pecas —comenté mientras me sentaba en un banco frente a la mesada. Observé el papel del trabajo práctico que se encontraba allí—. ¡Una A! —dije con una sonrisa. Sabía que no había perdido el puto toque.

—Bien, me intriga. ¿Te lo hizo tu mami? —comentó divertida por su chiste apoyando su codo en la mesa. *Oh, fierecilla, no vayas por allí*.

—Mi mamá está bastante lejos para querer hacer el trabajo de una persona poco agradecida —susurré ahora perdiendo la sonrisa. Esto me hizo recordar que debía llamar a Zoe.

—El viernes iremos a la playa. Mi amigo Rob tiene una cabaña allí; pasaremos el fin de semana. Fred irá, tu prima también... —comenté como el que no quiere la cosa mientras me acomodaba la gorra hacia atrás.

—Ya que ustedes dos son íntimos amigos... —dijo molesta mirando hacia otro lado. Sonreí ampliamente, tanto que mi labio ardió. Ella era tan transparente que divertía. *No durarás mucho en el mundo real si te dejas ver tanto, fierecilla*.

—Íntimos. Esa es una palabra bien usada. Por lo menos, ella me da lo que quiero, Pecas. Tal vez tengas que copiarla —susurré sin quitarle los ojos de encima. Ella no me miró y no estaba seguro de si había captado el mensaje.

Bésala.

—¿Y qué es entonces lo que realmente quieres? —preguntó levantando la cabeza y mirándome fijo. De repente todo en mí cambió, ella me estaba

desafiando. Con ese aspecto débil y dulce, me estaba retando con los ojos.

Nuestros rostros se encontraban cerca con la mesa en medio de nuestros cuerpos.

—¿Realmente me estás preguntando eso? —susurré serio y casi de forma automática; imágenes de la prostituta de anoche vinieron a mi mente haciendo por alguna extraña razón que me apartara por completo de Abby. Esos dos mundos no pegaban absolutamente con nada. *Débil*.

—Jeff —lo saludé con el celular en la oreja.

—Hoff, ¿qué es tan importante que no me lo puedes decir en el entrenamiento de hoy? —habló con molestia mientras le gritaba a alguien que cambiara de rutina.

Tosí con fuerza.

—Me siento mal —susurré apoyando mi espalda contra la fría madera—. Creo que me quedaré en cama.

—Hoffland... mueve tu maldito culo hasta el gimnasio, no te lo voy a volver a repetir —dijo molesto desde el otro lado de la línea. Jeff era una persona difícil de manipular. Tosí con más fuerza. *Maldito viejo mañoso*.

—¿Acaso piensas que quiero faltar? —hablé molesto—. Tengo una asistencia perfecta, me siento como la mierda y no me pienso mover de aquí. Conozco mi cuerpo —dije con firmeza sin olvidarme de toser entre medio.

Jeff mantuvo el silencio por un largo tiempo, para luego suspirar.

—El lunes te quiero de vuelta aquí y harás doble rutina —contestó.

—Tú pones las reglas... —dije relajado.

—Sí y tú no las cumples —respondió, sonreí para luego cortar la comunicación.

Guardé el celular para separarme de la pared y caminar unos pasos hasta la casa. Toqué la puerta; la adrenalina comenzaba a correr por mi sangre. *¿Listo?*

Al no recibir respuesta del otro lado volví a golpear la puerta aún con más fuerza y con rapidez saqué el arma que se encontraba escondida en mi cinturilla. *Prende esta mierda*.

—Sé que estás ahí, abre la puerta. Solo vengo a hablar —dije con voz dura sabiendo que la persona del otro lado me estaba escuchando.

—Vete, no tengo nada. —La voz del hombre del otro lado sonó algo débil.

Saqué mi celular para ver la hora, en una hora debía estar camino a la cabaña de Rob, no podía atrasar a todo el grupo.

Me acerqué a la puerta blanca y la golpeé con mis dedos, el sonido hueco resonó. Bien, podía derribarla de un golpe. Sin más me fui hacia atrás y con una patada de mi pierna derecha la puerta se abrió de un golpe. Carajo, eso había dolido. Vi cómo un hombre corría rápidamente por la casa y el grito de una

mujer resonaba luego. Entré con lentitud sosteniendo el arma en mi mano.

Imágenes del pasado inundaron mi mente llevándome a un Harry de diecisiete años. *No cambiaste y no cambiarás, Demonio.*

—Todavía no tengo el dinero —imploró el hombre cuando ya estuve cerca de él haciendo que los recuerdos desaparecieran—. Por favor —susurró tirándose al piso. Una sensación agradable me invadió, el tener el control, el poder.

—Sabes... Dean se cansó de esperar —dije lentamente acercándome a él para darle un puñetazo que lo dejó tirado en el piso. El hombre gritó y yo volví a acercarme a él.

—Por favor —otra voz resonó en el lugar oscuro. Observé a una mujer detrás de un sillón del living sosteniendo a una niña con fuerza mientras le tapaba el rostro para que no viera—. Por favor —volvió a repetir mirándome. El hombre me miraba desde el piso sangrando. La desesperación me invadió y volvieron las imágenes del pueblo Albatros a mi cabeza. Mi infancia y juventud; los gritos de desesperación sonaron en mi cabeza sin dejarme pensar. Respiré hondo cerrando los ojos.

—Te daré una semana, una semana y consigues los veinte mil —dije mirando al hombre que parecía tener la nariz rota, asintió con fuerza—. No me hagas volver. —Lo señalé con el arma. Me di vuelta para retirarme—. Cariño, búscate un hombre que no apueste mierdas que después no pueda pagar —le susurré a la mujer para luego irme.

—¡Vamos, Rob! —le grité viendo cómo corría para luego caer directo en la arena, reí. El rugby no era su fuerte. El sol estaba alto y era un gran día de playa, todos parecían haber encontrado su lugar en la cabaña. Lo que me llamaba la atención era que Abby no se hubiera levantado todavía, realmente no pensé que vendría. Pero debía darle puntos extra a Fred por haberla persuadido a venir a la cabaña, aunque todavía no sabía si era del todo correcto que ella estuviera aquí.

Con Jeff lejos del asunto, ya que pensaba que estaba enfermo y nosotros dos a kilómetros... podía hacer lo que quisiera con la rubiecita.

—¡Tú puedes, Harry! —Un grito femenino sonó a lo lejos, observé a través de mis lentes a Marion, quien se acomodaba para acostarse en la playa a tomar sol junto a su amiga. Bueno... si la rubiecita no me daba lo suyo, siempre tenía un plan B. Sonreí haciéndole una seña con la mano para luego volver al juego.

Mitch me pasó la pelota y corrí con fuerza hacia lo que era el final de la cancha.

Gal atacó mis piernas derribándome al piso de arena.

—Maldita sea, Gal —le dije divertido. El moreno rio estirándose en la arena también algo golpeado.

—Equipo, a agruparse, necesitamos una estrategia —habló Rob como si se tratara de un maldito campeonato. Agarré nuevamente la pelota de rugby, pero luego mi mirada fue a parar a una preciosidad que salía de la cabaña de Rob. Iba con la colorada, ambas con toalla en la mano y hablaban de algo.

—Pero mira quién se levantó —dije en voz alta haciendo que me mirara.

Sonreí al ver cómo me evaluaba, Abby no tapaba nada, era realmente transparente. *Tal vez no son tan diferentes.*

—¡Vamos, Harry! —gritó Mitch desde la otra punta con cara de perro. Asentí despegando mi mirada de la rubia, para luego empezar a jugar nuevamente.

Corrí entre los demás intentando esquivarlos, iba a pasarle la pelota a Rob. Pero a un costado más atrás la rubia se estaba sacando el vestido, dejando ver un biquini azul, su cabello mojado cayó con pesadez. Madre santa, moví mi brazo tirando la pelota a cualquier lado sin quitar mis ojos de ese espécimen casi mágico, mi cuerpo reaccionó con una fuerte adrenalina. La misma que me aparecía cuando estaba por hacer algo malo. Esa adrenalina satisfactoria y llena de poder. Esa misma adrenalina que sentía cuando le daba un buen golpe a mi rival. *Esa misma que sentiste cuando mataste a Gilliber.*

—¡Putra madre, Harry! ¡Presta atención! —gritó uno de los chicos, molesto.

—¡Eres asqueroso, Hoffland! —me gritó como una niña a punto de sacar la lengua, observé un rato más a mi pequeña fuente de adrenalina. Para cuando pude salir del trance volví al juego sintiéndome con más fuerza de lo normal.

La noche comenzaba a aparecer haciéndose mi momento favorito de todo este viajecito de mierda, creo que me sentía un poco más seguro en la noche. No sería raro. Observé cómo los últimos signos del sol se escondían en el fondo del mar. Le di una pitada a mi cigarrillo; estaba de pie completamente solo en la playa, de lejos ya se podía escuchar la música alta de la cabaña. Mi cabeza viajó a cuando tenía diecisiete... para Chad había sido una buena idea organizar una fiesta en lo de su nueva mujercita, aun mejor, no avisarle a ella sobre la fiesta.

Exhalé largando el humo del cigarrillo y sentí el sonido del disparo de esa noche. Cerré mis ojos dejándome llevar nuevamente por el recuerdo.

Los gritos y el descontrol se apoderaron de toda la situación.

La gente comenzó a chocar corriendo hacia cualquier lado, caí al piso, la última línea me había noqueado.

—¡Vámonos, Hoff! —Trevor apareció entre la gente. Me levanté sin entender qué ocurría.

—¿Qué carajo pasa? —pregunté moviéndome entre las personas y sacando la daga de mi cinturilla.

—Hay un caído —me dijo de forma rápida—. Vamos antes de que llegue la

poli.

Caminé de forma rápida entre la gente adentrándome aún más a la gran casa ahora destrozada, mis ojos fueron a parar a una adolescente tirada en el piso, cubierta de sangre; otra mujer gritaba y lloraba intentando ayudar a su amiga. Todos querían escapar de la escena.

—¡Ayúdame! —me gritó la mujer ahora mirándome y agarrando el cuerpo de su amiga—. ¡Por favor! —dijo desesperada.

Levanté mi mirada viendo cómo un hombre observaba la escena para luego mirarme a mí por unos segundos, llevaba una gorra de béisbol roja con una cruz adelante. Se dio media vuelta y sin más se perdió entre la gente. Pero me dio tiempo de ver el arma enganchada en la parte de atrás del jean.

—¡Por favor! —Volví a centrar mi mirada en la mujer que sostenía a la otra chica ya completamente inerte. Las sirenas sonaron a la lejanía con fuerza. La mujer seguía mirándome fijamente con lágrimas en los ojos, sin más me di vuelta, no podía correr el riesgo. Ya nadie podía salvarla. Los gritos sonaron en mi espalda.

—Hoff. —Una voz me sacó del trance haciéndome volver a la playa con los gritos de los chicos en la cabaña de fondo. Observé a la morena al lado mío, la noche ya había caído por completo y mi cigarrillo estaba ya consumido.

—¿Te puedo ayudar en algo, Marion? —contesté coqueto ahora poniendo mis manos en los bolsillos de mi pantalón.

—Sí, sí puedes —dijo ella mordiéndose el labio inferior y acercándose a mí para luego apoyar una mano en mi pecho. Sonreí de lado, por lo menos iba a tener algo con qué entretenerme esta noche.

—Eres una cazadora, ¿eh? —pregunté levantando su mentón con un toque lento, ella asintió subiendo sus manos más cerca de mis hombros con orgullo—. Lástima, yo también lo soy. Dos cazadores juntos no se complementan —susurré cerca de su rostro.

—Puedo dejar que me caces —comentó con una sonrisa juguetona. Sonreí sin más, había conocido a tantas así en mi vida que ya sabía lo que respondería.

Levanté mi rostro por un segundo a la cabaña, la luz de una de las habitaciones estaba encendida y pude observar una silueta, sabía perfectamente de quién era. Abby parecía estar riendo de algo que le decía alguien dentro de la habitación.

—Me gusta más cuando la presa es genuina —susurré algo quedado observando hacia la ventana para luego mirar a la morena frente a mí y separarme, cosa que hizo que me viera con el ceño fruncido—. Luego, muñeca —comenté para irme caminando hacia la cabaña. La noche había comenzado. Y el Demonio acechaba.

—Pero si compras en cantidad te conviene, te hacen precio —me dijo Mitch realmente serio.

—Me importa una mierda que me hagan precio. No fumo cagadas —dije divertido para luego beber de mi vaso con cerveza mientras miraba la cabaña de Rob repleta de gente bebiendo y bailando.

—Después no me pidas —comentó con buen humor a mi lado.

—¿Qué tal? —Gal se paró a beber en nuestro pequeño círculo.

—Hoff dice que nunca conviene comprar marihuana al por mayor, dice que te cagan con el precio y la calidad —comentó Mitch por arriba. Por mi lado seguí mirando el lugar, observé a una morena bailar con tranquilidad cerca de la cocina junto a una amiga.

—Tiene razón, conozco a alguien que terminó en una granja de rehabilitación porque le dieron unas flores malas —comentó Gal. Reí.

—Está en una granja de rehabilitación porque siguió todas las líneas de tránsito —comenté sin levantar mi vista de la gente, ambos rieron.

—Ey —llamó Mitch para luego hacer una seña con la cabeza. Observé para dónde estaba apuntando. Abby y Fred se reían—. Voy a avanzar esta noche —dijo mirándola fijamente. *Mierda*. Gal por su lado sonrió de lado en señal de aprobación. Bebí de mi trago fijando mi mirada en otro lado como quien no quiere la cosa—. Al parecer Hoffland no piensa opinar al respecto —lo observé.

—¿Qué quieres que diga? —pregunté de forma dura.

—¿Qué opinas de la rubia? —comentó mirándome fijamente. Mitch era un metido, hasta tal punto que molestaba. Le gustaba Abby, pero también quería saber si estaba tras ella. No le daría el gusto. Él me había visto llegar a una fiesta hacía unas semanas con ella y luego hoy en la playa.

—Soy más de las morenas —hablé poniéndole fin a la discusión.

—Ey, ¿juegan a verdad o consecuencia? —preguntó Dylan con un grito desde el otro lado. Mi maldito amigo era fanático de ese juego de mierda.

—Claro —habló Mitch con una sonrisa ganadora para luego caminar hacia las escaleras en dirección a Abby, que ahora se encontraba con la pelirroja.

Maldita sea. Iba a tener que jugar a ese juego de mierda y... fumarme un porro... si tenía suerte, tal vez, eran del mismo vendedor que el de las flores del primo de Gal.

—Esperen, yo también juego. —Mitch se acercó a la ronda luego de ausentarse por unos minutos, tomó asiento al lado de Abby mientras encendía un porro. Bebí de mi cerveza con lentitud mientras veía cómo le decía algo.

—Sin besos, estoy de novia —comentó una chica que no conocía, Gal se le rio prácticamente en la cara. *Nuevamente estás fuera de lugar, tú no eres como ellos*.

—¿Cómo sin besos? ¿Para qué estamos jugando? —preguntó el moreno y todos comenzaron a debatir a los gritos. Cerré los ojos por un segundo para luego volver a observar al frente a la rubiecita que hablaba con Mitch.

—¿Me das un poco? —le preguntó Abby en referencia al porro. Mitch, con una sonrisa de lado, se lo tendió. *Te la está ganando.*

—No se te ocurra agarrar esa mierda —susurré lo suficiente alto para que ambos me miraran.

—¿Disculpa? —preguntó la fierecilla levantando una ceja.

—No fumarás nada que te den los otros —recité la regla única que me había enseñado mi primer vendedor. *Siempre sabe de dónde viene la mierda que consumes, nunca aceptes de los demás.* Lo había grabado a fuego luego de ver algunas catástrofes en el camino. Abby frunció el ceño algo humillada para luego observar a Mitch.

—Dame —le dijo y el moreno me miró a mí lentamente. Negué con la cabeza de forma corta y sutil. *Si él no seguía mis reglas, lo haría mierda.* Mitch se recompuso como si nada y apartó el porro de Abby.

—Lo lamento, si Harry no quiere es por algo... —Se encogió de hombros para luego hacer que prestaba atención a lo que quedaba del debate en el círculo.

Abby me miró fijamente, estaba enojada y eso me hizo sentir un cosquilleo agradable. *Es porque llamas su atención, idiota.* El juego empezó y como era de esperarse, era una mierda. Los desafíos iban de tomar un vaso sin respirar a coquetear con alguien; cuando estaba a punto de retirarme, la botella apuntó a Abby, quien abrió los ojos de par en par. No me moví, solo observé cuando ella comenzó a relatar su primera vez, luego de decir «verdad». Lo siguiente que vi fue a la rubia levantarse enfadada, Marion la había destrozado frente a todos. Al parecer un idiota que se había acostado con Abby por primera vez también se había acostado con la morena esa misma noche. *Una idiotez, pero lo suficientemente importante para alguien como ella.* Cuando la rubia se retiró el juego siguió como si nada y yo no vi necesidad de estar ahí. Me paré sin más y salí de la cabaña hacia la playa.

Abby estaba parada en el mismo lugar que había estado yo hace unas horas, mirando hacia el mar. Caminé en la oscuridad hacia su lado.

—En el fondo sé que no está mintiendo —susurró sin mirarme. *En el fondo sé que estás mintiendo.* Un susurro de mujer llegó a mi cabeza. Ahora no. Intenté quitar los pensamientos y recuerdos que comenzaban a inundar mi mente. Con lentitud saqué nuevamente lo que me quedaba de mi porro y volví a prenderlo, dándole una pitada profunda, necesitaba callarlos, si no me atormentarían toda la puta noche. Casi como un sediento di una gran bocanada de aire llevando el humo a lo más hondo de mis pulmones. Abby me estaba mirando.

—Quiero probar —susurró de forma débil. La observé y me sentí un gigante a su lado. Un guerrero al lado de una damisela.

—No, no lo voy a volver a repetir —susurré sin quitar mis ojos de los suyos.

Mientes, eres un mentiroso. Miré hacia delante viendo el mar oscuro, casi peligroso.

—Tú simplemente decidiste por mí —comentó molesta—. Iré a pedirle a Mitch. —Se dio vuelta y mi cuerpo se tensó.

—Te daré. No quiero que otro lo haga —dije con molestia. Era una caprichosa y yo un idiota por seguir su juego. *Eres un mentiroso, una mierda.*

Intentando no escuchar mis pensamientos, caminé hacia la fogata que habían armado por la tarde y me senté en uno de los troncos—. Ven aquí. —Palpé mi regazo; ella, algo indecisa, terminó sentándose—. Inhala el humo de mi boca. — Con lentitud fumé un poco de mi cigarrillo, para luego lentamente soplar en los labios de Abby, quien con suavidad inhaló el aire por la boca. Y en todo lo que me podía centrar era en su boca cerca de la mía, su calor corporal, la forma en que apoyaba sus manos en mis hombros, casi buscando protección.

Mientes, eres un hijo de puta.

Respiré hondo dejando que Abby fumara la última pitada directamente del porro.

La voz desesperada de la mujer sonó en mi cabeza.

Sus ojos me observaron, ella en vez de separarse pareció aferrarse más a mí; observé sus ojos que me miraban fijamente, casi como si intentara ver más allá.

Y de repente todo se calmó, mi cuerpo se relajó, ya nada gritaba en mi foro interno, ya no había voces que me atormentaran, ni recuerdos. Simplemente estaba ella, con su rostro cerca del mío haciéndome sentir como si nada pudiera ocurrirme. Bajé mi mirada a sus labios que estaban lentamente entreabiertos, listos para mí. Mis manos en su cintura casi abrazándola.

—Quiero... Quiero ir a caminar —susurró sin quitar los ojos de mis labios para luego separarse y pararse de forma torpe. Una sonrisa apareció en mi rostro, ¿qué? ¿Caminar? Ella realmente era impredecible. Me paré y comenzamos a caminar por la playa con total tranquilidad. Entramos a un mundo de jugueteo y risas que me era desconocido. Pero ella lo hacía ver tan cotidiano que me sentí magnífico, no sabía si era por ella o porque la mierda que había fumado era realmente buena.

—Espera —susurré frenando, observé a mi alrededor en la oscuridad, la arena, el mar golpeando con fuerza. A lo lejos los gritos de la fiesta en la cabaña.

Y esa dulce criatura mirándome con una pequeña sonrisa, sin saber con quién se estaba metiendo, sin saber las cosas que había hecho en el pasado. Ella simplemente me miraba como un ser humano, uno al que al parecer no hacía

falta temerle. Sin más me saqué la camiseta con una sonrisa.

—¿Qué haces? —susurró algo quedada.

—Quiero ir al agua —dije por último bajándome los pantalones y quedándome en boxer. Con rapidez caminé hacia el agua que parecía de una película de terror, me tiré dando un clavado sin pensarlo demasiado. Uf, malditamente helada. Salí a la superficie viendo a una Abby algo quedada que me observaba a lo lejos—. ¿No vendrás, pequeña? —pregunté en voz alta para que me escuchara a lo lejos.

—No sé nadar —gritó acercándose a la orilla con miedo y vergüenza. Reí observando el cielo oscuro. ¿No sabía nadar? Creo que yo tampoco. Nadie me había enseñado, simplemente me tiraba al agua y nadaba para no hundirme. La vi quitarse la ropa y quedar en ropa interior blanca, una maravilla; caminó mojando sus pies todavía de forma temerosa.

Con rapidez salí del agua y la levanté por los aires.

—¡No, Harry! ¡Por favor! —gritó casi desesperada.

—Respira —dije para luego tirarme al agua, ambos nos hundimos entre las olas heladas. Ella se aferró a mí con desesperación, al salir dio una gran bocanada sin soltarse.

—No me sueltes —susurró con las piernas enredadas en mi cadera con fuerza mientras observaba el agua a su alrededor.

—No te soltaré —contesté viéndola con una sonrisa creciente. Se sentía agradable, esto se sentía extrañamente agradable. Abby me observó ahora tiritando de frío; observé sus labios, su nariz rozó con delicadeza la mía con suavidad. *Oh, fierecilla, estás cayendo en mis brazos*—. Y tampoco te besaré hasta que lo pidas —susurré con una pequeña sonrisa ahora viendo sus ojos, ella me observó algo perdida para luego perder sus dedos en mi cabello. Esto se sentía muy bien; sus caricias, el silencio en mi cabeza.

—Eres peligroso —susurró con sus labios rozando mi mejilla. Observé hacia el agua con una sonrisa contenida, ella era adorable. No era peligroso, era un hijo de puta, eso era peor—. Debería tenerte miedo. —Ella tembló aún más en mis brazos por el frío del agua, sus labios se estaban poniendo violáceos. Mi sonrisa se borró y ahora la observé fijamente.

—Deberías —comenté ahora de forma seria. Estaba siendo sincero, no iba a mentirle en eso, no iba a decirle que era una buena persona. *Porque no lo eres*.

Una voz volvió a aparecer y clavé mis dedos en su cintura.

—Bésame —susurró y sentí como si hubiese esperado esa simple palabra toda mi puta vida. Sin esperar más choqué mis labios con los de ella, todo nuevamente se volvió silencio, un silencio placentero, de los pocos que tenía en mi cabeza. Moví mis labios hacia su mejilla y bajé a su nuca, mordí con fuerza

su piel dulce; maldita sea nunca había probado algo tan dulce y delicioso. Abby suspiró en mi oído. Quería cogérmela, no había vuelta atrás. No pasé por alto el hecho de que su cuerpo dejó de temblar por el frío. Sus manos se despegaron de mi cabeza para dirigirse a su espalda, me regaló una sonrisa relajada mientras se quitaba el sostén como si lo hiciera a menudo frente a un hombre; su cabello caía desordenado y mojado, su nariz colorada, sus labios hinchados en la noche. Era toda una maravilla de ver.

—Salgamos —susurré en su oído—. El agua se está picando —le dije y ella quiso separarse, cosa que no permití; sonreí casi burlándome de ella por intentar separarse de mí en ese momento. *Fierrecilla, no te escapas de mí hasta que no tenga suficiente.*

—¿Abby?! —un grito de mujer sonó a lo lejos, caminé relajado con Abby en brazos mientras besaba mi cuello. Pero sabía perfectamente que la diversión terminaría cuando su amiga, la pelirroja, llegara a nosotros. Qué oportuna...

Y no estuve equivocado, al llegar Liz sorprendentemente parecía ofuscada.

Demasiado... y yo no me sentía cómodo con haberle hecho probar drogas a Abby por primera vez en la vida, me sentía culpable de algo tan estúpido que cuando quedé solo en la playa me eché a reír.

Mis músculos ardían, mi mente estaba agotada, el frío se calaba por mi cuerpo con facilidad; hacía días que no dormía, eso ayudaba a debilitarme. No era bueno, en tan solo unas semanas empezaba la temporada de peleas y no podía tirar todo a la mierda por no poder cerrar los malditos ojos. Mis piernas frenaron cuando sentí que mi cuerpo ya no daba más, observé a mi alrededor, la calle estaba vacía. Y sí... quién iba a estar a altas horas de la noche haciendo ejercicio. Caminé lo que quedaba hasta mi departamento, mi cuerpo realmente no podía seguir.

Cuando entré, lo primero que hice fue tirarme en la cama, que pareció abrazarme, contenerme; cerré por fin los ojos dejándome llevar por el sueño.

—¿¡Dónde está el niño!?! —Un grito resonó y me hice un ovillo aún más pequeño debajo de la mesa oxidada. Lo vi pasar a lo lejos de la puerta, estaba furioso—. ¡Espera a que te agarre! —Otro grito resonó y cerré mis ojos tapando mis oídos. *Todo estará bien, todo estará bien. Mi mirada fue a parar a la silueta que se frenó en la puerta, su sonrisa se puso de lado y sus párpados quedaron semicerrados.*

—¡Aquí está! —gritó. *Los pasos de César en la otra habitación se hicieron rápidos y pesados. De repente mi delator se convirtió en el gran César.*

Corrí sin más intentando escapar.

—Maldito Demonio —gritó el hombre agarrándome de la camiseta que ya estaba bastante agujereada por los tirones. *De repente volé por los aires hasta*

caer de espaldas al piso del lugar oscuro—. ¡Eso eres! ¡Un maldito Demonio!

—gritó señalándome—. Devuélveme el dinero. —Se acercó nuevamente a mí e intenté moverme; aunque mis piernas y espalda dolían logré zafarme de su agarre.

—¡Es mío! —grité intentando correr hacia la puerta. Pero uno de los mayores trabó mi paso para luego darme una patada y hacer que terminara en el piso.

César me miró molesto mientras caminaba hacia la puerta.

—Te quedarás aquí, para que pienses que a nosotros... no nos robará un niño de mierda —dijo y antes de poder darme cuenta de la situación, cerró con fuerza la puerta, dejándome en completa oscuridad; rápidamente me levanté y me pegué a la pared.

—¡César! —grité golpeando la puerta—. ¡César! —La desesperación se apoderó de mi cuerpo, mi estómago rugía por alimento y hacía un frío de muerte—. ¡CÉSAR! —grité golpeando a tal punto que mis manos dolían—. ¡CÉSAAAR! —Mi voz se rompía en mil pedazos.

Me levanté de la cama sintiendo en mis oídos un pitido molesto, toqué mi frente y la sentí mojada, seguía en mi departamento, con la ropa deportiva puesta. Observé la hora de mi celular, tan solo había pasado una hora. Maldita sea. No iba a poder dormir nuevamente. Ya de pie, caminé hacia la cocina.

¡Maldito Demonio! El grito de César se repetía continuamente en mi cabeza sin dejarme en paz.

—Basta, César —susurré mientras sacaba la bolsa de arriba del refrigerador.

El polvo blanco se presentó frente a mí, llevé unos gramos a mi orificio nasal y aspiré, tiré mi cabeza hacia atrás sintiendo cómo el producto entraba en mi cuerpo. *Maldito Demonio, eres una mierda.* Tiré mi cabeza aún más para atrás para poder sentir las sensaciones—. Basta, César —volví a susurrar abriendo los ojos—. Por favor, déjame tranquilo tan solo un segundo.

El calor subió por mi cuerpo con rapidez, un subidón de energía se apoderó de mi cuerpo, di un grito de alegría. Madre mía, sí. Caminé en búsqueda de mi teléfono, tecleé un número.

—Habla April. —La voz de una mujer sonó del otro lado.

—¿Estás disponible? —le pregunté. Escuché su risa.

—Para ti, siempre —contestó coqueta del otro lado.

—Te pasaré una dirección. Nos encontramos allí —dije para luego cortar la comunicación.

—¿No piensas parar en ningún momento? —preguntó Rob, que me miraba ahora de pie frente a mí con una cerveza en la mano.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunté mirándolo de forma cansada. Hoy había

tenido entrenamiento y realmente mi cuerpo seguía agotado como en toda la semana.

—Mitch necesita ayuda con las botellas —comentó Rob mientras se sentaba a mi lado con pesadez.

—Mitch puede lamerme el culo —susurré mirándolo fijamente mientras le daba una pitada al cigarrillo de marihuana. *Así se habla.*

—¿Qué fue eso? —comentó luego de un rato. La casa de Gal estaba vacía, los demás a lo lejos intentaban lidiar con dos barriles de cerveza extremadamente grandes, mientras que Dylan trataba de conectar la música en un parlante forrado en polvo.

—¿Qué? —pregunté sin quitar los ojos del techo de madera.

—La escena de ayer con la rubiecita —comentó de mala gana.

Ayer habíamos ido al colegio de Abby a buscar al hermano de Rob, su idea era que invitáramos a la rubia y su amiguita a la fiesta. Pero no había resultado bien.

—No sé de qué mierda hablas —dije luego de largar el humo por mi boca volviendo a ver con despreocupación el techo.

—Le gritaste que no viniera a la fiesta porque la echarías a patadas —comentó levantando una ceja. Lo miré ahora carcajeando, esto era cómico.

—No le grité, le advertí —dije con lentitud. Él suspiró.

—Todo porque te dije que Mitch estaba interesado —habló relajado. Volví a reír.

—Mitch puede lamerme el culo —volví a repetir para dar una larga pitada al cigarro. Sabía que el idiota ese quería estar cerca de Abby y qué mejor que cuidarla de un tipo como él, manteniéndola alejada de la fiesta.

—Si tienes algo más que decirme de mi comportamiento puedes levantarte y mover tu culo lejos del sillón. Porque te romperé la cara si me dices algo más, no estoy de humor —hablé de forma lenta y precisa.

—Mierda. Ya entiendo por qué te la pasas fumando porro —comentó divertido intentando cortar el mal rollo.

Luego de unas horas la fiesta comenzó y yo me quería ir a la mismísima mierda. Tal vez en mi foro interno había venido aquí solo para confirmar que Abby no estaría cerca de Mitch o tal vez para no estar solo esta noche. Y si me iba... me iría acompañado. La música se puso a tope y la fiesta se llenó de gente.

Me moví bailando junto a Dylan y un par de desconocidas que no estaban nada mal. *¡Te quedarás aquí, maldito Demonio!* Un grito me atacó en la mente haciendo que frenara por un segundo de bailar.

—Iré a tomar aire fresco —le comenté a la morena con la que me encontraba bailando. Con rapidez salí dando una bocanada de aire. *¡Maldito Demonio!* Un

grito de hombre volvió a sonar. *¡Ayúdame, por favor!* Una mujer retumbó en mi cerebro con fuerza, en el momento que abrí los ojos mi mirada fue a parar a una cabellera rubia.

—¿Qué haces aquí? —gruñí a la distancia. Abby, claramente sorprendida, me vio para luego ponerse pálida—. Te vas —dije agarrando su brazo y caminando junto a ella entre la gente. Podía escuchar sus insultos arriba de la música.

—¡Está bien, me iré! —dijo molesta soltándose de mi agarre ya en la calle, para luego acercarse a la vereda dándome la espalda. *¡Maldito Demonio!* un grito sonó—. ¡No volveré a entrar, vete, idiota! —gritó mirándome ahora Abby.

Un auto frenó frente a ella.

—Niña, ¿necesitas un aventón? —preguntó el hombre mirándola con la ventana baja. Abby pareció titubear. La ira atacó mi cuerpo como un tornado.

—Arranca antes de que te descoloque la mandíbula, idiota —dije lo suficientemente alto. Quería golpearlo, tenía las manos hechas puños. Abby me miró fijamente, en el fondo casi agradeciéndome. El tipo me miró para luego acelerar a más no poder—. Yo te llevaré —susurré agarrando las llaves de mi bolsillo.

—No me subiré a tu puto auto —dijo molesta cruzándose de brazos. Algo en mí cosquilleó—. Llamaré a un taxi —finalizó sin moverse. Me estaba desafiando. *¡Hijo de puta!* La voz de César volvió a sonar.

—Sube al puto auto o te subiré yo —gruñí mirándola fijamente. No quería que entrara en la fiesta... y uj, esta mujercita me molestaba bastante. Sabía que yo estaba más irritado de lo normal, pero ella... ella con ese vestido y mirada inocente parecía coquetearme de forma casi inconsciente.

El viaje a su casa fue una completa mierda, los dos estábamos bastante fastidiados con la presencia del otro. Pero en todo lo que podía pensar era en su aroma dulzón invadiendo todo mi auto; era delicioso. Todo se volvió un descontrol cuando Abby dio un fuerte portazo a la puerta de mi auto ya frente a su casa, cuando me quise dar cuenta estábamos los dos peleando a los gritos en su cocina. Por alguna extraña razón era reconfortante gritar, pelear... no escuchar mis pensamientos por varios minutos.

—Púdrete —susurró ella agotada sin bajar la guardia mientras estaba frente al refrigerador. Me acerqué a ella con lentitud, Abby era más baja de estatura haciendo que tuviera que inclinar la cabeza, pero ella no se achicaba, no bajaba el mentón como los demás. Me seguía desafiando. Observé sus ojos marrones tan llamativos, brillosos, inocentes, de repente todo se volvió a calmar. Sentí esa electricidad maravillosa, tan maravillosa como golpear, correr... besar. Su rostro estaba cerca del mío, ella seguía en guardia, pero mierda, yo ya la había bajado.

Sin más estampé mi boca con la suya, nuevamente sintiendo cómo una electricidad recorría todos mis nervios, era un beso fuerte, agresivo; dejé caer sus brazos, que los tenía sujetos, y ella fue directo a mi cabello agarrándolo con fuerza. Gruñí levantándola por los muslos para luego pegarla contra el refrigerador, tanto que podía sentir las malditas cosas de allí dentro hacer ruido.

Nuestro beso resonaba por todo el puto lugar, pero mi mente estaba en la humedad de su boca, de su lengua, de mi miembro presionando el lugar justo.

Gruñí sintiéndome primitivo, casi como si estuviera desesperado; la necesitaba, necesitaba de ella.

Caminé con ella en mis brazos por su casa en búsqueda de su habitación, para mi suerte sabía de memoria el trayecto. La tiré en su cama mientras mi celular sonaba sin piedad. Maldita sea. Atendí por un segundo sin perder de vista a la hermosa rubia que estaba acostada en su cama, una Liz borracha gritaba desde el otro lado, insultándome por haber echado a su amiga. *Tu amiga la pasará mejor conmigo aquí, a solas.* Corté sin más volviéndome a acercar a una Abby ahora sentada en la cama, acaricié su cabello mientras me mantenía de pie, pasé una mano por su mentón levantándolo y haciendo que me mirara. La idea de una mamada de Abby pasó por mi cabeza para deleitarme, ella estaba justo frente a mi entrepierna y por una cuestión de experiencia sabía que ella podía dar de las buenas. Pasé una mano por su labio inferior y mi imaginación viajó a tantas poses de nosotros desnudos como fuese posible.

Ella estaba excitada, lo veía en sus ojos, en la forma en que respiraba, en la forma en que estaba sentada levemente inclinada hacia mí. Le gustaba esto y a mí me gustaba ella; había algo perverso en que ella no supiera con quién estaba metiéndose, me daba un cosquilleo en el vientre. Y había algo que no salía de mi cabeza... es la hija de Jeff... la pequeña e inocente hija de Jeff.

La observé mientras balbuceaba algo; parecía ahora de repente incómoda y el cosquilleo bajó por mi vientre hasta mi entrepierna. Estaba excitado y mucho.

—Jugaremos un rato —la afirmación salió de mi boca de forma ronca. Me senté en su cama que desprendía un aroma dulce y apoyé mi espalda en el respaldo viéndola ahora parada en la punta de la cama.

—No, Harry. Vete, mi padre puede llegar... —susurró mirando hacia otro lado.

—Ven, dame un beso —le dije estirando mi mano. Ella titubeó—. Solo un beso, nena. —Ella me miró fijamente, parecía estar debatiéndose. La puntada en mi entrepierna se hizo aún más fuerte cuando ella apoyó su pierna en la cama y se inclinó hacia mí. Nuestros labios se juntaron en un beso lento, húmedo, su lengua siguió la mía con inexperiencia y timidez. Cuando intentó apartarse, mi mano ya estaba en su nuca inclinándola más hacia mí, su respiración era pesada.

Su cuerpo estaba inclinado casi completamente contra mí, pasé mi mano derecha por su muslo expuesto haciéndola sentar en mi regazo. Gemí cuando sentí la electricidad del roce de su sexo contra el mío. *¿Desde cuándo te excitas tan rápido?*

Cuando estaba sentada ya en mi regazo, perdí mi cara en su cuello. Oliendo ese aroma tan especial, besé su piel malditamente suave, pude escuchar su respiración agitarse pegada en mi sien.

—Liz llegará pronto —susurró casi en un hilo de voz, pasé mi mano lentamente por su muslo interior hasta llegar a su entrepierna. Abby cortó su respiración, no pude evitar sonreír. *Es solo un toque, nena.* Moví mi dedo medio por arriba de su braga, podía sentir la humedad en la tela.

—¿Quieres que pare? —pregunté ahora perdiendo mi rostro detrás de su oreja—. Dime y pararé —pregunté de forma juguetona, ella gimió en respuesta cuando corrí de lado su braga dejando pasar mis dedos en su humedad. Cuando empecé a embestirla con mi mano, la observé. Observé cómo cerraba los ojos, la cabeza levemente tirada hacia atrás, las manos enredadas en mi nuca agarrándose con fuerza, las mejillas coloradas. Hacía tanto que no le daba placer a una mujer, no de esta forma. Miré con lentitud mi entrepierna que parecía estar a punto de explotar, pero mi mirada subió directamente a donde mis dedos hacían el trabajo y me deleité. Con rapidez moví mi brazo en un ritmo casi frenético, la rubia suspiraba y gemía de forma tímida. Hasta que clavó sus uñas en mi nuca y su sexo se tensó con fuerza entre mis dedos.

—Ese fue un lindo orgasmo —susurré cuando ella se desplomó en mi hombro. Cerré mis ojos ante el movimiento de su cadera, había sido inconsciente de parte de ella. Pero realmente estaba duro y por ende algo sensible. Acomodé su braga, mientras llevaba los dedos húmedos a mi boca, ella me observó con la sien apoyada todavía en mi hombro. Dulce y salado a la vez, malditamente exquisito. Abby me observó algo quedada, le sonreí de lado—. *¿Tu primer orgasmo?* —pregunté intentando despejar la mente. No la iba a coger hoy, no era el momento. Sus mejillas se pusieron al rojo vivo para luego asentir. Mordí mi labio inferior. Tenía que separarme de ella porque mi autocontrol no era muy confiable en esos momentos.

El timbre sonó, había sido salvado o condenado por la campana.

CAPÍTULO 4

Abrí la heladera de la estación de servicio y saqué dos packs de latas de cervezas. La mujer de detrás de la caja registradora masticaba su chicle con aburrimiento mientras le cobraba a un adolescente que compraba papas fritas.

Eso hacía en todos los lugares en los que entraba. Registraba.

Es importante registrar por varios motivos: uno, saber quiénes están en el lugar, dos, dónde están las salidas, tres, cuánta gente del personal, cuatro, alarmas. Era un tic que no podía sacar de mi cabeza, me había quedado del pueblo.

Con lentitud caminé por los pasillos del lugar en búsqueda de los cigarrillos, para mi sorpresa había de todos los colores y sabores.

Un chillido de goma resonó a las afueras, luego la puerta del lugar se abrió violentamente. No podía ver nada, ya que estaba en una de las secciones, alejado.

—Tú. El dinero. —La voz de un hombre de no más de cuarenta años resonó en el silencioso lugar casi en un susurro. Como si intentara mantener la calma, había otra voz que al parecer cuidaba la puerta. Suspiré.

A veces pensaba que era un imán para los problemas. Con lentitud salí de mi escondite para ver la escena de cerca. Un hombre apuntaba al joven con un arma, quien se mantenía sorprendentemente tranquilo. La mujer, claramente asustada, intentaba abrir la caja registradora. Por otro lado, observé de reojo; un hombre bastante mayor se mantenía escondido en una de las secciones, este me miró haciendo señas para que me girara hacia atrás.

—Pero qué idiota —hablé mientras caminaba y dejaba el pack de cervezas cerca de la caja registradora.

—Tú. Quieto o te vuelo los sesos —comentó ahora un segundo ladrón que vigilaba la puerta con demasiado nerviosismo. Ese tipo nunca había agarrado un arma en su vida.

—¡Abre la maldita caja! —gritó el otro.

—¿No te das cuenta de que no puede? —comenté intentando no perder la poca paciencia—. Te están viendo por la cámara —dije haciendo una seña a la pequeña camarita acomodada en lo alto de un rincón—. Te sorprendería saber la cantidad de veces que asaltan estos lugares, ya están acostumbrados. Por ende la caja registradora se traba, más que nada en el momento en el que ella —dije señalando a la mujer que ahora temblaba mirándome— aprieta el botón de

pánico, que da aviso a los policías. —El arma del hombre que apuntaba al joven ahora cambió a la chica que gritó con fuerza.

—Hija de puta —gritó el hombre. Reí.

—Ella solo sigue indicaciones, imbécil. Por más que lo intentes no podrán escapar, la policía los agarrará apenas pisen la calle. —Me crucé de brazos, la sirena de la policía sonó en la lejanía. El chico buscó con la mirada hacia adentro—. La puerta trasera está cerrada con candado, al gerente no le gusta que esta mujercita —dije haciendo referencia a la trabajadora— aproveche a hablar por teléfono —comenté—. Recuerda... todo se ve. —Señalé nuevamente la cámara.

—Zed —el chico de la puerta lo llamó con nerviosismo—. Debemos irnos —habló con rapidez mirando hacia la puerta.

—¿Cómo escapamos? —preguntó el principal ahora soltando al joven y apuntándome a mí—. ¡¿Cómo escapamos?! ¡Dinos o te pego un tiro! —gritó.

Gruñí por lo bajo, no me gustaba que me gritaran y mucho menos un idiota inexperto. Sin más mi puño voló hacia la mandíbula del tipo haciendo que se desplomara.

—Regla número uno: nunca te desesperes —susurré observando al hombre inconsciente—. Tú —señalé al último hombre en la puerta—: levanta las manos y sal de forma tranquila. Te ayudará luego —comenté dándome vuelta mientras sacaba el dinero para pagar el pack. La policía ya estaba afuera del lugar—. Y tú

—comenté ahora observando al joven que el ladrón había apuntado—: será mejor que te entregues también, la táctica falló. Idiota —le dije para luego dejar el dinero arriba de la mesada, la mujer me miró con los ojos abiertos.

Era una vieja rutina, uno esperaba adentro del lugar y cuando los demás entraban, se hacía pasar por una víctima. Ayudaba a manejar mejor la situación.

—Quédate con el cambio —comenté mientras salía con los packs, la policía entró al lugar gritando y yo me escabullí.

—Estás distraído. —La voz de April resonó detrás de mí—. ¿Quieres hablar? —preguntó luego de un largo silencio.

La imagen de Chad en la casa de Fred volvió a mi mente. Trix, Abby, todos juntos en una misma escena. La pelea con Abby luego había sido una mierda, pero ella debía entender que no me gustaba que se metiera en mis cosas.

—Hoff. —April apareció ahora en mi visión completamente desnuda. Algo muy propio de ella. Me moví antes de que su mano tocara mi mejilla.

—No te pago para hablar —susurré mirándola. Tenía un cabello oscuro que contrastaba con sus ojos verdes, era una belleza. Por eso mismo la frecuentaba, eso y que a veces sentía que comprendía algunos aspectos de mi personalidad.

—Tienes razón —sonrió ahora lentamente para luego pasar su mano por mi pecho desnudo y finalizar arriba de mi pantalón. Pero la escena de hacía tan solo

unas horas no salía de mi mente. La cara de Chad... luego, Abby. ¿Qué carajo me pasaba?

—Fue mi error haberte dicho que sí hoy —dije separándome de ella—. No estoy de humor.

—Oh, vamos... Hoff —susurró divertida. Se plantó frente a mí para luego pegar su cuerpo desnudo al mío, sus labios en mi cuello mordieron con fuerza.

Gruñí. Ambos terminamos en una de las paredes del motel, uno nuevo entre los tantos que habíamos usado—. Tú siempre estás de humor —susurró mientras metía su mano por adentro de mis pantalones. Oh, santa mierda, cerré mis ojos dejando que April me tocara con manos expertas. *¡Eres un hijo de puta!* El grito de César atravesó mi cabeza como un trueno, abrí los ojos volviendo a la realidad. Observé a April arrodillarse mientras abría con rapidez mis pantalones.

Intenté volver a pensar en el placer, pero mi mente estaba jodida, muy jodida. No estaba disfrutando. Mi cabeza casi en un intento de salvar la situación viajó de forma desesperada a un buen recuerdo, una Abby arriba de mi regazo disfrutando del placer. Su respiración agitada, los gemidos tímidos pegados en mi oreja, todo sacudió mi cuerpo de forma violenta. Llevé mi mano a la cabeza de April impulsándola con fuerza a que siguiera de forma rítmica, mientras mantenía los ojos cerrados en una imagen de Abby perdiendo el control.

—Vamos —gruñí por lo bajo. Observé en mi recuerdo la forma en que tiraba su rostro para atrás, sus mejillas coloradas, su boca abierta. Un grito mudo salió de mi boca en el momento en que mi cuerpo se tensó por completo. Tiré del cabello de April sin pudor, ella gimió ante eso.

—Es la primera vez que te veo teniendo un orgasmo de ese tamaño —comentó divertida la morena todavía arrodillada frente a mí. Sonreí remojando mi labio inferior mientras retenía mi peso en la pared. Hacía un largo tiempo que no disfrutaba así de un orgasmo. Cerré mis ojos y apoyé la cabeza en la pared.

—Estoy casi seguro de que te lo mencioné —dije sentado en la ventana. Una Abby con el cabello mojado, sosteniendo su toalla enredada en su cuerpo, me miraba con cara de estupefacción.

—Ya comí, así que puedes irte de mi habitación —comentó con molestia mientras se daba vuelta para luego comenzar a buscar su muda de ropa en el ropero.—. yo te dije hoy en el gimnasio que iremos a cenar, pero está bien... podemos ir por el postre —dije relajado. Ella me miró realmente molesta y mi cuerpo pareció reaccionar perfectamente a eso. Luego de una larga discusión Abby parecía ceder.

—Bien, date vuelta —comentó todavía agarrando la toalla como si fuese un escudo. Sonreí sin poder evitarlo mientras me insultaba por lo bajo y se daba vuelta dándome la espalda. Con rapidez dejó caer la toalla quedando

completamente desnuda, mi sonrisa se borró con lentitud. Observé con atención su cuerpo pálido, su cabello moverse de forma suelta mientras se ponía la ropa, mi mirada frenó en su trasero y sentí cómo le inyectaban adrenalina a mi cuerpo.

Necesitaba tocarla, necesitaba tenerla. Abby se dio vuelta ya vestida y me miró para luego abrir los ojos.

—Eres asqueroso —susurró con molestia y las mejillas al rojo vivo. *Ella es intocable para ti, Demonio.*

—Y tú tienes un culo para el infarto —sonreí todavía sentado en la ventana. Ella pareció ruborizarse aún más—. Vamos —dije intentando poner en marcha la salida. Un helado creo que era lo mejor, para poder enfriar mis pensamientos.

—¿Qué pasa, Hoff? —preguntó Jack parándose frente a mí. Despegué la mirada de la cerveza frente a mí, con los antebrazos apoyados en la barra.

—Lo de siempre —susurré con tranquilidad—. Vengo a buscar a unos idiotas —dije mirando en mi celular el último mensaje de Dean.

—¿Están arriba? —preguntó mientras secaba un vaso con un repasador negro. Asentí dando un trago a mi cerveza—. Sabes que yo no me meto en la vida de las personas que vienen aquí... —comenzó y dejé caer mi cabeza con pesadez—. Pero ya te conozco hace bastante y me parece que debes saber que este trabajo que tienes... entre tantos. No es para ti —dijo lentamente.

—Ya tuve un padre, Jack. Y no funcionó, no me hinchas las pelotas —susurré mirándolo fijamente para luego beber la cerveza de un trago—. Gracias por echarme a perder una buena cerveza —comenté parándome; bajo su mirada, caminé hacia el segundo piso. Antes de cruzar la puerta saqué el arma de la cinturilla.

Mi corazón latía con fuerza y mis piernas temblaban, mierda que lo hacían.

—Estás yendo muy rápido —susurré agarrando la manija del auto. Una Abby algo quedada manejaba mi maldito auto y parecía no ver la puta pared de adelante—. ¡Maldita sea! Frena, Abby —grité cuando vi que había acelerado más y en breve impactaríamos. Con rapidez levanté el freno de mano haciendo que ambos nos sacudiéramos hacia adelante. Y vi rojo, sentí cómo mi sangre se calentaba. ¿Acaso era idiota? ¡¿No podía seguir una línea?! ¡*Un hombre sabe manejar cuando nace! Tú no eres un hombre.* El grito de mi padre sonó en la lejanía.

—¿No puedes hacer lo que te digo? ¡Si te digo que frenes, es frenar! —grité molesto, realmente pensé que impactaríamos contra la puta pared que había quedado a tan solo centímetros. Abby pareció achicarse en el asiento del conductor, sabía que había sido en parte mi culpa. Yo la había ido a buscar para ofrecerle enseñarle a manejar, ya que me había confesado que no sabía hacerlo.

Ella juntó sus manos arriba de su falda de colegio y miró hacia ellas algo

quedada.

—Lo lamento, no me hables así —susurró y sentí como si me dieran un cachetazo. Dejé salir el aire mientras cerraba los ojos con fuerza. Ella no tenía la culpa, estaba aprendiendo.

—Cómo mierda quieres que te hable... casi chocamos contra una pared... —susurré todavía con ira contenida mientras miraba hacia la ventana—. Da la vuelta, sigamos —dije cuando sentí que mis manos dejaban de temblar.

—Ya no quiero hacer esto —susurró en un intento de bajar del auto.

—Manejar es práctica, Abby —contesté sin mirarla, ella abrió la puerta del auto.

—No quiero que te enojés conmigo. —Su voz sonó delicada pero dura a la vez, la miré y agarré su muñeca antes de que pudiera salir del auto. *No quiero que te enojés conmigo*. Nunca nadie me había dicho eso y sonaba delicioso en sus labios.

—Cariño, no me enojaré contigo. Solo aprieta el freno de vez en cuando, ¿sí? —contesté intentando sonar lo más tranquilo posible.

Luego de que Abby manejara unos minutos más ya nos encontrábamos de vuelta en la zona residencial. Marion entró en la conversación y todo se volvió tenso.

—No, yo no tengo relación con nadie, Pecas. Estoy con algunas mujeres, nada más —susurré mirando al frente—. Sexo, me gusta el sexo casual, nada de relaciones ni problemas futuros.

—No esperaba otra cosa —dijo con voz queda mirando al frente. Frené en el semáforo en rojo.

—No era lo que querías escuchar, ¿no? —pregunté pasando una mano por su muslo descubierto. Ella se tensó levemente pero me miró sin bajar el mentón.

Umm, esa actitud me gustaba.

—Eso no importa, la verdad se ve por sí sola —dijo levantando una ceja y sonreí mirando sus labios. Sin más pegué los míos con los suyos, sintiendo nuevamente su boca húmeda, su lengua tímida dejándome ser el rey; moví mis labios junto a los suyos con lentitud. Abby realmente era deliciosa, pasó su mano por mi nuca pegándome más a ella.

—¿Quieres ir a comer algo? —susurré separándome unos centímetros. Debía ir a hacer unas cosas para Zoe, pero la idea de pasar un poco más de tiempo con esta rubiecita me ponía de buen humor.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Dylan resonó por la otra línea.

—Si ves que no te contesto, es porque estoy ocupado. Hijo de puta —dije estirándome en la cama, la oscuridad de la noche seguía en pie—. Estaba intentando dormir —comenté con voz algo adormilada.

—No te estoy preguntando eso, Hoff. ¿Qué estás haciendo con esa chica?
Abby —comentó y de repente me sentí confundido.

—¿Qué hago con qué? Idiota —agregué.

—Esa chica tiene dieciocho años, Harry —dijo del otro lado.

Y yo tengo veintiuno, idiota. ¿Qué importa?

—No hice nada, Dylan —susurré—. Solo fuimos a comer algunas veces y tonteamos. —Mis ojos se movieron en la oscuridad de la habitación.

—No quiero que te arrepientas, Hoff. Liz me dijo que están pasando bastante tiempo juntos y tú sabes que... Ella no es como nosotros —dijo con lentitud.

—No, tú estás queriendo decir que... ella no es como yo. —Mi voz sonó ácida y apagada. Abby no significaba nada, solo me divertía estar a su lado y saber que no seguía completamente las reglas de Jeff.

—Está bien, cortaré de raíz. No es tan importante... estaba jugando nomás —dije después de un tiempo.

—Sabía que ibas a entender —comentó, claramente satisfecho de su intervención.

—Sí, créeme que me agarraste con la guardia baja. Pero no intentes hacerte el hermano mayor, porque no te queda ese papel —dije sin más cortando la conversación.

¿Qué mierda le pasaba a la gente que ahora parecía querer controlar mi maldita vida? Cerré mis ojos por unos segundos intentando volver a conciliar el sueño.

—Eres un hijo de puta. —Uno de los más grandes pateó mi estómago con fuerza haciendo que mi cuerpo se moviera para atrás ya en el piso—. No sirves ni para hacer la maldita rutina —gritó el moreno para luego volver a golpearme—. Esto lo sabrá César. —Mi cuerpo estaba adolorido, observé el cielo celeste, el clima cálido rozar mi piel, me pegaron otra patada en la cabeza. Estábamos a un lado de la calle, ningún auto paraba, ninguna persona frenaba.

—¡Deja al niño en paz! —La voz de una mujer salió de la nada haciendo que mi cuerpo lo agradeciera.

—Oh, no, disculpe, señora. Son mis hijos. —La voz de César apareció con urgencia a lo lejos y volví a mirar el cielo. Porque estaba jodido, completamente jodido.

—Vamos, pequeño Demonio. —Mi cuero cabelludo dolió en el momento en que César tiró de mi cabello con fuerza. La mujer estaba lo suficientemente alejada como para ver lo que realmente ocurría.

Abrí mis ojos con fuerza, habían pasado tan solo minutos desde la llamada de Dylan. Las imágenes de César llegaban a mi cabeza con dolor y molestia.

—Por favor, déjame dormir. Solo déjame dormir por hoy —supliqué con ira llevando las manos a mi cabeza. Daría cualquier cosa por poder silenciar a mis malditos Demonios.

CAPÍTULO 5

Una Abby usando mi camiseta, cabello despeinado y piel más pálida de lo normal apareció por la puerta de mi habitación. *Se ve malditamente bien.*

—Veo que te despertaste —susurré mientras bebía mi café. Estaba enojado.

Todo el grupo se había juntado la noche anterior a beber en un bar y Abby no había tenido mejor idea que emborracharse e intentar ligar con un barman que doblaba su edad. No había tenido por qué traerla aquí, pero algo dentro de mí estaba enojado, frustrado. *Grítale.*

—¿Q... qué hago aquí? —preguntó algo perdida mientras iba hacia la barra americana, con tranquilidad saqué un tazón y serví cereales para ella. No dejé pasar el hecho de lo sexy que se veía con mi camiseta y de las ganas que tenía de llevarla a mi maldita cama. Pero en cambio de eso el enojo salió a flote.

—Eso pregúntatelo tú —dije mientras comía mi cereal con tranquilidad bajo su mirada.

—No estoy para estúpidas adivinanzas. —Su voz sonó dura, levanté automáticamente la cabeza mirándola. ¿Qué? ¿Qué mierda? *¿Dejarás que te hable así?* Ella pareció notar que no estaba para juegos—. ¿Qué pasó anoche? —preguntó mirándome sin bajar su mirada, pero sus mejillas parecían tomar color.

Y... mierda, eso era adorable. Relaté la noche hasta el golpe que le había dado al tipo por intentar llevársela con él.

—No tenías que golpearlo —susurró—. Tú solo te buscaste todo esto. —¿Qué carajo? Ella estaba parada en la mitad de mi departamento, vestida con mi ropa, la había ayudado y encima pensaba que me había equivocado. *Es una malagradecida, ¿quién se cree que es? No te puede hablar así.*

—Estabas casi inconsciente, Abby. —Me paré del asiento y caminé hacia ella. Me sentía gigante a su lado—. Tal vez, si pudieras mantener las piernas cerradas por tan solo... —Abby impactó su mano en mi mejilla haciéndome quedar pasmado en el lugar. Mi sangre hirvió.

—No sirves para nada, Hoffland. —Trix impactó su mano en mi mejilla con fuerza.

—No sé ni para qué lo hice, te hubieras levantado en la casa de cualquier hijo de puta —gruñí mirándola, ella se dio vuelta buscando su ropa con rapidez. La había cambiado luego de que vomitara toda su maldita cena; la había cuidado, la había traído segura a casa. *Que se vaya.* Maldita sea, no podía ser tan desagradecida. Luego de varios minutos que sirvieron para calmarme, Abby

salió del baño ya con su ropa, yo se la había puesto a lavar previamente. Ya que no había dormido, como siempre.

—Será mejor que desayunes. —Las palabras salieron de mi boca sin pensarlas. Ella me miró algo quedada—. Vomitaste demasiado, conviene que comas algo —susurré sin mirarla mientras terminaba de comer mis cereales. No sirvió, la pelea volvió a empezar y ambos comenzamos a gritarnos nuevamente.

Ella era una niña muy malcriada y yo era un hijo de puta jodido. No éramos una buena combinación.

Los gritos a mi alrededor eran fuertes, estaba sentado en uno de los sillones mientras la gente pasaba de un lado a otro en la fiesta. Mi cuerpo estaba agotado por la pelea y algo adolorido. Una de las gemelas Fletcher se encontraba bailando con un Mitch realmente drogado a lo lejos. Bebí un poco de mi cerveza.

—¿Quién era la rubiecita que estaba contigo? —preguntó la otra gemela con su boca pegada en mi oreja.

La fiesta estaba en el mejor momento y me encontraba de buen humor por haber ganado la maldita pelea. También porque mi voz interna parecía estar dándome un respiro luego de la pelea.

—¿Qué rubia? —pregunté cerca de su rostro. Las gemelas Fletcher habían sido mi tentación cuando había empezado a pelear, siempre eran las primeras en atacar al boxeador estrella de turno. Pero por alguna extraña razón ya no sentía las mismas ganas.

—Esa con la que parecía que te besarías —dijo mientras acariciaba mi mejilla, su vestido dejaba ver sus pechos, redondos, grandes y malditamente comestibles.

—Una fanática —susurré divertido.

—¿Una fanática del boxeo? ¿Acaso la viste? —preguntó con lentitud mientras besaba mi mandíbula. Su perfume me invadió casi asqueándome, era demasiado intenso.

—Sí, la vi —susurré separándome de ella. No quería que hablara de Abby.

Deja que hable de la niña, ¿a ti qué te importa?

—Oh, vamos, no te pongas así... solo quise decir que ese tipo de chicas no están aquí... —susurró poniendo una mano en mi pecho lentamente, separé su mano con tranquilidad.

—Ve con Sam, me dijeron que ganará su pelea el lunes. Tal vez quieras adelantarte —comenté con voz dura mientras me levantaba del sillón para luego perderme entre la gente.

—¡Ey, Hoffland! —El grito de un hombre hizo que me diera vuelta. Tyler, el gigante, estaba frente a mí con una gran sonrisa.—. —nos saludamos con las manos.

—Gran pelea, amigo. Me hiciste ganar un diner —me dijo alegre mientras le daba un puñetazo a mi hombro.

—Me alegro por ti, yo también me fui con una bolsa grande —sonreí.

—¿Ya te vas? —preguntó frunciendo el ceño—. Eres la gran estrella de la fiesta —agregó.

—Estoy algo cansado, prefiero irme —comenté.

—Mmm, huelo a una mujercita por allí —sonrió divertido. Negué con la cabeza.

—Aunque no lo creas... me iré solo esta vez —dije intentando que sonara con humor, realmente no quería seguir allí. Cuando pude liberarme del gran Tyler, alguna que otra persona más me frenó en el camino pero ya a lo último mi rostro parecía asustar hasta a mi sombra.

Manejé con lentitud, la oscuridad de la noche hacía a la ciudad misteriosa, amaba la noche. Mis recuerdos volvían continuamente a tan solo unas horas atrás. Abby había venido a la pelea y eso no salía de mi mente. Quería verla, quería besarla, maldita sea... quería cogérmela, con fuerza. Cuando me quise dar cuenta ya estaba frente a su casa. Observé su ventana, luz apagada. Mierda, mi clave era que si tenía la luz apagada era una señal de que no debía subir, pero...

Estaba jodido.

—Iré solo, no quiero que hables —me susurré a mí mismo. *No puedes controlarme, idiota*—. Ya tuviste suficiente con la pelea, ahora cállate y déjame en paz— susurré.

Me senté en la ventana viendo su cuerpo dormido en la cama, maldita sea...

me había convertido en un perverso y me gustaba mucho. Vi cómo su cuerpo se movía con lentitud luego de que prendiera la lámpara de la mesita de luz iluminando el lugar.

Con ojos achinados me observó desde su lugar.

—Juro que algún día me matarás del susto —gruñó con voz algo enronquecida; observé con lentitud su cuerpo enredado con las sábanas blancas, una camiseta un poco más grande que no llegaba a tapar el inicio de su trasero y carajo... Se veía comestible. No ayudó en nada a mi poco control mental. Abby tenía algo que me podía.

—Hola, Pecas —la saludé sin moverme de la ventana. Era la primera vez que Abby me veía pelear arriba de un ring y no sabía todavía cuál era su parecer ante eso. La posibilidad de que estuviera asustada se encontraba en mi mente, por más que no lo había parecido luego de nuestra charla hacía unas horas.

—¿Qué hora es? ¿Qué haces aquí? —balbuceó viendo su celular. Sabía que era tarde y lo más probable era que me arrepintiera mañana por esto. Pero mis ojos no se podían despegar de ella, que ahora se sentaba en la cama con notable

mal humor mientras me decía algo que no llegaba a mis oídos. Caminé lentamente por la habitación, mis ojos pararon en una paleta sin abrir arriba de la mesa; la agarré para luego abrirla y llevarla a mi boca. Con lentitud volví cerca de la ventana, debía descifrar antes la actitud de Abby.

—Mi padre está durmiendo al lado, Harry —comentó en un susurro sin dejar la posición de malhumorada, reí cruzándome de brazos. No había nada que me divirtiera más que pensar que Jeff estaba durmiendo a tan poca distancia, pensando que su hija estaba a salvo... pero no, estaba conmigo.

—Estás muy sexy con esa camiseta —susurré viéndola. Abby era un caso que realmente me llamaba la atención. Se puso de pie, ya que parecía algo incómoda mientras seguía hablándome, pero había algo más... a ella le gustaba que la mirara. Mi presencia imprevista claramente la enojaba, pero también la excitaba.

Y eso me parecía delicioso; puse en marcha mis piernas, caminando lentamente por su habitación y sintiendo la maravillosa tensión entre ambos—. ¿Te gustó la pelea? —pregunté sacando por unos segundos el dulce de mi boca. La observé; estaba apoyada en su escritorio mientras agarraba con fuerza los extremos, como si se intentara resguardar. *Oh, cariño, no podrás contra mí.*

—¿Ver cómo deformabas el rostro de aquel chico? No, no me gustó. —Esa respuesta casi de niña malcriada hizo que largara una gran carcajada. Sí, le había gustado... de eso estaba seguro. Volví a poner la paleta en mi boca simplemente para mantener la boca ocupada, no duraría mucho. Necesitaba besarla.

—Nadie lo obligó a pelear, cariño. Se metió en algo que no podía soportar —dije mirándola fijamente, ella tragó con fuerza. *Eres un hijo de puta*, el grito de César me atravesó por completo haciendo que me saliera del clima. Casi por instinto di un paso hacia Abby, que se quedó quieta.

—Mi padre está en la otra... —dejó de hablar al ver que me acercaba aún más a ella. La tensión era increíble, nunca había vivido algo así. Bajé mi mirada por su cuerpo, deseaba que tuviera una camiseta mía puesta, mierda. Lentamente perdí mi rostro en su cuello, su maravilloso perfume llegó directo a mi cuerpo casi como un sedante, respiré hondo sintiéndome malditamente maravilloso.

Abby clavó sus dedos en la madera sin moverse.

—Me tratas mal, me molestas... me odias, Harry —susurró y su voz sonó baja. Me separé lentamente de ella para verla.

No te odio, nena. Me odio a mí mismo.

—Chocamos continuamente... Pero, mierda, me excitas como ninguna otra —las palabras habían salido casi con un gruñido ahogado, me sentía casi desesperado por Abby. Cosa que nunca me había pasado antes.

—Sabes que te detesto —susurró con ojos bien abiertos, sus palabras no se

reflejaban en su mirada.

¿Qué pasa, nena, no puedes contener lo que estás sintiendo? Somos dos.

Basta, Hoffland, deja de comportarte como un maldito adolescente; di un paso acercándome nuevamente a ella, encerrándola. Manteniendo el control.

—Estás confundida, abrumada... pero solo puedes pensar en nosotros dos en esta habitación —susurré sintiendo cómo Abby inconscientemente cerraba los pocos centímetros que quedaban en nuestros cuerpos. Con la paleta en la mano choqué mis labios con los de ella, mi cuerpo tembló como si hubiese necesitado ese beso, llevé mi mano a su cabello tirando levemente de este. Con rapidez la senté en el escritorio.

—Harry, mi padre... —susurró cuando comencé a atacar su cuello.

Oh, cariño, tu padre quedó en el olvido.

—Seremos silenciosos —dije con una pequeña sonrisa para luego mirarla, con lentitud llevé la paleta cerca de sus labios. Ella me miró y tomó el dulce en su boca, eso había sido tan putamente erótico que las imágenes en mi cabeza pasaron a una Abby haciéndome una mamada—. Buena chica —susurré mientras besaba el lóbulo de su oreja; Abby agarró en un puño mi camiseta mientras yo me deleitaba con su cuello.

—No, Harry, aléjate —suspiró en mi oído y la observé completamente deleitado. Mordí su labio inferior para luego separarme de ella, sin esperar más me deshice de mi camiseta. Me estaba estorbando, me moví en la habitación con una Abby mirándome fijamente y respirando de forma irregular. Ella era mi presa, ¿pero por qué yo me sentía enjaulado?

—Dime cuando te decidas —susurré, mi garganta raspaba, la quería desnuda.

—Vete —susurró prácticamente sin querer decirlo mientras se separaba del escritorio, dio un paso dirigiéndose a su cama y sentí cómo mi cuerpo salía al ataque. Enganché su cintura con mi brazo atrayéndola hacia mí, sintiendo su maravilloso trasero ahora descubierto rozar mi entrepierna. Ella suspiró y supe perfectamente que estaba rindiéndose ante esta inútil pelea.

—¿Quieres que me vaya? —susurré en su oído pasando mis manos por sus pechos, Abby gimió por lo bajo—. Dime, nena. ¿Quieres que me vaya? —pregunté mientras besaba su cuello sin dejar de mover mis manos—. Haré lo que quieras —susurré completamente perdido. Abby pasó su mano por atrás de mi cabello mientras se recostaba más en mí. La di vuelta con una fuerza que tuve que controlar, sentía como si mi cuerpo no fuese mío, estaba realmente deseoso y era la primera vez en mi vida que algo así me ocurría. Besé sus labios con fuerza para luego con lentitud sacar su camiseta, ella con rapidez se pegó a mi cuerpo y la sensación de su suavidad fue estupenda. Besé sus labios mientras caminábamos hacia la cama, ella cayó primera dejándome un tiempo para verla

semidesnuda, su piel pálida, sus pequeños pechos, todo en Abby era pecaminoso. Ella pareció intimidarse y buscó la sábana para taparse, pero con rapidez me acosté arriba de ella frenando sus brazos y mirándola fijamente.

—Conmigo no hagas eso, no quiero que te avergüences —susurré. Estaba hablando en serio, quería que fuera libre conmigo; mierda, quería que se entregara, que me diera todo lo que fuese posible. Y ese sentimiento me comió vivo, en la primera embestida supe algo casi arrasador...

No iba a tener suficiente de ella, sus pequeños suspiros estaban pegados en mi oído casi como un rezo, maldita sea. Estaba perdiendo la cordura.

Moví mi mano con lentitud viendo los trazos que se formaban en la pequeña hoja. Observé la pequeña silueta de mujer plasmada en la libreta. Hacía un tiempo que no podía concentrarme en dibujar, pero parecía que algo se había liberado en mí... y nuevos dibujos salían a la luz. Mi celular sonó, corté la llamada que entraba y salí de mi auto sin olvidarme de esconder el arma en la cinturilla. Observé por última vez la dirección garabateada en la hoja que tenía la mujer dibujada. Respiré hondo y caminé con lentitud hacia el lugar, era un bar antiguo, casi parecía vacío. El frío entró a través de mi chaqueta de cuero, al entrar... lo que esperaba: un grupo de viejos sentados en círculo apostándose la vida, diferentes mujeres casi desnudas en los alrededores, por otro lado una barra de madera con licores caros, música de jazz de fondo. Todos se dieron vuelta a verme. *Gran entrada, Demonio.*

—Buenas noches —dije con voz clara. Observé a cada uno de los hombres sentados, hasta que mi vista paró en uno de bigotes que tenía a una de las mujeres sentada encima, parecían no prestar atención a mi presencia, simplemente hablaban entre sí.

—¿En qué te ayudamos, chico? —preguntó el tipo de la barra a lo lejos claramente frenándose—. Solo puedes venir con reserva aquí —comentó nuevamente al ver que no lo miraba.

—Me habré olvidado de llamar —contesté casi con diversión—. Solo vine a saludar a un amigo y me voy. —Caminé con lentitud bajo la mirada de todos hacia el hombre de bigotes.

—¿Señor Morrison? —pregunté haciendo que la chica y el hombre me miraran.

—¿Qué quieres, niño? ¿No ves que estoy ocupado? —preguntó con acidez, la mujer se rio exageradamente. La tensión en el ambiente era palpable y yo realmente me quería largar a la mierda. *Termina con esto.*

—Muñeca, levántate —le hablé a la mujer, que tenía un pelo pelirrojo casi furioso. Ella me miró con arrogancia para luego mirar al hombre de bigotes y reírse.

—No puedes venir aquí y decirle qué hacer. ¿Acaso tu mamita no te enseñó modales? —preguntó Morrison—. ¿Qué quieres? Si te mandó Joy dile que lo iré a ver en otro momento.

—Levántate —volví a decirle a la mujer. Esta me miró por unos segundos para luego separarse del hombre, este la miró con el ceño fruncido.

—Oye, preciosa, ¿qué mierda crees que hac...? —Con rapidez saqué el arma, tres tiros. Dos en las piernas y uno en el brazo. El grito de la mujer sonó con fuerza, nadie se movió, sabían que era un ajuste de cuentas. *Y sabían también que Morrison les debía a varios de ellos.*

—Si es que sobrevives de esta, te recomiendo que vayas a ver a Dean antes que a Joy —le dije viendo cómo se desangraba en el piso, me di vuelta mientras sacaba mi celular y caminaba hacia el auto. El frío volvió a golpearme mientras entraba al auto.

—Morrison listo —le dije a Dean para luego cortar la comunicación. Algo quedado tiré el celular en el asiento del copiloto, pero mi mirada se quedó mirando fijamente el dibujo de la mujer que había hecho hacía tan solo minutos.

Eres un hijo de puta, pequeño Demonio. Cerré los ojos mientras arrancaba el motor, debía largarme rápido antes de que llegara la policía.

Abby viajaba a mi lado con el rostro neutro, parecía aislada.

—¿Me puedes decir qué mierda te ocurre? No dijiste una puta palabra cuando dejamos a Liz y ahora ni me miras —comenté frenando el auto a un lado de la ruta. No sabía por qué esto me generaba ansiedad, una Abby que se negaba a dirigirme la palabra. Ella no se inmutó, seguía mirando la ventana casi ida.

Había tenido un buen día, entrenamiento, almorzar con Dylan e ir a buscar a Abby, pero ella no parecía con la misma racha de suerte que yo.

—Mírame —le dije al ver que ella no se movía, la ira corrió lentamente por mi sangre. *¿Tan enojada como para ni mirarte? ¿Quién se cree que es?* —. Mírame, Abby. —Mi voz sonó con dureza. Casi como una niña haciendo puchero, me miró—. ¿Qué mierda ocurre? —susurré.

—Nada, simplemente tengo problemas personales —contestó a la defensiva.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunté frunciendo el ceño, ella me miró fijo.

Estaba completamente cerrada, tanto que no era normal en ella. Levanté mi mano para luego acariciar su mejilla, su piel era suave. De repente ese contacto pareció relajar mi cuerpo—. Háblame, pequeña. —Mi voz sonó tan suave que no pude comprender de dónde había salido eso. Su ceño se frunció y su boca se tensó, Abby estaba reteniendo las ganas de llorar.

—¿Puedes abrazarme, por favor? —susurró quebrada, la atraje hacia mí abrazándola con fuerza. Abby se aferró a mí, como si yo fuese su solución. La levanté con delicadeza sentándola en mi regazo, ella me abrazó aún más y sentí

cómo su aroma dulzón me invadía para calmarme. Algo cálido removi6 mi cuerpo... desconocido, ella me necesitaba y eso era reconfortante. Algo dentro de mí me decía que por primera vez.... alguien me abrazaba con esa desesperación. Luego de varios minutos ella apoyó sus labios en mi mejilla en signo de agradecimiento; para mí fue algo nuevo, extraño... yo era su solución.

Sus ojos estaban rojos e hinchados, igual así se veía malditamente adorable, parecía tan frágil, como si se fuese a romper en cualquier momento.

—Me gustaría sacarte el dolor. —Las palabras salieron de mi boca, pero mi mente no había procesado esa frase. Era real, no me gustaba verla así. Ella acarició mi mejilla haciendo que todo mi cuerpo se electrocutara por esa maravillosa caricia. ¿Qué me pasaba? Parecía un perro callejero al que habían golpeado tanto que una simple caricia lo hacía ladrar. *Esa analogía no está nada mal.*

—Me gustaría sacarte el dolor. —Su voz sonó en el auto y ella me miró fijo con sus ojazos marrones. Esas palabras sonaron como una promesa, volvió a acostar su rostro en mi pecho y de repente me sentí como una mierda. *Es porque lo eres. Pobre rubia.*

—¿Quieres ir a comer? —susurré con mi boca pegada a su cabeza, en un intento desesperado por borrar mis pensamientos negativos. Ella levantó nuevamente su rostro y asintió algo desganada.

Golpeé con fuerza la bolsa que colgaba con peso muerto, moví mis pies con velocidad para luego dar un *cross*. Mis músculos ardían como la puta madre, había dormido poco por haber peleado la noche anterior. Las imágenes de la pelea y el triunfo vinieron a mi mente haciéndome sonreír; a los pocos minutos mi mirada fue a parar a la pequeña rubiecita que se encontraba limpiando una de las máquinas, completamente ajena. Su cabello era un lío, lo llevaba anudado en una colita y vestía la falda del colegio y una camiseta vieja para poder ensuciarla. Al agacharse a limpiar las pesas me dejó ver un perfecto panorama de su trasero y volví a pensar en una Abby durmiendo en mi cama plácenteramente hacía tan solo unos días. La primera vez que una mujer dormía en mi cama y la segunda mujer que entraba a mi departamento. Suspiré. Abby... tenía algo, observé nuevamente su trasero. Madre santa, ¿cómo era que ya estaba duro si ni siquiera me había mirado? ¿Acaso me había vuelto un perverso?

—Hoffland. —Una voz sonó detrás de mí, me di vuelta con rapidez. Jeff estaba parado frente a mí con una cara de enfado mal disimulado. Eso había sido un balde de agua fría directo a la entrepierna.

—Jeff —sonreí de lado intentando que no se diera cuenta de que me estaba prácticamente babeando por el culo de su pequeña hija.

—Hace diez minutos que estás mirando a la nada misma, no te escucho

golpear —comentó sin gracia, asentí volviendo a golpear. Pero él se puso al lado de la bolsa tapándome la vista de Abby. ¿Se habría dado cuenta? *Claro que se dio cuenta.*

—Hoffland, los hematomas siguen apareciendo en tu cuerpo —comentó Jeff cruzándose de brazos.

—Sí, soy bastante torpe —contesté entre cada golpe.

—Te haré un chequeo físico una vez por semana —dijo de repente. ¿Qué?

Dejé de golpear.

—¿Qué? Claro que no —gruñí mirándolo. El viejo ni titubeó.

—Sí, todos los lunes. Bob examinará tu cuerpo; si descubre moretones o heridas que sean de peleas tienes tu culo fuera de aquí —dijo lentamente.

—Es mi vida, Jeff. Puedo hacer lo que se me canta la mierda —susurré molesto.

—Si vas a hacer lo que se te canta la mierda, olvídate de que te entrene. Yo no pierdo el tiempo con boxeadores que no quieren ser los mejores —respondió molesto—. Termina de hacer el circuito y vete a tu casa. Suficiente por hoy —dijo para luego darse media vuelta, pero frenó en seco y se giró a mirarme—. ¿Cumpliste las horas con el terapeuta? —preguntó ahora mirándome fijamente, me tensé.

—No necesito estar contándole mis problemas a nadie —susurré sin quitarle los ojos de encima.

—Si no cumples las horas, me enteraré y tendrás tu culo fuera de aquí —me dijo lentamente, repitiendo siempre su característica frase. Sonreí de lado, maldito viejo.

—¿No son demasiadas reglas para tu boxeador estrella? —pregunté ahora cruzándome de brazos—. Digo, yo puedo salir de aquí e irme con otro entrenador. Pero tú me necesitas, Jeff... No olvides eso —dije con lentitud, sintiéndome campeón de la charla. Jeff avanzó un paso más cerca.

—Eres un chiquillo que simplemente pega bien, que no se te suban los humos a la cabeza. Sabes perfectamente que por tu pasado criminal, no te aceptarán en ningún lado —susurró.

—Nadie sabrá nada —contesté tajante.

—Tarde o temprano la gente se entera, Harry. Debes estar agradecido de que te haya aceptado igual aquí —suspiró—. Tienes mucho que aprender, deja de pelear en lugares que no sean un ring y ve a la terapeuta asignada. No te lo voy a repetir, Hoffland —dijo esto para luego caminar hacia otro lado. Maldita sea, ¿y ahora cómo iba a hacer? La única forma que se vino a mi mente era... *Que no te golpeen.*

—Arranca —le dije a Dylan cuando entré a mi auto en el asiento del

copiloto.

Mi amigo apretó el acelerador. Guardé el arma en la guantera con rapidez para luego dejarme caer por completo en el asiento.

—¿Difícil? —preguntó mi amigo mientras miraba al frente.

—No quería dar el dinero —fue todo lo que dije. Era todo lo que Dylan necesitaba saber, no era mi estilo arrastrar a mi gente a la mierda que me rodeaba. *Tú eres la mierda.*

—¿Quieres? —me pasó un cigarrillo de marihuana casi consumido. Lo agarré para luego prenderlo inhalándolo con tranquilidad.

—¿Adónde estamos yendo? —pregunté luego de un rato de solo escuchar Chris Cornell de fondo.—. un bar, por el cumpleaños de Rob. —Dylan utilizaba frases cortas, eso significaba que no estaba cómodo.

—¿Estará la rubia? —pregunté mirando por la ventana mientras terminaba el cigarrillo. Dylan suspiró.

—Ya hablamos del tema de Abby, Hoff —comentó con molestia—. Ella... ella está fuera de tus ligas, amigo —me miró.

—Siempre me gustó lo que está fuera de mis ligas —dije mirando al frente.

—No, con esto no quiero decir que sea un reto. Ella es una buena chica... —*Hazlo mierda.*

—¿Acaso yo no? —pregunté mirándolo—. ¿Qué? ¿Soy un hijo de puta? ¿Eso quieres decir? —pregunté en un susurro—. Di todo el mensaje, Dylan —hablé neutral.

—Entendiste lo que quise decir... —dijo sin mirarme.—. yo te dije que simplemente me estoy divirtiendo. No tengo nada con la rubia, relájate —contesté.

Al llegar al bar la ira seguía en mi sangre, el porro no había hecho nada en mi sistema y me quería ir a la mierda. Pero estaba allí y no estaba del todo seguro de por qué. *Hijo de puta, estás allí por ella.*

Me senté con los demás en una gran mesa redonda, bebí de mi cerveza al lado de Marion y de una morena que estaba para el infarto, amiga de Gal. Me paré en busca de una nueva cerveza. No estaba seguro de la hora ni de hacía cuánto estábamos aquí.

—Está realmente bueno este lugar, ¿no? —Una voz sonó al lado mío en la barra. Liz, con ojos algo rojos, me miraba con una sonrisa.

—He ido a mejores —comenté con desinterés. Observé de reojo a la puerta.

¿Qué estás esperando, Harry?

—Ella vendrá —volvió a decir Liz.

—¿Quién? —pregunté

—Abby, está atrasada nomás —dijo sonriendo, claramente borracha. No

contesté a esa declaración, simplemente esperé mi cerveza en silencio—. Ella te gusta, ¿no? —susurró como si fuera para sus adentros—. A veces es tan... tan aburrida —dijo riendo—. La quiero mucho, pero realmente no entiendo qué le ven —comentó frunciendo el ceño—. Qué le ves —dijo mirándome. Agarré la cerveza que me había dejado el tipo frente a mí.

—Deja el alcohol, colorada. Se te está soltando la boca y tal vez se empiece a ver tu verdadera personalidad —dije para luego darme vuelta y volver a la mesa.

Me situé nuevamente entre Marion y la morena; ambas parecían encantadas de sacarme temas que poco me importaban. Observé la hora de mi celular y al levantar la cabeza me encontré con una rubia despampanante, Abby estaba caminando hacia nuestra mesa con Fred. Dejé escapar el aire cuando ya estuvo parada frente a nosotros, cabello salvaje, shorts como un guante, piernas kilométricas y maldita sea... todo en ella era apetecible.

—¿Quieres algo de tomar, Abby? —Mitch prácticamente se abalanzó sobre ella y sentí una puntada en mi cabeza. Ahora estaba hirviendo y eso no era algo bueno.

—Un ron con cola —contestó ella con una sonrisa para luego empezar a hablar con Dylan en un rincón de la mesa. Bebí de un sorbo lo que restaba de mi botella de cerveza sin quitarle los ojos de encima. Quería tirármele encima y tapar su cuerpo con mi chaqueta, maldita sea. ¿Por qué me molestaba que estuviera vestida así?

Me escapé de la situación sin entender por qué mi cabeza se empeñaba en recordarme a Trix pasando de hombre en hombre; algo en mí se electrificó. *No soy de nadie, Harry. Y menos tuya.* La voz de Trix resonó en mi cabeza como un mantra, una y otra vez. Los gemidos de la noche en la que había encontrado a mi novia de ese entonces con mi hermano mayor siguieron atormentándome. Cerré mis ojos por un segundo intentando terminar mi cigarrillo en la parte de afuera del bar. Tal vez Jeff tenía razón, necesitaba ir al maldito terapeuta. Luego de largos minutos volví a entrar, dispuesto a llevarme a la rubia de allí. *A tu rubia.*

La vi dejar de hablar con Mitch para luego dirigirse al baño, al salir de este la agarré sin más y la llevé al baño de hombres.

—¿Qué mierda crees que haces? —gruñí pegándola a uno de los azulejos, ella me miró con ojos grandes pero no separó su cuerpo del mío.

—Quieta —le dije—. Sabes muy bien de lo que hablo. Vestida así, hablando con mis amigos... —susurré cerca de su rostro intentando no perder el hilo de la conversación. ¿Por qué mierda olía tan bien?

—¿Como una puta? ¿Yo no era eso para ti, acaso? —preguntó achinando los ojos, claramente seguía enojada por nuestra última conversación. Y de repente

me pareció igual de gracioso y sensual ver a esta Abby.

—Me hierve la cabeza al ver cómo te miran —susurré en su oído aprovechando a respirar hondo nuevamente esa delicia de aroma; dulce, vainilla.

—No es de tu incumbencia —dijo algo tensa, pero su mano se apoyó en mi hombro. *Te está fallando el cuerpo, fierecilla.*

—¿Qué quieres, Hoffland? —preguntó ahora cuando la miré.

Oh, Abby, no me preguntes eso, nena. Quiero todo lo tuyo.

—Te quiero a ti —susurré cerca de sus labios, la tensión entre ambos como siempre era palpable, casi insoportable.

—Tú quieres a una idiota detrás de ti —susurró con voz casi inaudible.

Estábamos los dos perdidos por el otro, apretando nuestros cuerpos tanto como fuese posible.

—No, yo quiero una chica mala. —Mi voz sonó ronca mientras mi mano viajaba hacia su trasero, que me había tentado toda la puta noche con esos shorts.

Apreté con fuerza sintiendo a Abby apoyar sus manos en mi cuello; sin más choqué mis labios con los suyos, entrelazando mi lengua con la suya de forma automática. La rubia llevó sus manos a mi cabeza enredando sus dedos en mi cabello, mientras que yo la impulsaba aún más cerca de mí.

—No seremos nada —dijo ella rompiendo el beso e intentando volver a su respiración normal. Pegué la punta de mi nariz en su mejilla intentando retener mi sonrisa. Ella seguía con ese maldito juego y yo tan solo quería llevarla conmigo.

—¿De qué hablas, nena? —Mi voz sonó aún más ronca, mi cuerpo estaba en llamas y la rubia era la única que podía apagarlo.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Entonces yo también —susurró en mi oído para luego librarse de mi agarre y caminar hacia la puerta con seguridad.

Al seguirla mi mirada fue a parar a un rubio que ahora miraba a Abby como si fuese un espectro.

—¿Nick? —susurró ella frenando en la puerta del baño.

—¿No me saludarás? —dijo el idiota abriendo los brazos; ella, algo quedada, lo abrazó. Al separarse el tipo me miró. *¿Qué carajo? Golpéalo.*

—Hola. Nick Grinton. —Estiró la mano. ¿Me iba a dar la mano? ¿Qué clase de idiota se creía este que era? Podría realmente desarmarlo de un golpe, sentí la mirada de Abby directa en mí.

Con rapidez las fichas cayeron, ¿este no era su examigo? ¿El que le había quitado la virginidad? *El del verdad o consecuencia...*

—Harry Hoffland. —Estreché su mano con desinterés.

—¿No te conozco de algún lado? —preguntó achinando los ojos.

No y espero que no, idiota.

—¿Son novios? —preguntó y antes de que pudiese contestar cualquier insulto Abby se apresuró.

—No, amigos nada más. Un ataque de locura —dijo ella con rapidez—. Ven, vamos a ponernos al tanto y te presento a los demás. —Antes de que se pudiera escapar la agarré del brazo, Abby se dio vuelta mientras Nick seguía caminando hacia la mesa. *Como si fuese la gran cosa...*

—¿Qué? —preguntó mirándome.

—Dame una razón para que no le rompa la cara —susurré. Este idiota la había lastimado y ella simplemente se iría con él, ¿así de fácil?

—Cálmate —susurró.

Observé de reojo al niño rico mirándonos o mejor dicho mirándome a mí con un dejo de arrogancia. *¿Qué? ¿Te enoja que no serás nunca como él?*

—Me da mala espina, Abby —dije.

—No te metas en mi vida, Hoffland. No somos nada, creo que ambos fuimos claros —titubeó al decirlo y no me gustó nada escuchar esas palabras, que normalmente salían de mi boca, siendo repetidas por Abby.

—Como sea... haz lo que quieras, solo... —dije mirando hacia otro lado—. No dudes en llamarme si ese idiota llega a hacerte algo —comenté por arriba para luego salir de la escena. *¿Acaso eres un puto príncipe azul?*

Me iría a la mierda, no tenía por qué aguantarme este tipo de cosas. April era una mejor compañía en estos momentos, de eso estaba seguro.

CAPÍTULO 6

—No sé qué más quieres que te diga —le comenté a la mujer frente a mí, de unos setenta años, que me miraba como si fuese maldita escoria.

—Edward, esto no funcionará si tú no cooperas —habló la mujer con tono severo, resoplé.

—Mi nombre es Harry, no voy a volver a repetirlo —susurré cruzado de brazos.

—Tu segundo nombre es Edward, creo que sería bueno para el proceso... que aquí no seas Harry y seas Edward —explicó la terapeuta.

—¿Cuál es el problema en ser Harry? —pregunté, ella bajó su mirada leyendo los papeles en la libreta que sostenía mientras se acomodaba las gafas.

—Por lo que sé Harry fue arrestado reiteradas veces por peleas ilegales, actos de violencia, robos y asesinatos. En su historial familiar hay muchas muertes...

Entre otras cosas creo que... Harry está algo dañado por ahora —comentó la mujer. Esto era un delirio, maldito Jeff que me obligaba a venir aquí.

¿Escuchaste? Estás dañado. Estamos dañados, dice esta vieja—. Edward, viviste toda tu vida en el pueblo Albatros, ¿verdad? —preguntó la mujer, asentí—. ¿Cómo fue tu vida allí? —dijo para luego mirarme.

—De puta madre, la verdad. Casas grandes, mucho trabajo, todos éramos felices... no conocí la maldad hasta venir aquí —dije con tono irónico, ella suspiró.

—Estamos hace más de una hora y no hemos avanzado. Si no quieres entender lo que ocurre en tu cabeza, entonces puedes retirarte. No atenderé a alguien que no está interesado en avanzar —dijo la mujer sacándose los anteojos y mirándome fijamente. ¿Curarme? Yo no necesitaba curarme, ¿o sí? Eres un hijo de puta, pequeño Demonio. Una voz me atravesó por la cabeza haciéndome cerrar los ojos. No ahora, por favor.

—¿Te encuentras bien, Harry? —preguntó la mujer. *No sirves para nada, ¿no te das cuenta?* Un silencio sordo maltrató a mis oídos, un grito sonó en el fondo de mi cerebro, basta, basta por favor—. ¡Harry!

—Albatros era un lugar de mierda. —Las palabras salieron de mi boca casi sin anestesia. Abrí mis ojos y la mujer me estaba viendo—. No era vivir, era sobrevivir —proseguí, ella asintió poniéndose los anteojos nuevamente y comenzando a tomar notas—. Lo más interesante era que... nadie parecía darse

cuenta —susurré observando la cortina amarronada que tapaba un gran ventanal.

—¿Darse cuenta de qué? —preguntó.

—De lo que lo realmente ocurría. —Las palabras salían casi en un hilo de voz. La vi anotar con mano decidida.

Con lentitud me saqué las vendas gastadas de mis nudillos, mi cuerpo estaba realmente agotado al igual que mi mente. Las noches se volvían cada vez más pesadas entre las pesadillas y los llamados de Zoe, mi hermana mayor que, embarazada o no, siempre había sido un palo en el culo. Saqué la botella del *locker* metálico para comenzar a beber como un sediento.

—Nos vemos, Hoff —saludó uno de los boxeadores retirándose, moví mi mano con un saludo. Llené nuevamente mi boca de agua hasta que mis ojos fueron a parar a una rubiecita parada en los vestuarios, sonreí luego de tragar.

—Hola, Pecas —la saludé con una sonrisa.

—Hoffland —dijo mientras tenía un trapo colgando en su mano.

—Llegas tarde a trabajar, cada vez más holgazana —dije mientras me secaba el rostro con la toalla.

—Mi padre fue flexible, tenía que terminar un trabajo práctico —dijo caminando hacia adentro de los vestuarios.

—Sigo sin entender qué padre pone a trabajar a su hija —dije divertido.

Realmente Jeff tenía su lado hijo de puta. *¿Qué puedes decir? Si tu padre te vio en el infierno y no hizo nada.*

—Necesita ayuda y yo estoy encantada de ayudarlo —comentó mientras observaba el vestuario, desde que había llegado Abby las cosas realmente estaban en mejor estado. Ella hacía un buen trabajo.

Abby caminó con lentitud hasta pasar por mi lado.

—Ey, ¿sigues enojada? —la llamé enganchando mi brazo en su cadera y atrayéndola hacia mí. Abby estaba de buen humor claramente, encogió un hombro intentando retener una sonrisa—. Hola —susurré para luego besar sus labios con lentitud, hacía días que no la besaba, que no la tenía cerca y me daba cuenta de que realmente esta fierecilla me tenía en sus manos. Su tacto, su aroma, su voz... todo en ella me daba... tranquilidad. Sus labios se movieron con lentitud contra los míos.

—Estás transpirado —susurró divertida contra mis labios.

—Sí, genio. Estuve entrenando —contesté divertido separándome de ella—. ¿Quieres hacer algo luego? Gal tocará con su banda e irán los demás —comenté mientras guardaba mis cosas en el bolso deportivo.

—¿A qué hora? —preguntó mientras estrujaba el trapo en sus manos, ahora parecía nerviosa. Interesante cambio.

—Nueve creo —comenté mientras me preparaba para irme. Debía ir a

encargarme de dos clientes de Dean antes de liberarme.

—Ya veré —comentó como si nada, colgué el bolso en mi hombro acercándome a ella con una sonrisa. Besé sus labios cortamente. *Ella es deliciosa.*

—Te busco a las ocho y media —le dije y ella revoleó los ojos.

—¿Ya pensaste qué querías para la apuesta? —preguntó de repente. Sonreí a más no poder, el hecho de que Abby perdiera en el *pool* la otra noche me ponía de muy buen humor. *¿Desnuda a mi merced?* No, cállate.

—En realidad sí... me gust... —no terminé la frase ya que un idiota entró al vestuario, ambos nos separamos casi con sincronización—. Luego —le dije, ella asintió y me fui de la escena sin más.

El bar era uno de mis favoritos, pequeño, oscuro y con gente a la que le gustaba la buena música. Entré al lugar que parecía explotar de personas, caminé en búsqueda de una cara familiar mientras Gal y su banda sonaban en el pequeño escenario.

—¡Hoff, aquí! —Fred me llamó a lo lejos, caminé hacia ellos. Todo el grupo estaba sentado en una mesa circular mirando hacia la banda, pero mi mirada fue a parar a Mitch junto a Abby hablando de quién sabe qué mierda.

—Toma —me dijo Dylan, me senté a su lado—. ¿Se complicó?

—Lo de siempre —dije para luego darle un sorbo largo a la cerveza, calmaba mi garganta—. ¿Qué mierda está haciendo él con Abby? —pregunté en un susurro.

—Están hablando, relájate —me dijo mi amigo.

—¿Por qué llegaste tarde? ¿Tu chica no te dejó escapar? —preguntó Rob desde la otra punta llamando la atención de Abby, que no se había percatado de mi presencia; ella ahora me miró.

—Tenía unos asuntos pendientes —contesté mirando a Rob para luego observar a la rubia, quien me dio la espalda para seguir hablando con Mitch.

—Tienes sangre en los nudillos —el susurro de Dylan hizo que lo mirara de mala gana.

—Deja de hincharme las pelotas, mamá —dije de mal humor, volví a mirar de reojo a Abby junto al idiota de Mitch.

—Ellos tocan realmente bien —dijo Liz al lado de Rob mientras me miraba, asentí sin ganas de contestarle. Observé a Gal tocar el bajo con tranquilidad bajo las luces; los minutos pasaron con lentitud y mi garganta parecía no mojarse con la cantidad de cerveza que estaba tomando. Por otro lado, sabía que tenía que cuidarme con el alcohol, no era de lo que se decía... un buen borracho. *Tampoco eres un buen sobrio.*

—Otra cerveza —le dije al tipo de la barra cuando la banda terminó de tocar

y la música comenzó a hacerse másailable.

—Hoff —Mitch apareció a mi lado. ¿Por qué la gente me viene a hablar cuando estoy en la barra? ¿Acaso no se dan cuenta de que me importa una mierda lo que me puedan decir?

—¿Qué quieres? —pregunté agarrando la cerveza.

—¿Me das una? —le dijo al hombre para luego mirarme—. Debo agradecerte por la jugada, traer a Abby fue un punto a mi favor —dijo divertido.

—Aléjate de Abby —susurré mirándolo de forma seria. Las palabras salieron disparadas.

—¿Qué? ¿Qué dices? —preguntó frunciendo el ceño.

—No te quiero cerca de ella —le dije con rapidez.

—¿Y? Tú dijiste que no te importaba en la cabaña de Rob. Vamos, amigo, no molestes —intentó cortar el ambiente, di un paso más cerca de él.

—No te quiero ver cerca de Abby. ¿Lo comprendes? —Ni un músculo se movió en mi rostro, Mitch me miró fijamente—. Me alegra que nos comprendamos tan bien —dije separándome para luego volver a la mesa. La rubia ahora estaba con Liz riendo de algo; al ver que volvía a la mesa me sonrió para luego sentarse cerca de mí. Madre santa, eso había causado una linda sensación en mi cuerpo.

—Gracias por abandonarme de esa manera —dijo divertida, llevaba su cabello suelto y un vestido blanco que realmente me gustaba.

—Tuve que terminar algunas cosas, por lo menos te avisé con anticipación así no me esperabas —dije sonriendo de lado, Abby me traía tranquilidad. La ira que había sentido hacía tan solo minutos parecía disminuir a pasos agigantados.

Bebí de mi cerveza y mi mirada fue a los nudillos con leves manchas de sangre, con disimulo metí ambas manos en mis bolsillos ocultando la evidencia.

—¿Qué tuviste que hacer? —preguntó de repente, bebí de mi cerveza dándome tiempo.

—Trámites —contesté, ella sonrió con acidez.

—¿Qué clase de trámites a esta hora? —preguntó nuevamente frunciendo el ceño.

Observé a nuestros amigos que estaban conversando y apoyé sonoramente la botella para luego tirar mi cuerpo hacia adelante, más cerca de una Abby ahora tensa.

—¿Desde cuándo te interesa lo que hago, Pecas? —susurré y ella me observó

por unos segundos para luego mirar hacia otro lado.

—Tienes razón, no me interesa —contestó haciendo que sonriera y volviera a sentarme con la espalda recta. *Fierecilla, no intentes saber cosas que no quieres.*

La observé mientras ella tomaba de su vaso, su cabello caía llamativamente por su espalda, miraba a la gente atenta casi sintiéndose fuera de lugar. Y de repente me sentí identificado, ella no quería estar allí, al igual que yo. Una balada de rock comenzó a sonar y la idea llegó a mi mente.

—¿Quieres bailar? —pregunté, ella me miró con las cejas levantadas por la sorpresa para luego asentir con una pequeña sonrisa en sus labios.

Sabía que no era seguro mostrarme muy cerca de Abby, pero todo pareció desaparecer en el momento en que ella puso sus manos alrededor de mi cuello y yo la acerqué a mi cuerpo. Nuevamente esa paz me invadió, ese «todo estará bien». Sus ojos marrones me miraban fijos, bajé mi mirada a sus labios. *Qué ocurre fierecilla, ¿tentada?* Quería besarla, pero no era seguro, no aquí. No frente a nuestros amigos, no frente a desconocidos, no frente de nadie. Nadie podía saber de... esto. Ella acercó su rostro al mío y yo moví el mío observando a la mesa donde nuestros amigos seguían hablando entre ellos, pero la mirada de Dylan estaba fija en nosotros; él negó con la cabeza.

—Perdón, pensé que... —Abby intentó zafarse de la situación claramente humillada por el rechazo. La tomé de la muñeca para que no se escapara—. Iré por un trago... —volvió a intentar zafarse.

—Ven —dije mientras empezaba a caminar con el agarre en su muñeca, nos movimos entre la gente. Observé las puertas, una parecía llevar a una cocina, por ende, la que quedaba... Abrí la puerta, lugar de limpieza. *Bingo*.

—Hoffland, no creo que podamos entrar aq... —No la dejé seguir, de un tirón la acerqué a mí y besé sus labios al tiempo que cerraba la puerta; quedamos completamente a oscuras. Mi cuerpo sintió la adrenalina al instante, no sabía si por Abby o por qué, pero siempre sentía esa maravillosa sensación cuando estaba con ella—. Harry —suspiró cuando la pegué contra la pared. Mordí su cuello perdiéndome en su aroma, su suavidad; llevé mis manos a su trasero por debajo del vestido.

Tiene un culo fantástico.

—Harry —dijo y sonó celestial. Casi como el llamado de un ángel.

—Repite mi nombre —susurré en su oído. Escuchar mi nombre salir de sus labios era increíblemente erótico; ella en susurros repitió mi nombre mientras la música en el bar sonaba con fuerza. Nosotros parecíamos completamente ajenos a todo. La alcé y volví a sus labios, besándola con fuerza.

—Vámonos... —susurró separando unos centímetros su rostro—. Vámonos de aquí —dijo para luego acariciar mi cabello, me miró a través de la oscuridad.

Mierda, eso me había dado un escalofrío.

—¿Adónde quieres ir, pequeña? —susurré con mis labios pegados en su mandíbula. *Fierecilla, ¿quieres irte con el mismísimo Demonio?* —. tu casa,

vamos —susurró tirando mi cabello hacia atrás. Y con esas palabras ya me había ganado.

—Tus deseos son órdenes, Pecas —susurré besando sus labios por última vez y bajándola para que se pusiera de pie.

Mierda, esta rubiecita me tenía realmente en la palma de su mano. Ambos salimos disparados sin cruzarnos a nadie y me sentí malditamente bien al escapar de todos.

—¿Qué? —contesté saliendo a la terraza del departamento. La noche estaba en lo alto y hacía un frío de los mil demonios como para estar en boxer.

—Harry, necesito que vengas —Zoe habló del otro lado. ¿Y ahora qué?

—No, Zoe. Estás a horas de viaje, no iré a Albatros —contesté molesto. ¿Por qué siempre me tenía que necesitar a medianoche?

—Volvieron a entrar a casa —dijo del otro lado y mi cuerpo se heló.

—Hijos de puta —susurré—. ¿La reja no los frenó? —pregunté.

—¡No puedo seguir aquí, Harry! Mamá ya está fuera de sus malditos cabales y yo... yo estoy embarazada. No puedo seguir viviendo este estrés —lloró del otro lado. Respiré hondo observando por un segundo los edificios.

—Si quieres mudarte, puedes hacerlo. Te alquilo algo por aquí con mamá —dije lentamente—. Ya lo sabes —ella no contestó, no quería mudarse, por alguna extraña razón no quería dejar esa maldita casa que yo odiaba—. Mañana hablaré con Chad para que se ocupe de ustedes —susurré.

—Se irá con el dinero que le des y no hará una mierda, Harry —dijo molesta.

—Me encargaré de que no. Ahora vete a dormir. —Sin más corté la comunicación, pasé una mano por mi cabello sintiéndome completamente abatido. No me gustaba saber que mi familia no la estaba pasando bien, pero ese pueblo era una mierda y todos estábamos al tanto de eso. Entré nuevamente a la casa y caminé en la oscuridad; mi cuerpo comenzó con lentitud a entrar en calor.

Pero mis ojos pararon en la hermosa rubia acostada en la cama en posición fetal, su cabello estaba esparcido a un costado, llevaba una de mis camisetas blancas.

—¿Qué casa es? —pregunté caminando en la oscuridad e hice una seña hacia una casa precaria blanca. Chad y Trevor asintieron. Con rapidez nos tapamos el rostro con pasamontañas. Íbamos a agitar esta mierda. Trevor dio una patada en la casa haciendo que la puerta se abriera de golpe, caminamos hacia adentro. Estábamos armados.

—¡Abajo! —gritó Chad agarrando a un hombre anciano y haciéndolo poner de rodillas. El hombre balbuceaba que no le hicieran nada. Comencé a revisar los estantes; encontré varios relojes antiguos de muñeca—. ¿Dónde está el dinero, abuelito? —se burló Chad del hombre, quien parecía estar suplicando en

italiano—. ¿No me entiende, viejo estúpido? —ahora Chad intentó un mal acento que parecía ruso.

Observé el lugar, pero nada, todo era mierda. Caminé por los pasillos y entré a diferentes habitaciones, la casa estaba cuidada, pero se notaba la pobreza. Mi mirada fue a la mujer tirada en la cama, claramente una anciana con poca fuerza, estaba dormida. Sorpresivamente no se había levantado con todo el alboroto, Trevor sacaba los cajones con violencia y fuerza. Le hice una seña a la mesa de luz, con rapidez abrí el cajón... y ¡bingo! Joyas. Un collar de perlas, un Rolex antiguo de oro y una pequeña imagen de una mujer junto a un soldado.

Agarré las tres cosas y las metí en mi bolsillo, cuando volví a mirar el cuarto, la mujer pareció despertarse ante un estruendo de Trevor con un cajón. Nos miró con terror, tenía los ojos muy claros, la piel pálida y caída. Teníamos que salir de allí lo antes posible, la policía era lenta, pero no tanto.

—Vámonos —susurré dándome vuelta para irme, pero Trevor no pareció moverse. Cuando me giré a verlo estaba apuntando a la mujer, quien no se había movido un puto centímetro—. ¿Qué haces? —pregunté manteniendo la tranquilidad.

—¿Crees que esta anciana pueda hablar? —preguntó divertido mientras veía el terror de la mujer al ver que alguien apuntaba contra ella.

Eran italianos, no creía que entendieran.

Trevor sacó el seguro del arma sin dejar de apuntar a la mujer, me acerqué con violencia.

—Deja a la maldita vieja en paz, nos vamos. —Mi voz sonó clara y dura. Él me miró fijo a través del agujero del pasamontaña.

—Como sea —susurró para luego salir de la habitación. Observé a la mujer que seguía mirándome con terror desde su cama. Me di vuelta para largarme de allí.

—La collana... —Sonó una voz en susurro. Me di vuelta viendo a la mujer que con todas sus fuerzas intentaba decirme algo—. La collana era di mia madre —dijo con ojos grandes.

—No entiendo qué me quiere decir —dije todavía intentando escapar de la situación pero algo me frenaba.

— La collana... —Señaló mi bolsillo.

—¡Vámonos, Harry, viene la poli! —gritó Chad a lo lejos.

—¿El collar? —pregunté, ella hizo un asentimiento.

—Era di mia madre —dijo casi sin voz nuevamente.

—¿De tu madre? —susurré.

— Prego, la collana —volvió a susurrar casi en un rezo.

—¡HOFF! —gritó ahora entrando en el cuarto—. ¡Vámonos! ¡Ya! —Chad me tiró del brazo y miré por última vez a la mujer. Salimos disparados. La casa estaba dada vuelta, había quedado completamente destruida. Observé al hombre tirado en el suelo inconsciente.

—¿Qué mierda? —pregunté observándolo. Las sirenas comenzaron a sonar a lo lejos, mi llamado para correr. Los tres corrimos por las calles en la oscuridad, cuando ya los tuvimos lejos nos escondimos en un callejón intentando recobrar la respiración.

—¿Qué le hiciste al viejo? —le pregunté a Chad, quien parecía estar en el peor estado de agitación. Me saqué el pasamontaña.

—Nada, nada. Lo golpeé porque no dejaba de balbucear —dijo molesto descubriendo su rostro. Una sensación desagradable fluyó por mi cuerpo que no supe reconocer. O tal vez sí.

—¿Y qué tienes, Hoff? —dijo Trevor guardando el arma. Metí mi mano en el bolsillo, tanteando la pequeña foto, el collar y por último el reloj. Saqué el último y se los arrojé, ambos empezaron a gritar de la alegría.

—¿Es de oro? —dijo Chad sonriendo para luego silbar—. ¡Nos hicimos el botín grande!

—No entiendo —comentó Trevor mirándome—. Tú siempre te llevas las cosas valiosas, tuviste que haber encontrado algo con el doble de valor que un puto reloj de oro como para que nos des esto. —Achinó los ojos mirándome.

Trevor me caía como la mierda.

—No esta vez —susurré para luego separarme de la pared del callejón—.

Nos vemos mañana —comenté mientras guardaba el arma y comenzaba a caminar hacia el lado opuesto. Podía escuchar los silbidos y las risas de felicidad de mis dos compañeros a lo lejos.

La collana era di mia madre.

Volví a ver a mi rubia durmiendo plácidamente entre las sábanas negras de mi cama, con suavidad me acosté a su lado sintiendo su maravilloso perfume dulce, observé sus pecas a través de la oscuridad. Era hermosa.

—Pecas, soy un hijo de puta —susurré sabiendo perfectamente que estaba en un profundo sueño. Algo en mi cuerpo se sentía relajado, ella relajaba las voces en mi cabeza. Acaricié su mejilla con lentitud sintiendo la suavidad de su piel; era hermosa. Se removió todavía dormida y apoyó su brazo en mis costillas, luego se acurrucó más cerca de mi cuerpo. Sonreí sintiéndome un jodido ganador, acaricié su cabello con lentitud mientras miraba al techo. Esta iba a ser una noche larga, pero por lo menos tenía a la fierrecilla a mi lado.

—En tus estudios médicos dice que... tuvieron que internarte por una herida de bala —comentó la mujer frente a mí mientras leía un papel.

—Estoy casi seguro de que eso no es legal —dije sentado en el sillón.

Necesitaba ir a hacer cosas para Dean y prepararme para la pelea de la noche, pero se me cerraban los putos ojos y estaba perdiendo tiempo en este lugar.

—Todos los datos me los dio tu entrenador —comentó mirándome fijamente—. Siéntete halagado, no le presta tanta atención a los demás boxeadores —dijo mientras se acomodaba los anteojos. Se creía tan superior que era molesto—. Cuéntame. ¿Por qué fuiste herido, Edward? —preguntó con lentitud. Si me seguía llamando así, la mataría.

—No lo recuerdo —dije mirándola fijamente. Intenté retener los recuerdos que comenzaban a flotar en mi cabeza.

—¿No lo recuerdas? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Sabes cuánto puede doler una herida de bala? La irritación, la molestia del cuerpo. Aquí dice que casi te amputan un brazo. La herida estaba infectada. —Cerré mis ojos sintiendo su voz, podía sentir el dolor nuevamente en mi hombro. Esa herida había sido un antes y un después.

—No sé quién fue —susurré—. Una noche estaba caminando por la calle, volviendo de una fiesta, y simplemente una persona se acercó y me disparó en el hombro —dije con lentitud.

—¿Y qué hiciste? —preguntó.

—Caminé como pude hasta mi casa y me encerré en mi habitación. El dolor era insoportable, intenté sacarme la bala con mi navaja —comenté pasando una mano por mi cabello en un intento de no volver a ese recuerdo. Ese dolor había sido realmente insoportable—. Pocos minutos después, perdí la conciencia y Ben escuchó el ruido. Como pudimos y sin despertar a mamá, fuimos al hospital —dije con lentitud al acordarme de mi hermano agarrándome con fuerza para que pudiera caminar.

—¿Sabes quién te disparó? —preguntó luego de unos minutos de estar anotando. *No se lo digas.*

—Trevor —contesté—. Era parte de mi pandilla —finalicé.

—¿Y por qué te disparó? —insistió. Me encogí de hombros sin inmutarme, claramente lo sabía. El hijo de puta de Trevor tenía una razón. La terapeuta suspiró algo frustrada frente a mí, parecía realmente enojada—. Bien ya es la hora, te veré la semana que viene entonces —dijo terminando de escribir algo en sus hojas. Me paré dispuesto a retirarme.

—Puedo recomendarte un especialista para que te recete pastillas para dormir, Harry —comentó todavía sentada en el sillón. Bueno, por lo menos era observadora.

—Ya lo intenté todo, ninguna puta pastilla podrá devolverme el sueño —

susurré molesto.

—No, las pastillas no te devolverán el sueño. Yo me encargaré de que puedas dormir en paz, pero por el momento... —Sin más salí del lugar, necesitaba un cigarrillo y la vieja no paraba de hablar.

—Hable —contesté el teléfono dentro del auto. La noche estaba en lo alto y la pelea había salido de maravilla.

—¿Esas son formas de tratar a una dama? —Una voz femenina sonó del otro lado.

—April, sabes que no me puedes llamar. ¿Qué quieres? —contesté luego de tirar el humo de mi cigarrillo.

—Verte —susurró de forma seductora desde el otro lado—. Nuestro último encuentro, cuando estabas con esa amiguita tuya... no fue muy divertido. Y hace un tiempo que no vienes por aquí —dijo con voz acaramelada, mi cuerpo respondió levemente.

—Sí y por el momento no creo que me veas —dije duro.

—¿Qué pasa, Hoff? Pensé que nos estábamos divirtiendo juntos —ahora volvía a su voz normal.

—Sí, con el pequeño detalle de que yo pagaba por tus servicios, muñeca —dije fumando lo que quedaba de mi cigarrillo.

—¿Es por el dinero? Puedes venir sin pagar, cariño. Solo con tenerte en la cama ya es suficiente —rio de su propio chiste y yo también reí, no porque fuera gracioso, sino porque alimentaba mi maldito ego.

—Nos mantenemos en contacto, muñeca. Cuídate —dije con lentitud saliendo del auto para luego cortar la conversación. Observé que frente a la casa de Abby no se encontraba el jeep de Jeff. Por ende subí con rapidez por el árbol hasta saltar a la ventana de la rubia. Esta se encontraba hablando con alguien por teléfono sentada en su escritorio con unos cuadernillos frente a ella. *Toda una niña buena.*

Caminé por la habitación con ella dándome la espalda, Abby era una mujercita fácil de atacar. La idea tomó mi mente con violencia. ¿Quién la protege de las cosas que pasan allí afuera? Cualquiera podría entrar aquí sin problema. Apoyé mi espalda en una de las paredes viéndola tranquilamente reír completamente ajena a mi presencia. *¿Quién la protege de ti?*

—Nick, ya hablamos del tema. Realmente ahora no puedo —dijo riendo y mi cuerpo se tensó. Estaba hablando con ese idiota. Ese niño rico que tanto se creía —. Tengo tarea que hacer —contestó sin más. Caminé con lentitud hasta estar detrás de ella, para luego apoyar ambas manos en el escritorio, ella se sorprendió para luego observarme casi sin moverse. Claramente dejó de escuchar lo que decía el otro idiota. Sin más incliné mi rostro al de ella y besé sus labios con

profundidad; algo sorprendida y encantada, siguió mi juego. Su celular cayó por su mano en el momento en que perdí mi rostro en su cuello, lamiéndolo con suavidad.

—¿Dónde estabas? —susurró algo perdida. *Fierrecilla, el que menos sabe, más perdona.*

—Por allí —comenté sin dejar de lamer y besar su piel mientras abría la camisa blanca del instituto.

—¿Dónde es por allí, Harry? —susurró ahora parándose, la encerré entre el escritorio y mi cuerpo con la camisa a medio desabotonar, dejando ver un sostén color negro. *Sabes perfectamente que ella no cortó la conversación.* Volví a intentar besarla, pero me empujó con suavidad agarrándome desprevenido, con rapidez se escapó de mi agarre. Luego tomó su celular y cortó la conversación.

Astuta.

—Por allí, Pecas. No es interesante, ven aquí —la llamé viendo cómo caminaba dispuesta a irse de la habitación.

Le gusta que la persigas... le gusta sentirse tu presa. A mí me encantaba sentirme su maldito cazador.

—No fuiste al gimnasio —susurró en la mitad de la oscuridad del pasillo.

—Fui por la mañana, tenía cosas que hacer —contesté observándola.

Lentamente mis ojos volvieron a hacer foco.

—Todos estos días estuviste yendo por la mañana entonces —comentó levemente molesta.

—Sí, nena. Fui a la mañana. ¿Qué? ¿Acaso me extrañaste? —sonreí como un idiota sintiéndome poderoso, ella no podía ocultar su molestia al no verme seguido y eso... me fascinaba. Me acerqué sin más volviéndola a encerrar ahora en la pared, ella se había dejado claramente, terminé de desabotonar su camisa mientras besaba su mandíbula con dedicación. El dulzor de su perfume me abrazó y me di cuenta de cuánto había extrañado estar cerca de ella en estos días.

Bajé su sostén de un tirón para luego besar sus pechos ahora liberados por arriba de la tela.

—Harry —suspiró tirando de mi cabello con fuerza, gruñí. Mi mente viajó a cualquier lado, a su piel, a su aroma, a sus pechos, su maldito trasero, todo estaba en mi mente, como si se grabara. Ella apretó su cabeza contra la pared en el momento en que metí mi mano por su braga tocándola sin rodeos. Me sentía adicto, adicto a ella, a darle placer, a escuchar mi nombre entre sus gemidos.

Abby gimió balbuceando que no parara, mis dedos se movieron con rapidez en su clítoris mientras ella comenzaba a tensarse. Mi mirada fue a su costado, un cuadro de Jeff con un rifle de caza me hizo frenar.

—Mierda —susurré con mi boca un poco más arriba de sus pechos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Harry, sigue —susurró casi sin aire.

—Espera, dame unos segundos —dije dejando de tocarla.

—¿Qué pasó? —preguntó acariciando mi cabello.

—La foto de tu padre me está perturbando —dije haciéndole una seña con la cabeza hacia el cuadro, ella lo miró frunciendo el ceño para luego verme a través de la oscuridad. De repente comenzó a reírse a carcajadas, me separé de ella apoyando mi espalda en la pared. Me sentía frustrado, excitado y levemente divertido.

—Ehh... yo no lo puedo creer —dijo riendo mientras se acomodaba nuevamente el sostén—. El gran Harry Hoffland intimidado por una foto de mi padre con un rifle —dijo poniéndose frente a mí con una sonrisa divertida.

Era hermosa; enganché dos dedos en el borde de su falda y la acerqué a mí para luego besar sus labios lentamente. *Eres un hijo de puta.*

—No te rías de mí, pecosa malcriada. Si estuvieras en mi lugar entenderías —susurré remojando mis labios, ella sonrió de lado de forma pícara para luego llevar una mano a mi entrepierna—. ¿Qué haces? —susurré viéndola con una pequeña sonrisa. Me gustaba ver a la Abby excitada, destilaba sensualidad.

—Te ayudo a que te inspires nuevamente —dijo divertida mientras comenzaba a mover su mano, respiré hondo. Una electricidad recorrió todo mi cuerpo y la sangre comenzó a bombear por completo a mi entrepierna. Abby tenía un maldito poder en mí, manejaba mi cuerpo con una facilidad que ni yo entendía. La acerqué a mí sintiendo cómo seguía moviendo su mano arriba de mis pantalones, mientras comenzaba a besar su cuello con más suavidad que antes. Pero de repente en la puerta de abajo resonó el tintineo de las llaves.

Ambos nos miramos.

—Mi padre —susurró ella deteniéndose.

—Maldita sea, Jeff —gruñí y ella volvió a reír divertida.

—Hoffland, Dean te está esperando —me dijo el tipo de barba. Tiré lo que quedaba de mi cigarrillo a la calle y entré al oscuro lugar. Las oficinas de Dean siempre parecían estar en un puto pozo.

—¡Demonio! —saludó Dean abriendo los brazos; estaba sentado frente a su escritorio. Como siempre, tenía a un tipo que parecía un gorila sentado a unos pocos metros en un sillón—. Toma asiento, chico estrella —dijo sonriendo. Me quería largar lo más rápido posible de allí.

—Dean —saludé sentándome—. Tengo que ir a terminar unas cosas... —No me dejó terminar.

—Sí, lamento haberte llamado de repente. Entiendo que eres un hombre ocupado —sonrió nuevamente. ¿Por qué estaba tan sonriente? Algo no iba bien.

Todos mis sentidos se prendieron—. Estuve viendo tus puntajes, subes a una

velocidad increíble. Hasta ahora... ninguna pelea perdida. Estás cada vez más cerca de tu gran pelea —comentó.

—Soy prolijo —dije con rapidez.

—No perderé más de tu tiempo entonces —respiró hondo—. Harry, seré breve. No estoy acostumbrado a hacer estos pedidos... pero creo que sería algo bueno para todos —comentó mientras abría una caja con habanos—. ¿Quieres? —preguntó. Negué con la cabeza viendo cómo él prendía uno con tranquilidad—. Últimamente llegaron a mis oídos algunas cosas de mi hija... —comenzó y sentí cómo mi espalda se tensaba— Marion. ¿La conoces? —preguntó. Claro que la conocía, también estaba al tanto de que Jeff era familiar de Dean. Lo había conocido saliendo de uno de los entrenamientos.

—Sí, me crucé con ella en algunas fiestas —dije con cautela. No estaba seguro de quién le había ido con el chisme.

—Bueno, al parecer ella está realmente interesada en tenerte más cerca —dijo mirándome fijamente. El silencio ahora era insoportable—. ¿Entiendes lo que digo, Harry? —preguntó.

—Dean, no tengo interés en tu hija. Me mantendré alejado, no debes preocuparte por eso —comenté con fastidio. *Estás perdiendo el tiempo aquí.*

Suficiente tenía con la pequeña rubia que ponía todo mi mundo patas para arriba.

—Eso es lo que estoy diciendo, Harry. Mi hija es una mujer hermosa, ¿por qué no tienes interés en ella? —preguntó ahora achinando los ojos. ¿Qué carajo? ¿El tipo me estaba pidiendo que saliera con su hija? Desquiciado.

—No mezclo trabajo con placer —contesté y él dio una carcajada.

—¿Piensas que no sé que estás jugueteando con mi sobrina? —preguntó y sentí como si me hubiesen dado una patada en la frente. No me gustaba traer a Abby a la conversación.

—Simplemente me llevo bien —dije esquivando la pregunta. Él asintió.

—Bueno... te voy a pedir entonces, que te lleves igual de bien con Marion —dijo acomodándose en la silla.

—No entiendo. ¿Me estás pidiendo que esté... con Marion? —pregunté achinando los ojos.

—Oh, tal vez te confundo porque mi tono de voz es suave —dijo con lentitud—. No, Demonio. No te lo estoy pidiendo, te lo estoy exigiendo. Quiero que salgas con mi hija, pasa tiempo con ella, invítala a comer, vayan al cine... lo que se te ocurra. Usa la imaginación, chico —habló para luego dar una pitada a su habano. No entendía una mierda.

—Te lo agradezco, pero no saldré con ella. Estoy bien así, en ningún momento quedamos en un puto acuerdo de que elegirías con quién debía salir.

Marion es una gran chica, pero... —Golpeó con una mano el escritorio y el gorila del sillón se levantó mirándome fijamente. Ja, como si eso me fuese a intimidar.

—Quedamos en un puto acuerdo en el momento en que viniste casi arrastrándote para pedirme una pelea con uno de los mejores de las callejeras —dijo duro—. Yo te escuché y te estoy guiando allí.

—Sí, mientras ganas malditos puñados de dinero —gruñí.

—Será mejor que mi hija hable de lo bien que la está pasando contigo —comentó con lentitud—, si no olvídate de mí en tu carrera —habló—. Vete y empieza —dijo. Con molestia me paré y me dirigí a la puerta—. En estos días pasaré a saludar a mi sobrina, espero no verte con ella... —Su voz sonó como un maldito cuchillo cortando mi nuca. *Nos está amenazando*—. Suerte en la pelea de mañana, Demonio —fue todo lo que escuché en el momento en que cerré la puerta detrás de mí.

¿Qué carajo había pasado? ¿Qué padre querría que te cogieras a su hija?

—Estás muy callado —dijo Dylan mientras armaba un porro. Por mi lado di una pitada de mi cigarrillo. Las imágenes de Abby en Albatros seguían atacando mi mente, el hecho de que la rubia hubiera conocido a mi familia me inquietaba y tranquilizaba a la vez. ¿Cómo mierda era posible?

—Llevé a Abby a Albatros —contesté mirando a la calle vacía. La lluvia había mojado el pavimento y la tierra había largado un olor increíble. Dylan me miró quedado.

—¿Que hiciste qué? —preguntó con los ojos demasiado abiertos—. ¿Acaso estás loco?

—Ella quería saber quién mierda era Zoe, pensaba que era una chica con la que estaba saliendo —susurré. No estaba seguro de por qué le contaba esto a Dylan, nunca había tenido la necesidad de contarle mis cosas. Pero por alguna extraña razón necesitaba descargar esto por algún lado. *Es porque eres un imbécil.*

—¿Y por qué simplemente no le dijiste que era tu hermana? —preguntó mi amigo claramente enojado.

—¡Porque no funciona así! —dije molesto mirándolo—. Ella estaba desconfiando de mí, yo estaba siendo sincero —dije con molestia—. Por más que le hubiese dicho que Zoe era mi hermana y que está malditamente loca, no me iba a creer y... y... —dije sin tener las palabras claras.

—...Y te importa —finalizó Dylan suspirando. *Y te importa, idiota.*

—No, no sé por qué... pero algo de ella allí, en mi lugar, en mi cama... —susurré para luego dar una pitada a mi cigarrillo— hizo que las memorias no sean tan malas, es como poner algo bueno, limpio, puro en cosas rotas —dije y

mi cabeza volvió a una Abby caminando por los pasillos de mi casa.

—Estás metiéndola en donde no debe estar, Harry —dijo Dylan inquieto—. Ella es una chica normal, maldita sea. Ella...—Lo interrumpí.

—¿Y? ¿Qué piensas? ¿Que le haré mal? —pregunté molesto enfrentándolo, Dylan me miró fijamente. Ambos sabíamos que lo podía derribar de un golpe y yo no era bueno manejando la ira. *¡Ayúdame!*

—No, no intencionalmente —susurró—. Harry... tú tienes mucho que trabajar en ti —dijo dando un paso hacia atrás claramente intimidado, pero sin bajar el mentón—. Las cosas que te hicieron, las cosas que hiciste... eso...

—*Eres un hijo de puta.*

—Eso es del pasado —interrumpí de forma dura—. Son cosas que no volverán —comenté sacándole peso mientras terminaba mi cigarrillo y lo tiraba a un costado.

—Eso no es el pasado. Peleas en todos lados menos un ring oficial —dijo mirándome—. Te encargas de partirles la cara a los malditos que apuestan por algo en la vida, te drogas, ni siquiera tienes pensado un puto futuro... —contestó con el rostro lleno de pena. Apreté mis puños a mi lado—. Puedes golpearme, pero esto es real. ¿Qué le puedes dar a esa chica? ¿Una chica de dieciocho años tan... inocente como Abby? —me miró fijamente. *Él tiene razón, pequeño Demonio, eres un bueno para nada*—. Nada, porque no tienes nada. No ahora.

Solo violencia y una relación de mierda —susurró.

—No viviste ni la mitad de mi vida, porque eres un maldito cobarde —dije—. No te metas más o te partiré la cara —comenté dándome vuelta para entrar nuevamente a la casa.

—Harry —me llamó agarrando mi hombro, me di vuelta con rapidez y di mi puño contra su mejilla, mi amigo terminó en el piso mirándome desde allí.

Golpéalo, se lo merece. ¡Golpéalo!

—Lo digo en serio —susurré para luego entrar molesto a la casa. *¡Vuelve y golpéalo, gallina!*

Nuestros amigos estaban esparcidos por cualquier lado, gente que conocía y que no. *¡VUELVE Y GOLPÉALO!* Con rapidez caminé hacia la cocina de la casa de Mitch; viendo entre todas las botellas, elegí una de vodka y tomé un trago largo que quemó mi garganta con fuerza. *Sabes que tienes una bolsa en el bolsillo.*

—¡Oye! Aquí estabas. —Una voz femenina sonó. De repente un aroma a vainilla junto a un calor en mi espalda se hizo presente. Abby me estaba abrazando por atrás y mi pecho parecía llenarse de algo extraño, placenteramente extraño. Casi como si ella hubiese sabido perfectamente lo que ocurría—. Pensé que te habías ido —susurró con voz suave pegando su mejilla a mi espalda.

Observé la botella de vodka en mi mano y con lentitud la dejé arriba de la mesada. Me di vuelta y me sorprendió ver a Abby con una pequeña sonrisa, su cabello algo despeinado. Estaba borracha y parecía completamente adorable.

—Nena, no me podría ir sin ti aunque quisiera —susurré acariciando su mejilla. *Vete a la mierda de aquí, una línea te espera en tu departamento.* Ella pareció sentirse contenta con mi respuesta ya que dio un pequeño salto enganchando sus manos en mi nuca y agarrándome por sorpresa nuevamente. Mi cuerpo pareció relajarse a una velocidad increíble, las voces en mi cabeza parecían disminuir... y en lo único que podía fijarme era en sus maravillosos ojos marrones.

—¿Entonces nos iremos juntos? —susurró cerca de mis labios. Me sentía completamente extasiado por esta Abby.

—¿Cuántos vasos tomaste? —susurré perdido por completo en ella, la observé mientras Abby rozaba sus labios con los míos con lentitud. Luego una sonrisa se plantó en su boca y se mordió el labio inferior.

—No lo sé, Fred cree que es un barman —dijo acariciando mi cabello y haciendo que mi espina dorsal sufriera un temblor. ¿Por qué me estaba comportando como un maldito adolescente? Abby parecía tener un efecto extraño en mí.

—¿Nos vamos? Tengo una sorpresa para ti —siguió con el tono bajo mientras pasaba sus manos a mi pecho.

La electricidad pasó a mi pecho y siguió a mi entrepierna.

—No soy muy fanático de las sorpresas, Pecas —susurré besando con lentitud su cuello, tan malditamente suave y apetitoso.

—Esto —me dijo mientras sacaba algo de su chaqueta. Mis ojos observaron una bolsa con marihuana adentro. ¿Qué mierda hacía Abby con eso? No me gustaba que ella tuviera drogas, no ella. ¡Bum!

—¿De dónde sacaste eso? —pregunté arrebatándole la bolsa. Ella sonrió orgullosa pasando nuevamente sus brazos por mi cuello—. Abby, ¿quién te dio esto? —pregunté frunciendo el ceño. Ella ahora me miró borrando su sonrisa.

—Fue un regalo. Pensé que ibas a estar contento... la podemos fumar juntos —comentó divertida.

—¿Quién te la regaló? —volví a preguntar con la bolsa levantada.

Cálmate, Harry.

—Mitch. Dijo que la disfrute —comentó frunciendo el ceño sin entender. *Vé a hacer mierda a ese tipo.*

Cuando me quise dar cuenta me encontraba caminando con ira en búsqueda del hijo de puta ese; no me importaron los llamados de Abby detrás de mí.

Divisé a Mitch bebiendo de un vaso a un costado demasiado tranquilo, tanto

que lo tomé por sorpresa en el momento en que lo agarré del cuello y lo estampé contra la pared.

—¿Qu... Qué haces? —dijo quedándose completamente quieto. Su vaso ahora estaba en el piso.

—Hoff, suéltalo —dijo Gal tocando mi hombro, pero mi mirada se encontraba en el idiota frente a mí. *Que no se te escape.*

—Le diste drogas a Abby —susurré entre dientes, para que solo nosotros escucháramos. *Toma los vidrios rotos del piso y clávaselos en el cuello.*

—Harry. —Esa era la voz de Abby. *No la escuches.*

—Se la di para que la fumaran juntos —susurró Mitch aterrorizado.

Lo golpeé contra la pared. *Más fuerte.*

—Mientes —gruñí—. Te dije que no le dieras drogas, te dije que no te le acercaras —susurré molesto.

—¿Y? —dijo empujándome y zafándose de mi agarre—. ¿Acaso hay que seguir siempre las reglas del boxeador? —preguntó desafiándome. *¿Acaso piensas que no lo harás mierda?*

—Sí, idiota. Sigue mis reglas —contesté mirándolo fijamente. Se notaba por los movimientos cortos que, por más que quisiera disimularlo, Mitch estaba realmente asustado.

—¿Y si no las sigo qué pasa? —susurró con la voz algo temblorosa. Y eso fue el colmo. Con intensidad lo agarré nuevamente de la ropa y lo pegué con fuerza a la pared.

—¡Harry! —La voz de Abby volvió a sonar y la música se cortó. Todos miraban la escena. *Muéstrale quién manda.* Sin esperar más mi puño impactó con su mejilla. *Otro.* A gran velocidad volví a hacerlo. ¡**PEQUEÑO DEMONIO!**

ERES UNA MIERDA. Conecté nuevamente mi puño sintiendo la adrenalina, las imágenes saltaron en mi mente con fuerza: los golpes de César, una y otra vez.

Una y otra vez. *Una y otra vez.*

—¡DEMONIO, PARA! —el grito de Dylan me volvió a la realidad. Observé a un Mitch inconsciente ya en el piso, le había pegado demasiado y no me había dado cuenta. Me separé viendo mis manos llenas de sangre. La gente estaba en círculo observando la escena con rostros impactados. Me había perdido nuevamente en los recuerdos. Mi mirada paró en Abby, que me miraba estupefacta; sus ojos estaban llenos de lágrimas. Dylan por su lado corrió junto a Gal hacia donde estaba Mitch inconsciente.

—Vete de aquí, Harry —susurró Dylan cerca de mí.

Mi cabeza dolía como los mil Demonios. La adrenalina todavía corría por mi cuerpo con furia.—. la mierda —susurré saliendo del lugar sin mirar a nadie

más. Estaba acostumbrado a la humillación de la mirada de los demás cuando me veían perder el control, eso no era nuevo. Y el idiota de Mitch se lo había buscado. Sin más entré a mi auto sintiendo mis manos temblar. *Necesitas terminar lo que empezaste con ese hijo de puta.*

—No, vete. No necesito terminar nada. Déjame en paz —susurré.

Respiré intentando relajarme, cuando volví a abrir los ojos mi mirada paró en una rubia al lado de mi auto, me miraba fijo con el rostro nada feliz. Bajé la ventanilla viéndola.

—¿Ya te calmaste? —susurró con molestia. Asentí sin dejar de mirarla.

—Sube —dije suave. Ella dudó—. Sube, bebé. —Mi voz sonó ronca simplemente por el cambio de emociones tan abruptas. Abby respiró hondo como si se llenara de valentía y caminó rodeando el auto para luego subir a mi lado. El silencio fue cómodo, aunque podía sentir lo molesta que estaba. Con lentitud prendí el motor para luego comenzar a andar.

—Me vuelvo con Liz, no vayamos lejos —dijo seca mirando por la ventana.

Eso era una excusa. ¿Me tendría miedo?

—Daré unas vueltas a la manzana —mentí.

Quería que se fuera conmigo, mi mente parecía relajarse a su lado.

—¿Qué fue eso? —preguntó luego de un rato sin mirarme.

—¿Qué cosa? —dije como un idiota.

—Perdiste el control —dijo como si le costara asumirlo.

—No, no lo perdí. Sé lo que hago —contesté con voz relajada—. Mitch me estaba provocando desde hace mucho tiempo... créeme que se lo merecía —hablé con bronca.

—No —me miró—. Tú no dejabas de pegarle, lo pudiste haber matado allí mismo. Solo frenaste cuando Dylan te dijo Demonio —susurró como si estuviese viendo un puto fantasma. Respiré hondo y frené el auto a un costado de la ruta, ya lejos de la fiesta.

—Abby —la llamé para que me mirase. Ella lo hizo, tenía los ojos rojos y la nariz algo colorada. De repente toda excusa se esfumó—. A veces pierdo el control, pero no mataré a nadie. Solamente doy algunos golpes a idiotas que lo merecen, como Mitch. —Con lentitud acaricié su mejilla—. Lo lamento, lo último que quería era que me vieras así —susurré. Ella me gustaba, quería abrazarla, llevarla conmigo a un lugar seguro, lejos de toda la mierda. Pero el hecho de que me hubiera visto perder el control no me relajaba, me inquietaba que pensara que le podría hacer mal.

Ella alargó su brazo acariciando el cabello arriba de mi oreja y me miró fijamente; estaba levemente borracha y eso la hacía no pensar tanto en el tema.

—¿Qué son las reglas del boxeador? —susurró como si fuese un secreto, una

pequeña sonrisa se escapó de mis labios.

—Algo que inventaron —dije encogiéndome de hombros—. Estoy seguro de que lo empezó Mitch —revoleé los ojos.

—¿Qué significa? —preguntó insistiendo.

—Nada, Abby —comenté esquivando el tema mientras acercaba mi rostro al de ella.

—¿Qué significa? —volvió a preguntar ahora dejando de acariciar mi cabello y dejándome deseoso de más. Nuestros rostros estaban cerca, pero ella ahora se encontraba seria.

—Que todos hacen lo que yo digo —contesté mirándola fijamente. Ella me observó por un largo tiempo.

—¿Y es así? ¿Todo el mundo te hace caso? —preguntó mientras pasaba una mano por mi mandíbula haciéndome perder la puta cabeza, con lentitud la alcé sobre mi regazo.

—Me tienen respeto —susurré sin dejar de mirar sus reacciones mientras apoyaba nuevamente mi espalda contra el respaldo del asiento.

—Eso es porque eres un líder —susurró viendo mis labios, una sonrisa se volvió a escapar. No, nena. *Te hacen caso porque tienen miedo.* Nuestras bocas se unieron en un beso lento y húmedo, mi lengua enredó la suya con suavidad, la electricidad corrió por mi cuerpo disparando a cada maldito nervio.

Pasé mis manos y clavé los dedos en sus costillas, quería todo de Abby.

—¿Me tienes miedo? —susurré con cautela. Ella dejó de besarme para luego mirarme.

—No —me miró con los ojos brillosos—, por alguna extraña razón, confío en ti —y eso se sintió amargo y dulce a la vez. Ella volvió a besar mis labios, pero mi mente estaba en... *Gilliber, la chica de la fiesta, Ben...* Abby pasó una mano por mi nuca atrayéndome más a ella mientras metía una mano por debajo de mi camiseta y mi mente volvió al presente. Aquí y ahora.

—Abby —susurré sintiendo cómo la fierecilla succionaba mi cuello con fuerza. Llevé mis manos a su trasero, su vestido estaba arremangado más arriba dejándome libre acceso a su piel desnuda y sus bragas. Mi mente estaba clara, llena de imágenes de nosotros dos, mierda.

Con lentitud comencé a mover su trasero en un vaivén lento y profundo, sintiendo directamente cómo mi entrepierna rozaba la suya. Llevé mis manos a su cabello y lo agarré con fuerza mientras Abby seguía moviendo su cadera, haciendo que mi miembro palpitara con fuerza.

—¿Aquí o en mi departamento? —susurré mordiéndome el labio inferior mientras Abby lamía con lentitud mi mandíbula sin dejar de moverse. Mi cuerpo estaba respondiendo con choques de adrenalina y cosquilleos; mierda que se

sentía bien.

—Aquí y en el departamento —susurró en mi oído y sonreí ampliamente como un idiota. *¿Cuántos vasos tomaste para estar así de suelta, pequeña?*

Mirándola todavía con una sonrisa juguetona llevé mi mano hacia sus bragas y di un tirón, ella gimió.

—Me gustaban esas bragas —susurró viendo la tela en mi mano.

—A mí no —la desafié revoleándolas para cualquier lado, mi voz sonó ronca y profunda; estaba excitado y en lo único en que podía pensar era en Abby completamente desnuda a mi merced.

Sin más bajé levemente mi pantalón junto al boxer liberando mi maldito miembro que sentía que explotaría en cualquier momento. Besé sus labios con fuerza mientras la levantaba para centrar su entrada; luego la bajé con lentitud mientras la penetraba. Debía tener cuidado con Abby, su cuerpo todavía no estaba acostumbrado a asaltos rápidos y no debía olvidar eso. Ella gimió con un pequeño grito que me dejó hecho un lío; mi respiración chocaba con su cuello mientras las embestidas comenzaban a ser más profundas y cómodas. Nuestros cuerpos encajaban perfectamente, tanto como si Abby hubiese sido hecha para mí y yo para ella. Los minutos pasaron largos, estaba perdido en su maldito cuerpo, en sus gemidos, en su aroma. Mordí sus pechos por arriba del vestido sintiéndome un idiota por no haberla desnudado. Su vagina se tensó y escuché un grito de sus labios; carajo, eso hizo que me llevara al límite. Mi cuerpo tembló y sentí cómo eyaculaba con fuerza. Abby apoyó sus labios en mi mejilla, mi cuerpo estaba pesado en el momento en que ella se separó de mí.

—Si así son las reglas del boxeador... no me molestaría seguir las —susurró mientras se acomodaba el vestido, la miré con el placer y el cansancio en mi sangre para luego sonreír.

Ella hacía ver las cosas malas, buenas.

CAPÍTULO 7

—Esas heridas son nuevas. —La terapeuta me investigaba como siempre lo hacía cuando entraba a su consultorio.

—Siempre tengo heridas nuevas —susurré sentándome frente a ella, quien ya comenzaba a anotar cosas . *¿Qué está anotando allí? Róbaselo.*

—¿Qué pasó? —preguntó observándome con las gafas puestas.

—Golpeé a alguien —contesté sin más mirándola.

¿Qué se pensaba? ¿Que me daría vergüenza?

—¿Por qué lo hiciste, Edward? —preguntó sin inmutarse. *Sigue diciéndome Edward y la mataré.* Sonreí de lado para luego inclinarme hacia adelante apoyando mis antebrazos en mis piernas.

—Porque puedo —susurré mirándola fijamente.

—Siempre hay un porqué en las acciones que uno realiza —contestó ella—. Y «porque puedes» no es una de ellas.

—Se metió con algo que le dije que no hiciera —comenté volviéndome a enderezar. La doctora escribió algo en sus hojas.

—¿Una persona? —preguntó, asentí con lentitud. No quería hablar de Abby, nunca quería hablar de ella con nadie. *No me gusta que meta las narices en nuestras cosas—.* ¿Puedes relatarme la situación? —Lo haría solo por Jeff. Bufé.

—Un amigo se acercó a una persona, a la que le había dicho que no se acercara —comenté como quien no quiere la cosa.

—¿Y tus amigos siempre hacen lo que tú dices? —preguntó.

—La mayor parte del tiempo —respondí cruzándome de brazos, ella asintió escribiendo.

—¿Y ella? ¿Ella también hace lo que dices todo el tiempo? —preguntó de repente, la miré fijo. ¿Qué?

—¿De qué habla? —pregunté cauteloso.

—Dijiste que un amigo se acercó a una persona. Doy por hecho que es una mujer por tu... —me señaló vagamente con la lapicera— posición defensiva —dijo—. ¿Ella también sigue tus órdenes? —insistió. *No hables de la fierecilla.*

—No, ella no sigue mis órdenes —susurré con la mandíbula apretada.

—¿Es tu novia? —preguntó. Negué con la cabeza—. ¿Dónde la conociste?

—la miré fijo, esto ya era el colmo. *Vete de aquí, no sabe nada.*

—Pensé que íbamos a hablar de mí, no de otras personas —susurré molesto.

—Hablas poco de ti. Las personas que tienes a tu alrededor pueden hablar

más que las palabras, Edward. —El silencio apareció—. Está bien, cambiemos de tema por el momento —respiró hondo.

—Tengo entendido que peleas —comentó releyendo unas notas—. Cuéntame un poco de ello. ¿Vives de las peleas? —preguntó. Suspiré aburrido.

—Sí, vivo de las peleas —susurré mirando hacia la ventana que daba al patio de la mujer. Estaba seguro de que no tenía familia.

—Cuéntame de tu primera pelea. ¿La recuerdas? —preguntó volviendo a llamar mi atención. Mi mente se revolvió con fuerza en los recuerdos.

—Debía tener trece años, fue con un idiota. Él tenía diecisiete —comenté con lentitud—. Me sacó una gorra que yo había... conseguido —dije utilizando las palabras correctas. Ella asintió leyendo entre líneas—. Y peleamos, nada más.

—¿Cómo pelearon? ¿Quién ganó? —preguntó acomodándose las gafas. *Deja de hablar, ella no entenderá.*

—Yo —susurré—. No lo recuerdo, simplemente él estaba en el piso sangrando —comenté.

—¿Y qué sentiste? —preguntó.

—Poder —contesté casi sin pensarlo—. Me volví adicto a ese sentimiento. Pero no recuerdo la pelea. —Estaba siendo honesto. *DEJA DE HABLAR.* La mujer escribía con rapidez, como si le estuviese contando una maldita historia—. Después de allí... peleaba con cada persona que me daba un puto pie para hacerlo; créame, en Albatros era fácil. Levantabas una mano y ya tenías a alguien creyendo que te podía derribar en un segundo.

—¿Puedes controlarlo? —preguntó—. La violencia que corre por tu cuerpo, ¿puedes controlarla? —Una buena pregunta.

—No siempre, cuando estoy arriba de un ring... a veces simplemente no... —me callé—. No quiero parar. Tampoco me conviene hacerlo... —finalicé mirando hacia otro lado—. Por eso mismo me dicen el Demonio Hoffland —dije divertido.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no tengo compasión por nadie. Cuando alguien acepta una pelea conmigo, está aceptando una pelea con el Demonio —relaté mirándola fijamente.

—¿No perdiste nunca? —dijo mientras mantenía su espalda recta en signo de atención.

—Después de esa pelea... no —finalicé.

—Harry, ¿alguna vez sentiste que perdiste el poder? —preguntó—. ¿Recientemente? —La miré con lentitud para luego fijar mi mirada en mis manos que ahora se encontraban al frente, estaban lastimadas.

—Tengo ataques de pánico —susurré casi sin querer decirlo, no era mi especialidad hablar de mis debilidades frente a otros.

—¿Desde hace cuánto? —preguntó.

—Tuve episodios de pequeño muy seguidos, luego... simplemente a veces —finalicé. Ella asintió.

—Harry, se acerca tu cumpleaños —dijo mi madre mientras se fijaba qué tipo de harina comprar. Observé a lo lejos, en la calle se veían a dos idiotas a punto de empezar una pelea. Así era en Albatros, una pelea continua. «Este lugar despierta lo peor de las personas», la voz de Ben resonó en mi cabeza—. Harry.

—Volví a la realidad mientras mantenía quieto el carrito de compras de mi madre.

—Sí, lo sé —susurré mientras la seguía por las góndolas. Volver al barrio me hacía mierda, odiaba estar aquí.

—¿Lo festejarás como todos los años? —preguntó con lentitud.

—No lo sé, creo que me gustaría hacer algo más tranquilo —contesté y mis pensamientos fueron directos a esa rubiecita que me volvía loco. Tal vez simplemente podía pasarlo junto a ella enredados en una cama, eso sería una buena idea.

—¿Qué ocurre ahí? Estás sonriendo. —De repente me encontré con mi madre de frente. Negué con la cabeza borrando mi sonrisa.

—Nada, recordé algo —dije mientras la hacía caminar para que se apurara.

Mi madre parecía amar el maldito supermercado.

—Recordaste a esa chica que trajiste hace unas semanas, ¿no?

—¿Qué dices, mamá? —comenté revoleando los ojos.

—Conozco esa sonrisita de amor en cualquier lado —dijo divertida. ¿Amor? Lejos de eso—. ¿Aly era? —comentó mientras veía unas latas. Suspiré.

—Abby —corregí.

—Bueno, quien sea que te haga sonreír así es bueno —comentó por arriba para luego darme una sonrisa—. Y si haces algo, no olvides invitar a tu hermano.

Sabes cómo se puso cuando no lo invitaste a tu cumpleaños de diecisiete —dijo mientras seguía caminando. Mi mente viajó a algunos años atrás.

—¿Hoff, adónde vas? —Trevor me agarró justo en la salida.

—Iré a buscar más bebidas —contesté sin más.

—De eso se encargará Morris —dijo mientras me daba un golpe en la espalda—. Hoy es tu día, Demonio. Eres la estrella y la fiesta de hoy... será de lujo —dijo mientras prendía un cigarrillo.

—Está bien, déjame respirar, amigo —hablé frustrado—. Iré a hacer unas cosas. Volveré por la noche —hablé molesto mientras caminaba evitando las botellas de alcohol vacías o los almohadones destrozados por las navajas

nuevas.

—Ey —un Chad que entraba me saludó.

Me subí la capucha negra y salí corriendo, todavía no era muy tarde.

Caminé las calles con decisión, conocía perfectamente el camino. Observé por décima vez que nadie me siguiera hasta ya estar frente a la casa blanca, había llegado muchas veces hasta allí. Un tipo rubio de mi edad se asomó con una bolsa de basura.

—¿Te perdiste? —preguntó viéndome a lo lejos. No contesté, metí la mano en mi buzo y saqué lo que había venido a dejar, pero parecía clavarse en mi palma—. Oye, amigo, a ver si me das una mano ya que estás ahí duro como pan viejo —comentó. Mis piernas reaccionaron antes y caminé hacia él guardando nuevamente lo que tenía. Con rapidez lo ayudé a dejar la bolsa negra extrañamente pesada en el cesto público—. Siempre me ponen a hacer los mismos quehaceres —dijo molesto mientras observaba el día—. Todavía tengo que recortar el pasto —agregó para luego observarme—. Por lo menos me pagan algo...

—¿No vivían unos viejos aquí? —pregunté, mi voz sonó demasiado baja. Él asintió.

—Sí, mis abuelos. Mi abuelo está internado, problemas en una arteria... pero si quieres verla, mi abuela está en el jardín —comentó señalando el lugar.

—No, no —dije con rapidez.

—¿Te conozco? ¿Tú no eres Hoffland? ¿Harry Hoffland? —preguntó achinando los ojos, asentí y su rostro se transformó—. Oye, amigo, no quiero... no quiero problemas —dijo dando unos pasos hacia atrás acercándose más a su casa—. En serio, me dijeron que no había problema con que pintara esas paredes —dijo rápidamente.

¿De qué mierda hablaba?

—Me importa una mierda las paredes que hayas pintado —dije como si fuese un imbécil. Este tipo realmente lo era.

—Uf, qué bien, ¿sabes? Vivo algunas temporadas aquí y siempre cambian las reglas de las cosas. Aunque creo que fui al colegio contigo... o tal vez un año, luego tú desapareciste o algo así... —se calló de repente.

—Oye, ya cállate la boca, ¿sí? Con esa bocota irás al puto infierno —dije duro, pero era real—. Aprende a callarte —susurré y saqué con rapidez el collar de bolsillo.

—¿Puedes darle esto a tu abuela? Dile que lo encontraste en el piso —comenté mirando hacia mis costados.

—¿Mi abuela? Esto no es de mi abuela, ella vendió todo para comprar esta casa —comentó con rapidez mirándome, bufé. No tenía mucho tiempo si no

quería que los demás se enteraran.

—Era de la madre de tu abuela —contesté sin más—. Deja de hacer malditas preguntas y dáselo —dije y él agarró el collar.

—Claro —contestó, me di media vuelta directo para retirarme.

—Si quieres algún día podemos ir a tirar piedras al tren. —Escuché su voz a lo lejos. ¿Piedras al tren? ¿Qué clase de diversión era esa?

No, no lo hagas. No te des vuelta.

—Hoy harán una fiesta por mi cumpleaños —comenté dándome vuelta, él también lo hizo—. Es en la vieja casa cerca de la laguna —dije con lentitud.

—No creo que me dejen entrar... la última vez que me acerqué a tan solo cuerdas de allí me golpearon y me sacaron la bicicleta —dijo con molestia.

Claramente ese había sido uno de los nuestros, rasqué mi nuca.

—Ven y buscamos tu bicicleta. Seguro está en el garaje —comenté algo incómodo—. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Dylan —dijo. Asentí y me di vuelta para volver a mi lugar.

—Hola —susurré agarrándola de la cintura, ella puso sus brazos en mi cuello soltando el escobillón. Jeff se había ido afuera a terminar de hablar con uno de los sponsors y no había nadie prestando atención alrededor.

—Acá no —susurró divertida en mi oído haciendo que mi cuerpo sintiera esa sensación cuando me encontraba a su lado.

—No puedo verte todo el tiempo y no poder acercarme a ti —susurré arriba de sus labios para luego mirar hacia la puerta. Todavía teníamos tiempo—. Ven —susurré agarrándola de la mano. Con rapidez caminé hacia una de las puertas.

La luz dentro del lugar estaba apagada, solo se podía ver por la luz que pasaba a través de la cortina.

—¿Qué haces? —dijo divertida—. ¡Estás loco! —Abby comenzó a reírse.

Me saqué los guantes y los tiré en el piso de la oficina de Jeff.

—Hago lo que quiero —susurré atrapéandola nuevamente y llevándola al escritorio de mi entrenador.

—Harry —dijo todavía entre risas. Su risa era exquisita y más su risa nerviosa. En un movimiento tiramos algunas cosas al piso.

—Mierda —susurré mientras nos agachábamos a agarrar las carpetas.

—Casi nunca entro aquí, tendría que hacerlo más seguido. Está lleno de polvo —dijo observando el lugar. Terminamos de acomodar las cosas tiradas, pero mi mirada fue a parar a una pequeña foto a lo lejos olvidada en el piso—. No sigas husmeando, se dará cuenta —susurró haciéndome sonreír; sin más levanté la foto.

Una rubia sonreía a la cámara con un fondo blanco, parecía tener un traje de policía y un gran parecido con Abby. Sostuve la foto en mi mano para luego

gírala y mostrársela a Abby, quien todavía estaba al lado del escritorio.

—Mi madre —susurró para luego mirarme.

—Era hermosa —dije volviendo a ver la foto—. Casi como tú —dije mirando a mi fierecilla. Ella sonrió algo cohibida, me acerqué a Abby y guardé la foto en el bolsillo de mis shorts deportivos sin que ella se diera cuenta. Necesitaba investigar luego, algo no me cerraba.

—Nos va a descubrir —susurró con los ojos cerrados mientras besaba su cuello.

—Eso podría ser divertido —susurré roncamente contra su piel. Respiré hondo. El aroma a vainilla llegó hasta lo más profundo, casi como un sedante.

Ella era mi maldito sedante. Estrujé su falda entre mis manos, necesitaba deshacerme de su ropa con urgencia. Pero tenía razón... En la oficina de Jeff era muy arriesgado. *¿Desde cuándo te interesa si es arriesgado o no? Imbécil.* Sus manos frías fueron por dentro de mi camiseta y tocaron la parte baja de mi espalda.

—Tienes las manos frías —susurré perdido mientras jugueteaba con el lóbulo de su oreja para luego dar un beso detrás de esta. Abby suspiró.

—Caliéntalas —dijo con una pequeña sonrisa, reí. *Oh, fierecilla cómo me excitas.* La observé mientras todavía tenía los ojos cerrados, con lentitud pasé un dedo por su muslo sin perder su reacción. Llegué a sus bragas con lentitud y la toqué sin despegar mis ojos de su rostro—. Es peligroso estar aquí —susurró besando con lentitud mi mentón. Sonreí mientras metía mi mano por dentro de sus bragas, Abby se aferró a mis bíceps.

—Nos echaremos uno rápido —susurré dándola vuelta y dejándola acorralada contra el escritorio—. Inclínate hacia adelante. —Abby siguió mis órdenes. Eso también me gustaba de ella, podía ser atrevida y sumisa.

No teníamos mucho tiempo, esto sería rápido y fuerte.

—Te ves bien —me dijo mientras se encendía un cigarrillo.

—Gracias —contesté bebiendo de mi cerveza. Trix me siguió observando, mientras me dedicaba a ver a la gente que pasaba a nuestro alrededor. Maldecía a Dylan por haberme arrastrado a esta mierda de fiesta, prefería estar con mi rubia.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó luego de un rato.

—Bien —respondí largando el humo del porro.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo luego de un rato. La observé; bajé mi mirada a su escote, que me recordó nuestras noches juntos. Trix me había enseñado lo que era el sexo, el estar conectado...

—Créeme que yo tampoco lo esperaba —comenté ácidamente tirando lo que quedaba del cigarrillo.

—¿Dónde está tu noviecita? —preguntó de repente y me hizo volver al

pasado cuando ella se ponía celosa por cualquier idiotez. Pasé una mano por mi cabeza bebiendo ahora de un vaso de cerveza que había dejado olvidado.

—En ningún lugar que te importe —susurré apretando la mandíbula, ella levantó una ceja. Su cabello negro caía casi como una invitación a perder mi rostro en él.

—¿Deja salir solo al gran Hoffland? Claramente no te conoce lo suficiente —comentó dando un paso más cerca.—. tal vez me conoce lo suficiente como para dejarme hacer lo que se me cante la mierda —dije mirándola fijamente. *Vuelve adentro, solo está buscando sacarte la poca paciencia que te queda.* Puso una mano en mi pecho y me tensé.

—Te extraño, Hoff —susurró ahora poniendo el tono de voz que tanto había podido conmigo.

—No estoy interesado —dije desprendiéndome de su agarre—. Ve a buscar otra presa, Trix. Ya perdiste mi atención —hablé dando un paso hacia atrás y volviendo adentro de la fiesta. *Esto es aburrido.* Sí, lo es.

Observé a lo lejos a Dylan que bebía solo en uno de los sillones, me acerqué a él para luego sentarme pesadamente a su lado.

—¿Por qué la cara de culo? —preguntó; suspiré robándole la botella de whisky de su mano.

—Trix está aquí —susurré agotado.

La semana había sido una mierda, Dean no paraba de pisarme los talones y Abby se encontraba encerrada en su cuarto. Al parecer una mujer parecida a su madre andaba dando vueltas y eso la estaba haciendo mierda y yo... aquí.

Sintiéndome un inútil.

—Mierda —susurró—. Lo lamento, Harry. No sabía —comentó realmente apenado—. Debe conocer a alguno. —Le di un largo trago al whisky. Había tomado toda la maldita noche y todo lo que quería era ir con mi rubia... pero no podía vivir pegado a ella. ¿Cuándo me convertí en un idiota sin destino? *Siempre fuiste un idiota sin destino.*

—Creo que me iré —susurré dándole otro trago.

—¡Chicos! —Fred gritó divertido al acercarse con una Liz tambaleante.

—Fred —contestó Dylan con una sonrisa. Los tres empezaron a hablar, por mi lado seguí bebiendo de la botella. Mi humor era una mierda y todo lo que quería hacer era largarme. Mi mente estaba en la morena que ahora hablaba con otro hombre. Trix siempre había tenido la habilidad de entablar relaciones con cualquier idiota y de repente me encontré con que eso me seguía molestando.

—No pareces muy festivo. —Una voz femenina me hizo levantar la cabeza.

Liz me miraba con una sonrisa y una botella de cola en la mano.

—Estoy muy festivo, colorada —dije ácido sin quitarle los ojos a Trix, bebí

del whisky con rapidez.

—¿Quieres? —preguntó tendiéndome la botella luego de sentarse a mi lado.

Dylan a su lado seguía hablando con Fred. No contesté, simplemente me hundí aún más en el sillón. *Sintiéndote putamente desgraciado. Fíjate. Tu chica de tantos años está frente a ti refregándose con un imbécil*—. ¿Estás seguro de que no quier...? —Liz rio a mi lado, luego sentí un líquido correr por mi pantalón.

Rápidamente observé cómo parte de la botella había caído directamente en mi entrepierna.

—Mierda —dije parándome con brusquedad. Genial, tan solo genial.

Observé mis pantalones con una gran mancha.

—Lo lamento —Liz se paró algo tambaleante. Gruñí molesto.

—Creo que es mejor que dejes de tomar, Liz —dijo Fred entrando en la escena. Sin más observé el lugar donde antes estaba Trix, ella ahora no se encontraba allí. Con molestia caminé entre la gente, el baño estaba atestado de personas, observé las escaleras que iban hacia un segundo piso. Con rapidez caminé en búsqueda de un segundo baño. Bingo. Entré para luego agarrar una toalla de mano y comenzar a secar mis pantalones. Estaba decidido, me las iba a tomar de allí. Tal vez Abby todavía se encontraba despierta y podría dormir con ella... sí, eso sonaba bien.

Me gustaba cómo me abrazaba cuando dormíamos juntos.

—Realmente lo lamento, Harry. —Una Liz todavía con la botella apareció en el baño—. Déjame ayudarte. —Arrebató la toalla de mis manos para luego comenzar a pasarla por la mancha a la altura de mi entrepierna.

—Está bien, no te preocupes —le dije en un intento de agarrar la toalla, pero ella rio moviendo la mano lejos de mi agarre. Con su mano derecha volvió a la mancha y golpeó así mi entrepierna. Un dolor se propagó por todo mi cuerpo electrificándome.

—¡Carajo, mis bolas! —dije con voz estrangulada mientras me tiraba hacia adelante intentando aplacar el dolor.

—Quise ayud... —habló rápidamente y le arrebaté la toalla.

—Vete por favor, ya ayudaste demasiado —dije mirándola fijamente e intentando no pensar en el golpe que todavía dolía.

—Harry, yo...—me dijo mirándome fijamente. Sus labios golpearon los míos de forma precipitada y casi desesperada. Moví mi boca sobre la de ella respondiendo de manera rápida; ella se pegó por completo a mi cuerpo aferrándose con fuerza. Su beso era demasiado húmedo, rápido, simplemente no... no era Abby. Sepárate, idiota. ¿Qué haces? Como un rayo me separé de ella sacándola de mi camino.

—¿Qué carajo? —susurré tocando mis labios. Eso no me había gustado absolutamente nada. Ella me miró con ojos grandes y todavía algo quedada.

—Podemos no decirle a nadie... yo realmente... —se acercó nuevamente, pero la esquivé.

—Suficiente —dije al límite, casi como si viera un fantasma salí pitando de ahí con algo que no podía sacar de mi mente... Abby.

—¿Entonces lo golpeaste? —preguntó la doctora. Asentí dando una pitada a mi cigarrillo. Habíamos llegado a un acuerdo hacía unos días, si yo hablaba podría fumar. Aunque me importaba una mierda fumar, algo en mí se sentía bien contando algunas cosas aquí—. Edward, estamos avanzando mucho —dijo cuando terminó de hacer su anotación.

—¿Terminamos por hoy entonces? —dije a punto de pararme, ella negó con la cabeza.

—No, me gustaría poder hablar un poco más contigo. ¿Tienes problema en quedarte un rato más? —preguntó. Volví a acomodarme en el asiento. Sí, tenía que hacer cosas. Pero por alguna extraña razón simplemente me quedé sentado allí.

—Dispare —respondí. Ella asintió.

—¿Por qué no me cuentas un poco de tu infancia? —comenzó. Bufé levemente molesto.

—Ya hemos hablado de eso, por qué siempre intenta volver al mismo punto... —Revoleé los ojos dando la última pitada.

—Entonces déjame reformular la pregunta. ¿Por qué no me cuentas un poco más de tu infancia? —volvió a preguntar sin inmutarse. Debo decirlo... esta vieja era bastante cabeza dura.

—Qué quiere saber. —Me incliné hacia adelante apoyando mis antebrazos en mis piernas.

—Sé que estás acostumbrado a que el otro dé el primer paso para poder analizar luego lo que harás, pero sabes perfectamente que aquí no funciona así.

Cuéntame de cuando tenías siete años. Tengo un parte policial aquí... que informa que has desaparecido por algunos años. ¿Qué sucedió? —preguntó.

Mi estómago se revolvió, me acomodé nuevamente en el lugar. La imagen de César apareció en mi mente.

—No sé. No tengo buena memoria —dije rápidamente. *Deja de escucharla, salgamos de aquí.* Abrí nuevamente la caja de cigarrillos y saqué uno bajo la mirada de la vieja—. ¿Qué más quiere que le diga? —Mi tono sonó duro, di una pitada para luego largar el humo.

Los recuerdos invadieron mi mente e intenté con todas mis fuerzas mantenerme tranquilo.

—Puedo ayudarte, Edward. Tan solo déjame entrar —dijo con lentitud, la miré fijo. *Vámonos, no quiero seguir aquí.*

—No necesito ayuda. ¿Qué no entiende? —apreté la mandíbula con molestia.

Ella había cagado una gran sesión. *Ella y sus preguntas de mierda.*

—Hablar puede ayudar con los ataques de pánico, Harry —dijo luego de unos minutos.

—¿No era Edward? —pregunté ácidamente mirando hacia otro lado.

—No, Edward no lo vivió. Harry lo hizo —susurró. La miré ahora fijo.

¿De qué carajo hablaba?

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Harry, cuéntame —dijo con lentitud. No soportaría esto, las imágenes corrieron por mi cabeza. Mi respiración comenzó a hacerse cada vez más corta; mierda, no podía respirar. Me levanté con envidia, la doctora me observó.

Caminé con rapidez hacia la puerta sintiendo cómo mi pecho dolía con fuerza y el aire no era suficiente. *¡Eres un hijo de puta! ¿Ves lo que haces?*

—Harry, hay una parte de tu cuerpo que quiere hablar. —La voz de la mujer ahora sonó a unos cuantos pasos. Mis manos temblaron y mi respiración se volvió superficial. Pegué mi frente a la pared al lado de la puerta de salida—. Sé que es difícil. Pero para mejorarte tienes que hablar con alguien. Sacarlo de ti. — En el lugar solo se escuchaba mi respiración. La doctora había dejado su anotador de lado y ahora me observaba fijamente—. Si te vas ahora, no volverás —susurró. *No hables.* Mi mente estaba agotada, la respiración no se calmaba.

Me separé de la pared con dificultad para luego volver a sentarme en la silla frente a ella. La doctora con lentitud caminó hacia su silla y tomó su anotador.

—Te escucho —dijo.

Mi puño golpeó la mandíbula del idiota frente a mí, ya estaba acabado. Di un *uppercut* en sus costillas con envidia, ese fue el final para que se doblara hacia adelante; con rapidez di una patada en su pecho y lo tiré hacia atrás. El tipo cayó desplomado sin fuerzas, la gente gritaba y aplaudía.

—Nuestro ganador invicto: ¡el Demonio Hoffland! —gritó el presentador levantando mi brazo. Observé a los hombres gritando «Demonio» con locura.

Mira, nos aman. Todo en mi cabeza giraba sin control, observé a un costado a mi competidor bañado en sangre.

Entré a mi casa con los músculos adoloridos; las luces estaban apagadas.

Dejé a un lado el bolso deportivo y caminé con lentitud; apagué la televisión que se encontraba encendida y seguí hacia mi habitación. Observé a la pequeña mujercita que dormía en la mitad de mi cama con tranquilidad, su cabello rubio como el fuego estaba esparcido en la almohada. Sonreí como un idiota, sintiendo

la tranquilidad de encontrarla allí; era casi como si hubiese esperado todo el día para volver. Sin despertarla caminé hacia el baño, luego de unos minutos ya me encontraba bañándome; me saqué de encima la sangre, las heridas, el sudor, toda la mierda de las peleas.

Dejé colgando mi cabeza mientras el agua caía con tranquilidad, las imágenes del pasado rondaban mi mente. Luego de un tiempo sequé mi cuerpo y me puse un boxer, para luego ver a una Abby todavía dormida, que sacaba una pierna desnuda entre las sábanas.

Pasé una toalla por mi cabello mojado para luego meterme en la cama con lentitud. Abby se removió con tranquilidad, me moví con cuidado para no despertarla. Un sonido quebró el silencio de la habitación. Mierda, mi celular.

Con rapidez me estiré hacia la mesa de luz para apagarlo. Llamada de Dean.
¿Qué mierda hacía llamándome a estas horas?

—Mmm... ¿Harry? —Una Abby algo adormilada me miraba ahora con ojos levemente abiertos. Apagué el celular para luego dejarlo y mirar a mi chica.

—Hola, cariño —susurré acercándome a ella. Abby se acostó contra mí haciéndome sentir nuevamente ese aroma adictivo.

—¿De dónde vienes? —preguntó todavía algo adormilada, besé su cuello.

—De ver a Dylan —mentí mientras acariciaba su espalda. El calor de su cuerpo me reconfortaba; movió una pierna dejándola arriba de mi cuerpo. Con lentitud acaricié sus muslos.

—Mmm, seguro estuviste con alguien —dijo todavía con los ojos cerrados.

Sonreí ampliamente. Era adorable hasta cuando estaba celosa.

—¿Sigues enojada? —susurré cerca de su oído. Abby se había enterado de lo de Liz y no me lo había hecho nada fácil. Habíamos estado peleados por largos días y recién ahora me perdonaba—. No te vuelvas a dormir... —susurré divertido con mis labios pegados en su cuello—. ¿Sigues enojada? —insistí jugueteando mientras mordía levemente su mandíbula, ella sonrió.

—No —contestó pegándose más a mi cuerpo y acomodando su rostro cerca de mi hombro todavía con ojos cerrados.

—¿Entonces me das un beso? —susurré con la punta de mi nariz en su mejilla.

—No —contestó y una sonrisa lenta apareció por sus labios.

Fierecilla traviesa.

—¿Por qué no? —seguí el juego mientras metía una de mis manos por dentro de sus bragas y acariciaba su trasero.

—Porque intento dormir, Hoffland —dijo prácticamente acomodándose arriba de mí mientras seguía con el rostro perdido en mi cuello.

—¿Y es necesario que lo hagas arriba mío? —pregunté divertido mientras la

abrazaba para que no se cayera de costado.

—Sí, porque eres cómodo —susurró.

—Vamos... Un solo beso —le dije manteniendo un tono bajo mientras seguía acariciándola. Ella sonrió levantando su rostro y viéndome ahora arriba de mí.

—No te daré nada porque... —me miró fijamente— porque te daré un beso y una cosa lleva a la otra. Mañana tengo instituto y no puedo dormirme tarde —dijo divertida dando un beso en mi mentón.

—Así que no me quieres dar un beso porque piensas que no te puedes contener —dije cerca de su rostro—. Hagamos la prueba —susurré—. Prometo no hacer nada, solo dame un beso corto y me quedaré quieto. —Sonreí viendo cómo ella me observaba como una niña que es desafiada. Asintió acercando sus labios a los míos, apoyó sus labios y se despegó rápidamente—. ¿Ves? —hablé con ambas manos acariciando su trasero con tranquilidad. Ella observó mis labios para luego acercarse con una sonrisa y hacer la misma acción una vez más—. Tal vez esta vez puedas usar un poco de lengua. Ya sabes... para ver si te puedes contener —la tenté. Ella sonrió acercándose nuevamente, su lengua buscó la mía con tranquilidad, una sensación increíble viajó por mi cuerpo. Se separó de mi rostro nuevamente—. ¿Ves que eres dramática? —susurré, pero ahora estábamos serios. Me encontraba demasiado concentrado en mirar sus labios como para poder seguir el juego, quería besarla. Mierda. Abby impactó sus labios nuevamente con los míos, esta vez sedientos, devoradores; con impulso la di vuelta dejándola debajo de mi cuerpo, ella clavó sus uñas en mi espalda. —Veo que estás despierta ahora —susurré entre besos—. Bebé, si quieres dormir vamos a tener que parar con esto —dije apoyando mis brazos a cada lado de su cuerpo. Ella estaba jadeante, sus labios hinchados y sus ojos brillosos. ¿Cómo era que nos excitábamos tan rápido por el otro?

—No te hagas el desentendido —susurró pasando una mano por mi nuca para que volviera a besarla—. Sabes muy bien lo que haces... —habló. Entrelacé nuestras lenguas en un beso adictivo y malditamente caliente. Mis músculos dolían por la pelea.

—¿Qué hago? —pregunté separándome de ella nuevamente, sonreí de lado—. Dime qué hago... —La observé, me gustaba ver su deseo mezclado con su frustración. Ella mordió su labio inferior para luego intentar empujarme. Me dejé caer a su lado y con una sonrisita terminó nuevamente arriba mío con las piernas a cada lado.

—Déjate de juegos, Hoffland. Mañana me levanto temprano, ¿recuerdas? —susurró divertida sobre mis labios.

Fierrecilla, eres sumamente atractiva.

—Entonces te ayudaré con esto, rubia —gruñí dándola vuelta nuevamente y dejándola debajo de mi cuerpo—. Bájate las bragas —susurré en su oído para luego besarla con fuerza. Abby lo hizo con rapidez; sin más bajé unos centímetros mi boxer para embestirla con fuerza, comencé los movimientos profundos y lentos. Abby se sentía muy bien, era increíble cómo nuestros cuerpos encajaban. La observé perderse con los ojos cerrados ante el ritmo. Ni mierda, ella no iba a llegar a dormir.

Me moví entre la gente bailando con lentitud, Tyler a mi lado seguía el paso de la canción con la cabeza. El porro nos había pegado perfectamente a esta hora, observé a lo lejos a un hombre que peleaba con una chica, la empujó para luego irse por la puerta principal. Los flashes vinieron a mi cabeza. Caminé con rapidez moviéndome entre la gente. En la calle el hombre caminaba sin rumbo con su gorra roja con una cruz negra al frente, parecía borracho. Lo seguí.

—Oye —grité cuando estuvimos lejos de la fiesta. El tipo se dio vuelta perdido.

—¿Qué quieres? —preguntó frunciendo el ceño.

—Tú estuviste en la fiesta de la calle Apolo. Hace dos años —dije lentamente, él frunció el ceño.

—Qué importa eso —habló molesto.

—Una chica murió esa noche —proseguí.

—Sí —dijo intentando sacar un paquete de cigarrillos de su bolsillo—. Créeme, esa puta se lo merecía —susurró.

—No, ella no se lo merecía —hablé sacando el arma de mi cinturilla y apuntándolo. Él me observó.

—¿Eras uno de sus noviecitos? —preguntó con asco mientras levantaba las manos con torpeza, negué con la cabeza.

—No, simplemente una persona que estuvo en el momento justo. ¿Cómo se llamaba? —pregunté lentamente.

—No lo recuerdo... Tal vez Natalie —dijo algo perdido.

—Bien, esto va por Natalie —apreté el gatillo apuntando a su pierna, el disparo sonó fuerte como una explosión en la mitad de la calle vacía. El hombre dio un grito para luego caer al piso con el rostro lleno de dolor.

El tipo se aproximó a mí con todas las ganas de machacarme el rostro. Un paso más y lo molem a golpes.

—Alto —Dean lo frenó. Sus guardias me miraron con odio.

—¿Qué dijiste? —preguntó mi jefe mientras mezclaba cartas de póker.

—No lo haré —dije duro.

—¿Que no lo harás? —insistió achinando los ojos. *Esto se va a poner feo.*

—Dean, yo llegué aquí para que me organices las peleas, no mis malditas

relaciones —hablé mirándolo fijamente—. No estaré con Marion —susurré.

Dean me miró serio para luego comenzar a reír de forma estruendosa; en el momento que los dos gorilas en el pequeño cuarto lo imitaron supe que esto no iba a terminar bien.

—Demonio... —comenzó parándose—, Hoffland —corrigió caminando hacia mí con lentitud—. Pensé que había sido claro... —habló pausadamente para luego frenarse frente a mí—. Esto no es una petición, es una exigencia.

—Me importa una mierda lo que sea. Peleo para ti y golpeo a unos cuantos más que no pagan tus cuentas. Pero es suficiente, mi vida privada es mía —hablé molesto. *Esto realmente no terminará bien, Harry.*

—No, es que no entiendes. Tu vida privada no es mía —comentó sonriendo con acidez—, nunca pretendí eso. —Mis hombros no se relajaron. Dean se puso serio—. Tu vida es mía —corrigió nuevamente—. Tú querías llegar a una división, bien, te faltan muy pocas peleas para llegar. ¿Quién crees que te ayudó a subir tan rápido? —preguntó poniendo las manos en los bolsillos—. Ahora que ya lo tienes todo, no me abandonarás, niño idiota —susurró—. Estarás con mi hija, pasarán buenos momentos. ¿Por qué? Porque me perteneces y Marion te quiere como llavero —finalizó.

—Me importa una mierda lo que quiere. Yo tengo una relación —dije y supe lo tonto que eso había sonado. Dean volvió a reír. *Maldito Demonio, eres un idiota. ¿Te das cuenta?*

—Será mejor que te deshagas de esa relación rápido. Porque Abby es alguien fácil de encontrar —susurró. *¡HIJO DE PUTA!* Con rapidez me tiré hacia él, pero uno de sus guardias se interpuso antes agarrándome con fuerza las muñecas. Di una patada hacia el hijo de puta haciendo que se hiciera a un lado .

Yo me encargo.

—¡No te metas con Abby! —grité iracundo. Lo mataría, lo mataría por completo si se acercaba a mi rubia—. ¡Que no se te ocurra, Dean! —dije intentando calmarme. Le sacaría la mierda a este hijo de puta.

—Haz lo que te digo, Harry —habló—. No me gustaría meterme con ella —comentó mirándome a la distancia para luego hacerle una seña a sus monos. Sin más un golpe impactó directo en mi rostro dejándome completamente inconsciente.

Bob me revisó con lentitud el torso desnudo. Jeff, a su lado, destilaba ira.

Como todos los lunes, era la revisión corporal para ver si tenía nuevos moretones. En este caso estaba lleno, gracias a los idiotas que trabajaban con Dean. Bob, con los anteojos deslizados por el puente de la nariz, ahora revisaba el hematoma en mi pómulo.

—No es nada, en serio —dije molesto de no estar entrenando. Esto era el

colmo.

—Creo que es obvio... —habló Bob mirando ahora a Jeff. Suspiré molesto.

—Vete —dijo Jeff duro. ¿Eh?

—Vamos, Jeff. Son unos cuantos moretones, se acerca el campeonato. No quiero perder un día de entrenamiento —hablé parándome de la silla—. Estos moretones no fueron mi culpa, ¿sí? Hace semanas que no me ves ni un puto hematoma, dame algo de crédito. —Mi voz sonó demandante.

—¿Un día? —preguntó mirándome—. No entrenarás en toda la semana, Harry. No hasta que estés en estado —respiró hondo—. Esto es para que veas que tomo en serio mi palabra. Esta vez soy piadoso, la segunda... estás fuera de aquí —finalizó.

—Tu rostro se ve mejor. —La doctora frente a mí me miró seria—. ¿Quieres contarme qué pasó? —comenzó.

—No —contesté seco. Cuanta menos gente sepa mejor.

—Estuve evaluando lo que trabajamos en la última sesión —dijo luego de unos minutos—. Y tengo una pregunta. ¿Volviste a verlo... a ese hombre? —preguntó.

—César —dije—. No, no lo volví a ver. Varios rumores decían que le pegaron un tiro —hablé molesto. *¡Hijo de puta! ¡Eres un hijo de puta, pequeño Demonio!* —. Cállate —susurré cerrando los ojos.

—Edward —me llamó—. Quédate aquí conmigo —volvió a decir, abrí los ojos viéndola nuevamente—. Entonces, ¿perdiste por completo el contacto con él? Por lo menos hasta cuando te fuiste de Albatros —insistió. Las voces se hicieron cada vez más fuertes en mi cabeza impidiendo que pensara con claridad—. Bueno. ¿Por qué no hablamos mejor de tu hermano mayor? —preguntó viendo sus anotaciones—. Ben —dijo y la observé. Todo se veía borroso, no podía enfocar la imagen.

—Ya hablamos de Ben —susurré molesto.

—Harry, hablamos de muchos temas. Pero hay que seguir trabajándolos. —Su voz sonaba lejana—. Hablemos entonces de... Abby. —Su voz sonó distorsionada en mi cabeza. Abby, Abby, Abby.

—¿Quién? —pregunté abriendo los ojos.

—Que hablemos entonces de la chica... —comentó.

—Nunca dije su nombre —susurré mirándola.

—Harry. No dije ningún nombre... —hablé seria mirándome para luego fruncir el ceño—. ¿Estás bien? —preguntó.

—¡Miente! —grité parándome—. ¡Es una mentirosa! —La ira corrió por mi cuerpo.

—Harry, debes calmarte —habló dejando el anotador de lado.

—No se meta con ella —susurré con la mandíbula apretada, ella se puso de pie.

—No le ocurrirá nada, Harry —habló con voz suave para luego sacarse las gafas—. ¿Alguien te está amenazando? —preguntó. La miré fijo todavía sin poder relajarme—. Nadie se meterá con ella —susurró—. ¿A qué le temes? —preguntó luego de unos minutos—. hacerle mal —susurré mirando hacia otro lado—. No quiero hacerle mal —dije cayendo nuevamente a mi asiento.

—¿Por qué piensas que puedes hacerle mal? —preguntó acercando su silla a mí y sentándose enfrente. Sin anotador, me miró.

—Porque a veces... no soy yo —susurré dejando caer mi cabeza en mis manos—. Simplemente no soy yo. Soy un Demonio. ¿Qué clase de compañero puedo ser para ella? —dije sintiéndome impotente—. Todo lo que sé es golpear, robar, drogarme, mentir y matar —susurré acomodándome en el asiento—. No quiero arrastrarla, no quiero que ella... —Las palabras se perdieron en mi mente.

—Se convierta en ti... —susurró mirándome con pena—. Harry... no le pasará lo mismo —habló.

—Abby es hermosa —dije mirando a cualquier lugar en el piso—. Tiene una picardía e inocencia que revuelve mi cabeza —relaté—. Ella me hace sentir normal, como si nunca hubiese pasado nada. Como si lo del secuestro, los asesinatos, los golpes, los errores no hubiesen existido, eso siento cuando estoy con ella. Una paz... que nunca tuve —finalicé completamente ido.

—¿Ella sabe esto? —preguntó—. ¿Sabe por todo lo que pasaste?

—Solo le conté lo necesario —dije mirando mis nudillos lastimados.

—Está bien —dijo con voz suave—. ¿Quieres que sigamos o terminar la sesión aquí? —preguntó. *Vámonos.*

—Le contaré todo —susurré viéndola—. Pregunte y yo contestaré —finalicé. Ella negó con la cabeza. *Cállate.*

—No —dijo—. Primero se lo contarás a alguien que quieras, que sientas que debe saberlo —habló—. La semana que viene... quiero volverte a ver y hablaremos de esa experiencia —dijo con lentitud.

—¿De qué sirve? —pregunté frunciendo el ceño—. Durante estos meses todo lo que quiso era saber, ahora se lo diré todo.

—No, Harry. No funciona así. Es mejor que primero tomes la decisión de contarle. No por obligación, sino con la necesidad de sacarlo de aquí —dijo llevando su mano a su pecho—. Porque esto... es lo que no te permite respirar.

—Nadie tiene derecho a saber estas cosas si no quiere saberlo —hablé disgustado.

—¿Si Abby hubiese vivido algo traumático en su vida... no querrías saberlo? Para acompañarla, entenderla. No te sientas avergonzado por lo que viviste —

dijo con lentitud—. Y en este caso, la frase sería... nadie tenía derecho a hacerle eso a un niño. —El silencio quedó entre nosotros y las voces en mi mente parecían no callar. Me paré para retirarme—. Feliz cumpleaños, Harry —dijo.

CAPÍTULO 8

Mi celular vibró en la oscuridad, observé la pantalla iluminarse arriba de mi mesita de luz. Con lentitud corrí a una Abby que dormía con su cabeza apoyada en mi pecho. Salí de la cama viendo la llamada entrante.

—Dylan —dije caminando hacia la terraza sin olvidarme de agarrar un paquete de cigarrillos antes.

—Hoff —dijo del otro lado.—. qué debo esta llamada a mitad de la noche —dije mientras encendía un cigarrillo. Escuché su risa.

—Me quedé preocupado con lo de ayer —comentó; sonreí.

—No es la primera vez que me ves en ese estado, Dyl —hablé con lentitud.

La noche pasada habíamos festejado mi cumpleaños y nada había salido como lo planeado. Abby se había encargado de irse con su maldito amigo a cenar ya que no sabía que era mi cumpleaños, por ende, mi fiesta había sido una mierda.

—¿Cómo estás? —preguntó. ¿Por qué mierda me llamaba a esta hora?

—Me puedes explicar qué mierda te pasa que me llamas a las cuatro de la mañana para preguntarme cómo estoy... —comenté divertido. Era malditamente raro.

—No lo sé, estoy preocupado, Hoff... —susurró.

—La rubia se encargó de compensar lo de ayer —dije con una sonrisa—. Tienes que haberla visto. —Di una pitada.

—Harry, cuidado con Abby... —suspiró desde el otro lado. Observé por un largo rato los edificios con las luces apagadas y la luna llena.

—Terminaré con ella —susurré.

—¿Qué? Pero hace minutos me dijiste... —comentó.

—Sé lo que dije —hablé apretando mi mandíbula—. Ella me gusta, me vuelve loco, ni siquiera sé si soy lo suficientemente fuerte para hacer esa mierda —susurré—. Pero no... no soy suficiente... para ella —dije.

—Harry, espera... —fue todo lo que llegó a decir para luego cortar la conversación.

Apagué el celular dejándolo a un lado, tendí mis antebrazos en la baranda de la terraza mientras terminaba con mi dosis de nicotina. Las voces en mi mente atacaban con fuerza al igual que los recuerdos se sucedían. *¡Idiota! ¡Pequeño Demonio!*

Entré nuevamente al departamento, para luego caminar con lentitud por el

lugar en plena oscuridad. Al entrar a la habitación volví a ver a una pecosa hermosa durmiendo, aferrada a la almohada que ocupaba ahora mi lugar. Me apoyé de costado en el umbral de la puerta cruzándome de brazos.

¿Cómo podría contarte la verdad? ¿Cómo podría no lastimarte, bebé? ¿Cómo puedo hacer para que rompas tu ilusión de lo que no soy?

—Pecas —susurré, ella estaba completamente dormida. Respiré hondo. *Cállate, ella no necesita saberlo*—. Cuando tenía siete años me llevaron —dije con lentitud manteniendo la voz baja—. Era una pareja que se encargaba de secuestrar niños para luego utilizarlos... —dije sintiendo cómo mi pecho dolía y la respiración se agitaba. *No sigas*—. Nos hacían principalmente pedir dinero. No comíamos, no teníamos un lugar físico para un humano —dije con lentitud—. Éramos muchos... —respiré hondo viéndola—. César era el encargado de todo, el jefe. Luego estaba Pepa, pero ella era mejor... nos alcanzaba latas con comida de vez en cuando. —Su rostro apareció en mi mente casi como una tortura—. Por las noches... se escuchaban los gritos de los otros chicos. Una noche no podía dormir, tenía hambre y los gritos eran insoportables —hablé—. Cuando bajé a ver... César estaba haciendo pelear a dos de los más débiles, muertos de hambre por un... por un poco de comida —dije sintiendo mi corazón arder y mis lágrimas llegar a mis ojos—. Recuerdo agarrar una de sus navajas, clavársela directo en la espalda. Tenía un odio gigante, pero apenas le hice un rasguño... no tenía fuerzas. Esa fue mi sentencia, ese fue el punto de quiebre —hablé mirando hacia otro lado—. Había un castigo, para los que no cumplían los mandatos de César y sus seguidores, que eran los más grandes, tendrían unos quince años —dije—. Los seguidores cumplían la función de, justamente, seguirnos. Por donde fuera, para que no escapáramos, para que no habláramos, y para castigarnos. César se encargó de castigarme todas las malditas noches, golpearme hasta sentir como si mi cerebro ya no respondiera. —Las lágrimas cayeron por mis ojos. *¡Pequeño Demonio!* —. Deseé tanto estar muerto... —dije—. Ben me encontró desnutrido y con varias fracturas. Estaba casi irreconocible, según él —hablé cerrando los ojos—. Las cosas no mejoraron, nena. No para mí, ya estaba jodido, enojado —hice una pausa—. Las drogas y las peleas llegaron. Robé casas, robé a cualquier tipo de persona —hablé observándola—. Era el maestro de la puta mierda —sonreí con amargura—. Nadie iba a poder pararme, porque nadie me iba a devolver lo que me sacaron. Con Ben hicimos un pacto de silencio, él nunca contó lo ocurrido e inventamos una historia de que simplemente me había escapado —relaté—. Nadie la creía, pero tampoco querían saber. A nadie le convenía saber lo que ocurría en Albatros —susurré viéndola—. Y después simplemente hice cosas malas: maté, vi morir, robé, me quedé callado. Siempre callado. —Abby se removió todavía dormida

acomodándose aún más contra la almohada—. No te merezco, nunca voy a poder darte lo que necesitas, Pecas —hablé acercándome a la cama y viendo su tranquilidad. Acaricié su mejilla y me senté en la cama—. Este rostro lo he visto antes... —susurré—, en una niña que tendría unos doce años y que huía de su papá —comenté—, y que me acusaba con la mirada por haber matado a un hombre. Te reconocí, cariño, no sé si lo recuerdas. Pero una noche tú me descubriste en mi peor momento, justo cuando estaba por matar a Nicholas Gilliber. Te apareciste con esas dos trenzas escapándote de tu padre. —Pasé mi dedo índice por su mandíbula—. Siempre estuviste para despertarme y siempre estuviste para acusarme —dije con una sonrisa para luego acostarme a su lado—. En esa niña que me acusaba, en esa mujer que me traía a la realidad; en esa Pecas que me enamora. —Besé su mejilla con dulzura y ella se removió abrazándose a mí.

—No quiero ir al súper, Harry —balbuceó dormida, su calor me reconfortaba.

Sonreí acariciando su cabello.

—Entonces no iremos —susurré sintiendo, por primera vez en la vida, el silencio en mi mente.

—Harry, has avanzado mucho —dijo la terapeuta frente a mí—. Estoy orgullosa de ti —comentó y asentí.

—Ya estoy sano, genial. —Revoleé los ojos dispuesto a pararme.

—No —agregó—, empezando porque nadie en este mundo está sano —dijo con lentitud—. Te hago la última pregunta del mes. ¿Quién te puso el apodo «Demonio»? —preguntó y algo en mí se revolvió.

—César —contesté—. Me decía pequeño Demonio antes de encerrarme —contesté como quien no quiere la cosa.

—¿Y te conviertes en Demonio cuando tienes que pelear? —preguntó.

Asentí.

—Demonio está siempre. Son muchas voces a veces, pero cuando me enoja él es el primero en aparecer... a veces no lo logro controlar —dije mirándola.

—Sabes, cuando una persona en su infancia vive situaciones traumáticas y luego no tiene un apoyo emocional adecuado, suele crear distintos mecanismos —dijo sacándose los anteojos—, para poder superar esos momentos. A veces hasta esas personalidades toman el control. Y normalmente suelen ser más fuertes y violentas —explicó—. Hay tres personalidades en ti: Harry, Edward y Demonio. Edward es ese niño al que le quitaron la inocencia —explicó.

—Yo no me comporto como un niño —dije rápidamente.

—Algunas están más desarrolladas que otras, tal vez simplemente escuchas voces o pensamientos. Por otro lado Demonio te salvó de que no te murieras, te

ayudó a defenderte, a liberar el odio que tenías adentro —comentó—. Demonio siempre salta en tu defensa para convertirse en tu peor versión, capaz de matar y golpear a su adversario hasta el fin. —La miré fijo sin poder creer lo que escuchaba—. Pero... quieres avanzar, el pasado te sigue atormentando porque Demonio está ahí —relató—. Y luego... está Harry. El chico entre medio, que intentó ayudar a esos niños que peleaban, ese joven que devolvió el collar y ese hombre que busca cuidar a su mujer —susurró.

—No entiendo. ¿Estoy loco? —pregunté frunciendo el ceño. Ella negó con la cabeza.

—¿Alguna vez escuchaste del desorden disociativo de la personalidad? —dijo con voz suave, negué con la cabeza—. Es más normal de lo que se cree. No tiene cura, pero lo podemos tratar —susurró y no podía creer lo que estaba escuchando—. El tratamiento es arduo y a veces doloroso, pero podremos salir adelante —habló con tranquilidad.

—Yo solo soy Harry —dije frunciendo el ceño. *Cállala, no sabe nada de nosotros.*

—Sí, están dentro de ti, Harry —contestó—. Esto no te hace anormal ni loco, simplemente es algo con lo que tratar. Vamos a poder ayudarte con tus ataques, ansiedades y ataques de ira y pánico, en el momento en que empecemos a limpiar todo lo que vienes cargando solo. Podrás tener la mente tranquila —comentó—. También el estrés postraumático se irá con el tratamiento —susurró—. Conozco una buena clínica y un doctor especialista en estos temas que puede ayudarte. Trata especialmente con... jóvenes que han sufrido situaciones parecidas a la tuya.

—No estoy seguro de esto —dije.

—Piénsalo, ¿sí? La clínica queda en Inglaterra. Tal vez te sea bueno cambiar un poco de aire... —dijo mientras buscaba algo en una de sus agendas, para luego tenderme una tarjeta, la tomé.

Observé a lo lejos el auto negro con la gente de Dean frente a la casa de Abby, terminé de fumar mi porro para luego bajar y caminar hacia ellos. Uno de ellos al verme ir hacia allí salió del auto. *A hacerlos mierda.*

—Es mejor que se larguen de aquí —dije duro.

—Hacemos nuestro trabajo, niño bonito —habló divertido uno. Sonreí de lado para luego sacar de mi pantalón una navaja; con rapidez agarré al hombre y lo estampé contra el auto poniendo el filo en su cuello. El otro salió disparado.

Muéstrales quién manda.

—Te acercas y le corto la garganta —gruñí viéndolo fijamente—. Se irán de aquí y le dirán a Dean que no tiene de qué preocuparse. Cumpliré mi palabra —dije duro—. No los quiero ver cerca de ella —hablé separándome del tipo que

me miraba con odio.

—Vuelve a tu autito de colección, chico. Déjanos trabajar —habló el que estaba más alejado.

Respiré hondo para luego dar mi puño contra el rostro del tipo más cerca, con rapidez el otro se tiró encima de mí. Di una patada con fuerza separándolo.

¡Pequeño Demonio, eres una mierda! Con agilidad repartí los golpes a ambos sintiendo la adrenalina correr por mi sangre. Eran dos contra uno, siempre las peleas eran injustas. Siempre había uno más grande que otro, siempre uno pegaba antes, siempre el otro tenía más entrenamiento. Pero esta vez no. Esta vez yo tenía ventaja contra ellos. *¡Golpéalos!* Cuando uno estuvo en el piso, agarré la navaja ahora en el piso y con precisión la clavé en su brazo. Tapé la boca del hombre para acallar su grito. *¡Mátalo! Merecen morir.*

—Cállate —gruñí mientras sacaba el arma de su cinturilla—. Váyanse o les pego un tiro —susurré para luego darle una última patada—. Y que no se les olvide... este niño bonito es el Demonio Hoffland —dije para luego separarme del auto y caminar con lentitud hacia mi auto.

Mientras escuchaba cómo los idiotas se iban en su auto dejé el arma y la navaja allí, para luego observar la ventana de Abby; la luz estaba apagada, con agilidad subí por el árbol.

Abby estaba durmiendo, como era predecible. Esta chiquilla se dormía muy rápido por la noche. Sonreí viéndola, era hermosa. Y de repente mi estómago se estrujó, no podía hacer esto. No podía hacerle esto a ella. Pero era lo mejor.

Abby se movió con cortos movimientos, mientras cerraba los ojos con fuerza.

Estaba teniendo una pesadilla. Me tenté a levantarla, ella volvió a moverse casi como si tuviera un espasmo. Bebé, ¿con qué sueñas? Sus ojos se abrieron para luego sentarse en la cama con cansancio, casi como intentando olvidar lo que estaba en sus sueños. Miró su celular.

—No sabía que tenías pesadillas —susurré.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirándome con el ceño fruncido. Mi pecho dolió al igual que mi garganta. No quería hacer esto, prefería decirle algo lindo—. ¿Qué te pasó en el rostro? —preguntó ahora parándose.

—Muchas preguntas, ¿no crees? —pregunté sentándome a su lado en la cama—. ¿Puedes abrazarme y decirme que todo estará bien? Es lo único que necesito —susurré. Ella asintió acercándose hacia mí y se sentó con cada pierna a mi lado. La abracé con fuerza, sintiendo su maravilloso perfume a vainilla, no la quería dejar ir.

No me dejes ir, Abby.

—Dime que todo estará bien —susurré sintiéndome pequeño, casi como un

niño. Esto era putamente doloroso. *Ella es demasiado para ti, no te querrá volver a ver.* Pasó su mano por mi cabello en un intento de calmarme mientras repetía en mi oído que todo estaría bien. Su voz era melódica, tranquilizaba mis nervios, aunque no estaba funcionando completamente en este momento.

—¿Qué ocurre, Harry? —susurró luego de unos minutos, separé mi rostro de su cuello para mirarla; con lentitud acerqué mis labios a los suyos. Tal vez esta fuera la última vez que la besaría. Con lentitud moví mi boca contra la suya, saboreándola, sintiendo que ella estaría siempre a mi lado. *HAZLO.* Separé mi rostro del de ella sin dejar de mirarla, intentando recordar su mirada llena de amor hacia mí. *¡HAZLO, PEQUEÑO DEMONIO!*

—Debemos terminar —susurré las palabras sintiéndolas perforar lo más profundo de mi ser. Por favor, no me odies.

—¿Qué? —dijo luego de unos minutos algo quedada.

—Estoy saliendo con otra mujer —susurré las palabras con seguridad, como sabía hacer. Y ahí lo vi, justo en ese momento. Su corazón se rompió en mil pedazos; casi como si tuviera una enfermedad, se alejó de mí poniéndose de pie.

Abby perdió por completo la cabeza y yo me sentí morir; ella empezó a gritarme y yo ya me había quedado sin mentiras pensadas. No podía escuchar lo que decía, todo se volvió un sonido sordo y solo podía verla a ella. Llorando y gritando.

—¿Por qué me odias así?! —Su voz llegó a mis oídos, sentí mi pecho doler nuevamente.

—Y... yo no te odio —susurré dando un paso hacia atrás, viendo sus lágrimas caer. ¿Ves? Eres una auténtica mierda.

La voz sonó por todo el lugar, los gritos y el calor eran infernales. Sentía mis músculos doler y mi mente arder. En el piso, un hombre bañado en sangre, un tipo genial, que buscaba llevar dinero a su familia ahora yacía inconsciente. Tal vez sin vida...

—¡Con ustedes, el campeón! ¡El Demonio Hoffland! —El gordo levantó mi brazo, mi guante negro fue mi bandera. Todo el lugar gritó con fuerza. Entre ellos la divisé, Abby miraba la escena fijamente con ojos asustados... de mí. Y ella era lo único real, era lo único que me hacía real. Levanté los dos brazos gritando hacia el público que ovacionaba consagrándome campeón.

Un día una chica murió en una fiesta frente a mí y yo no hice nada.

Un día le robé a los abuelos de mi mejor amigo y yo no hice nada.

Un día maté a un hombre y yo no hice nada.

Un día vi cómo torturaban a una persona y yo no hice nada.

Un día pude salvarle la vida a mi hermano y yo no hice nada.

Un día violaron a una mujer y yo no hice nada.

Un día me convertí en un Demonio y yo no hice nada.

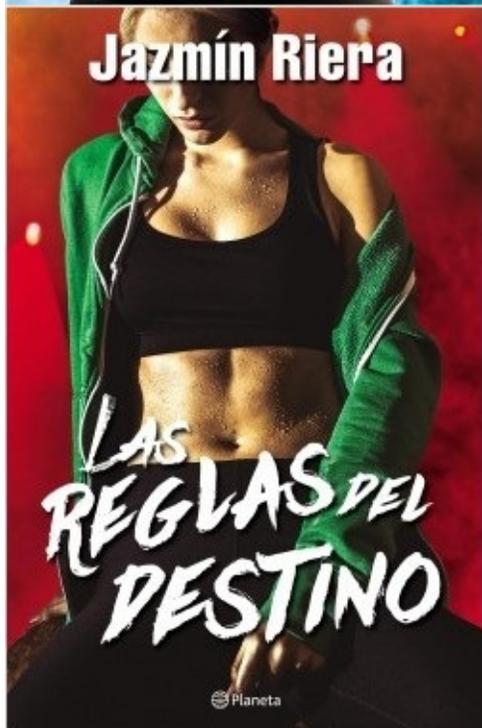
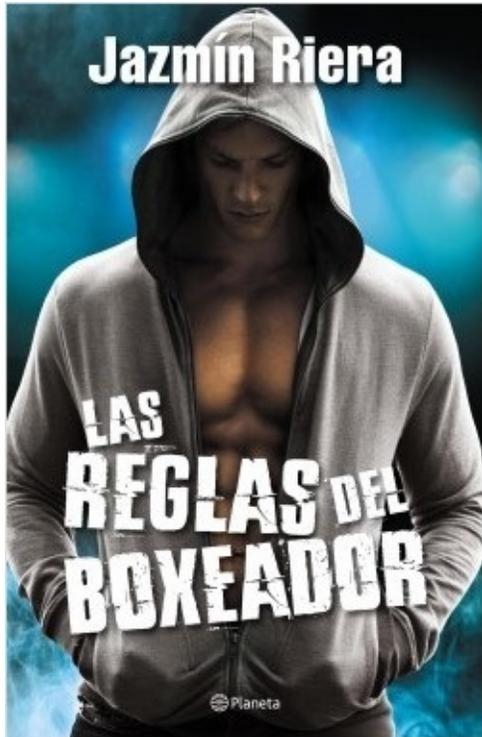
Un día me enamoré de la hija de mi entrenador y yo no hice nada.

Un día destruyeron a un niño y *nadie hizo nada*.

Grupo  Planeta



¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Legales](#)
- [Hoffland, Mis reglas](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Hoffland, Mis reglas](#)